

VIDA ESPAÑOLA

AÑO I - NUM. 3 MADRID, 20 DE JUNIO DE 1947 TRES PESETAS

EL RIESGO DE MI GENERACION

Por JOSE LARRAZ

A SOMBRA contemplar los puntos de vista unilaterales y los viciosos criterios de conjunto que florecen estos años, mientras cruje la entera estructura de la comunidad de nuestros días. En tales circunstancias, teniendo fría la cabeza, todos quisiéramos que a los criterios parciales substituyera la síntesis, y que ésta, formada a la luz de la razón y de la historia, estuviera libre de errores, por lo menos de gruesos errores, irradiando claridad y comunicando a los espíritus paz y rumbo. Pero yo invito al lector a que compruebe día a día, entre las gentes más selectas que en su tráfico tropiece, cómo unos se encierran en el afán de corregir el aparato económico de la comunidad, en tanto que otros se hallan poseídos por lo que llaman reformas sociales, mientras que los demás no piensan sino en las formas políticas. En distintas circunstancias, estas inclinaciones unilaterales de los hombres cultos pudieran ser razonables y pudieran justificarse. Hoy, no. Todavía es más lamentable—entre otros motivos porque es más masivo, más extenso—lo vastamente que operan criterios practicistas de conjunto, integrados por desordenada combinación de los componentes, los cuales, ora reciben coeficientes desproporcionados, ora se informan en falsas relaciones. El lector tiene a su mano verificar cotidianamente, poniendo antes la cabeza en temperatura apta para entender cuántos son, sobre todo entre los jóvenes, quienes anteponen lo económico a lo político, llevados de un vitalismo que va de lo simplista a lo bárbaro, y cuántos son, especialmente entre las mentes más activas que especulativas, los que hablan de reformas sociales con primacía erróneamente sojuzgada de lo económico, y, a veces, hasta de lo político, y cuántos son—hay muchos en las profesiones liberales y entre los intelectuales y hasta entre los hombres de negocios—los que, concediendo un tanto a lo económico y a las reformas sociales, traen a primer plano lo político de modo que lo demás queda desenfocado. Son síntesis sin valor objetivo, criterios en los que suele obrar más la sensibilidad, o la pasión, que el razonamiento.

El mal no es sólo español, ni las causas tampoco. De las causas pasionales e interesadas, por ser harto patentes, no tengo necesidad de hablar. Pero hay una causa de otro rango, que merece ser subrayada. Es el exceso de especialización que la instrucción contemporánea arrastra, y, cifrándome más: la escasa raigambre, la poca difusión de los estudios de Filosofía jurídica, de Historia de la cultura y de Sociología. Ese defecto de arraigo, esa paupérrima difusión de tales estudios, privan de fuerza, de eficiencia, a su convenientísima proyección sobre la crisis de la comunidad presente. Son muy pocos los economistas, y los entendidos en materias sociales, y los jurispolíticos, que poseen una formación común de Filosofía del derecho, de Historia de la cultura y de Sociología. Y cuando por las capas más elevadas de las naciones, por los estratos en que el pensamiento se ejercita con mayor intensidad, acontece esto, sería absurdo que nos maravilláramos de que en los estratos inferiores y más extensos, allí donde lo elemental y lo primario ejercen su imperio, el común de las gentes montara su parecer con amplitud más comprensiva.

Sin disputa, constituyen mayoría en el mundo los que piensan que del actual alfilerado puede salirse sin más bagaje intelectual, doctrinal e ideológico que unas simples "chuletas" redactadas para el caso por diestros políticos. Todos sabemos lo que los malos estudiantes llamaron y llaman "chuletas". No obstante, aunque la mayoría piense así, la verdad es que el encauzamiento del proceso de la comunidad actual requiere mucho más bagaje. Ninguna grande etapa de la historia ha sido conducida a término, sino por la preexistencia de un sistema de ideas. Bien cerca tenemos aun la etapa liberal e individualista, para confirmarnos en ello. Y a la mano está la curva evolutiva del llamado comunismo. Pues bien; ese sistema de ideas cuya posesión urge, no ha cristalizado aún; está en gestación, requiere un gran esfuerzo y ha de ser arraigado por obra de una aristocracia espiritual. El designio natural y principal de la generación a que pertenezco debe ser forjarlo completamente y propagarlo en las conciencias.

Una generación es, en la historia, la suma de varias promociones anuales y sucesivas que, coexistiendo la mayor parte de su vida consiente y activa, están unidas por un destino y una tarea comunes. La coyuntura de los tiempos hace que, dentro de un límite máximo de años—veinticinco—, el número de promociones sumadas sea más o menos grande, y que una promoción dada se adscriba, entre dos sucesivas generaciones, a la anterior o a la posterior. Mi generación está limitada en España, aproximadamente, de un lado, por la primera quinta que en la guerra civil no fué llamada a las armas, y de otro, por los que concluyeron sus estudios universitarios recién acabada la primera guerra mundial. Mi generación no ha pasado por las Universidades alemanas de la época del kaiser, ni por las Universidades españolas de 1929 y después. Es, prácticamente, año más, año menos, la generación cuarentona. Esta generación tiene una gran responsabilidad y corre el riesgo—como tal generación—de no cumplir su principal misión de forja y arraigo de la ideología que ha de superar las luchas entre el comunismo y el liberalismo. La misión aludida la imponen los tiempos. Es seguro que la generación anterior a la mía tiene la cabeza formada en cosas pasadas; muy poco adecuada, por tanto, para las mudanzas que se requieren. La generación que nos sigue, la que fué llamada a las armas, merece respeto y admiración por la heroicidad que desplegó. Nadie puede rega-

teárselos. Empero, difícilmente adquirirá en lo futuro el superior valor intelectual de la nuestra, ni la educación que nosotros recibimos, si menos apta para la guerra, mucho más apta para la paz. Globalmente, la generación que nos sigue es más activista, más vitalista, más simplista; puede hacer, y deseo que haga, grandes cosas. Sin embargo, para una empresa de elaboración y difusión de un sistema de ideas; para un empeño intelectual comprensivo; para un esfuerzo cultural y humanístico en el amplio sentido de la palabra, la generación cuarentona está mejor preparada. Debo insistir en que me refiero a generaciones, y no a individualidades.

Y es el caso que mi generación, como tal, está a punto de que le expire el plazo para ejercer, intelectualmente, una influencia comunal decisiva. La vida individual probable de sus miembros es aún larga; pero el rendimiento colectivo de la generación toda puede malograrse si en unos pocos años no alumbra, de su seno, una aristocracia espiritual concertada que, cumpliendo su específica misión donde y como sea, llegue a la ancianidad, aunque fuere con pobreza, gozando dulcemente de la obra cumplida. Sería menester que alguien con autoridad fustigase duramente a esta generación, para que de ella emergiera la aristocracia que debe producir. Le han mordido sierpes que también mordieron a otras, pero de cuyos efectos no debemos nosotros desoír, sino esforzarnos por sanar y por inmunizarnos después. Recordemos: los enroscamientos de varia especie con fines económicos, huyendo del cultivo de las profesiones liberales; la pedantería bibliográfica "dernier minute", al tiempo que se desconocen los clásicos de los siglos, como si la vida hubiera que pasarla en permanente actitud de deslumbrante opo-

Las épocas críticas pueden exigir, y exigen, el sacrificio de algunas vocaciones intelectuales a la política. Pero esto no debe tomarse como pretexto general, para que una generación incumpla sus deberes intelectuales, justamente más inexorables en las épocas de graves crisis. Además, son muy escasos los que, teniendo aptitud especulativa, gozan también de idoneidad política. Lo que sucede es que la concurrencia a la larga y espinosa promoción colectiva de un sistema de ideas requiere muchos renunciamentos. Sus autores son hombres que parece que no hacen nada. Aparentemente, no cuentan; los contemporáneos se rien de ellos. Mas, esos hombres que el vulgo toma por "despistados" se han elevado sobre el horizonte común, están observando con serenidad algo más que los días y los años, y si sufren de la ingratitud del medio ambiente y de sus propios desasosiegos, si mueren sin ver aún su obra..., habiendo elegido el camino de la verdad, y de la justicia, y del bien común, no mueren estérilmente. ¡Sus ideas germinan, y ellos—antes que otros—son los verdaderos fundadores de las grandes épocas!

¡Qué triste fuera para mi generación pasar a la historia sin haber cumplido la más alta de cuantas misiones temporales le consigna la actual coyuntura del mundo!

SUMARIO:

- Pág. 2. "Madrid y los Madriles", por Isidro.—"La verbena y su secreto", por Antonio Díaz-Cañabate.
- Pág. 3. "¿Decae el imperio británico?"—"Estrategia veraniega",—"Mapa geopolítico del Mediterráneo".
- Pág. 4. "Un problema de razas: Trieste", por Luis de Hoyos.
- Pág. 5. "El pulso y el corazón de Holanda", por Carlos Sentís.
- Pág. 6. "Nueva fuerza internacional: La Liga árabe.—"La Inglaterra del hoy", por Douglas Brown.
- Pág. 7. "Sobre el carácter español", por Ramón Menéndez Pidal.
- Págs. 8 y 9. "La ermita de San Antonio de la Florida".
- Págs. 10 y 11. "Crítica: Crónicas de libros, de cine, de teatro, de arte, de toros, del público, de ópera, de las cosas que pasan..."
- Pág. 12. Cine: "Misterio y poesía en el cine", por José Luis Cano.—Cine escandinavo.
- Pág. 13. "Un asesinato superfluo", cuento policiaco de Kenedy.
- Pág. 14. "El humor del dibujante Bernard".
- Pág. 15. "Mire usted..."
- Pág. 16. "¿Cómo era Bécquer?", por Melchor Fernández Almagro.—"San Ignacio y su Ejercicio", por Juan de Zarragüeta.

¿DORMIR? SOÑAR TAL VEZ...



¿Qué puede hacer hoy un presidente de república cuando las cosas van como van? Monsieur Vincent Auriol, el actual primer magistrado de Francia, nos da la respuesta: dormir donde y cuando se pueda, aunque sea presidiendo la entenebrecida ceremonia de inauguración del monumento a la madre de Francia, a esas madres que deben estar preguntándose a qué muerte enviaron a sus hijos los antecesores de monsieur Vincent Auriol en la poltrona presidencial de Francia.

PAZ ATOMICA

LA VENTAJA, EN CASO DE GUERRA, ES DE LOS PAISES POCO POBLADOS Y CON ESCASA INDUSTRIA.—DE DIVULGARSE EL SECRETO ATOMICO, LOS PAISES PEQUEÑOS PODRAN TRATAR DE IGUAL A IGUAL A LAS GRANDES POTENCIAS

Por B. H. LIDDELL HART

(Exclusivo para VIDA ESPAÑOLA.)

LONDRES.—El descubrimiento de la bomba atómica ha creado una atmósfera de terror al futuro en todas partes, sobre todo en los países pequeños. El Japón era un país poderoso y resistió con energía los grandes ataques aéreos; pero dos bombas atómicas bastaron para derribarlo.

Desde el comienzo de la guerra mecanizada, los países pequeños se sien-

ten cada vez menos seguros frente a sus poderosos vecinos. En 1940 se demostró su vulnerabilidad. Sin embargo, cabía la esperanza de que si hubiesen recibido ayuda a tiempo y estuviesen bien armados, se habrían podido defender. Pero el dramático derrumbamiento del Japón demostró claramente que el país que no produce bombas atómicas está a merced del que las produce. ¿De qué le serviría a una nación pequeña que una poderosa le ayudase si con unas cuantas

bombas el enemigo podría borrar sus ciudades de la faz de la tierra?

El resultado es que hoy día se considera que la bomba atómica ha fortalecido a los países poderosos y debilitado a los pequeños, que la mayoría de las naciones está a merced de los "grandes" y no podrán negarles nada. ¿Será así en realidad? Yo creo que no es tan seguro como se cree comúnmente.

SU PODER NO ES ILIMITADO

Los acontecimientos recientes han demostrado que hay factores no evidentes que limitan el poder de los países que poseen el secreto de la bomba atómica. Por ejemplo, sería natural suponer que el único país que hoy día posee el secreto, los Estados Unidos de América, va a conseguir todo lo que desee. Sin embargo, a pesar de la firmeza de sus estadísticas, muchas de sus peticiones han sido rechazadas. La razón de esto parece estar basada en que los países en cuestión creen que la bomba atómica sólo será usada como último recurso. El poder de destrucción ilimitada que posee este arma sirve para refrenar su uso. No se la puede controlar como se controla un ejército. Sólo sirve para destruir, no para ocupar un país; así es que no se la puede usar para "convencer" a un vecino de que debe hacer lo que se le manda. Sólo se la podría usar en casos extremos; por muy cruel que sea un estadista, no se atrevería a destruir por completo a otro país por cualquier pequeñez. Tampoco podría atacar a un vecino sin declaración de guerra, como lo hicieron Alemania y Japón en la última contienda. Hay que tener en cuenta que al destruir por completo una ciudad causaría la muerte de sus propios representantes diplomáticos, así como la de los representantes de otros muchos países, y que éstos exigirían explicaciones.

Pero las mismas razones que limitan el uso de la bomba atómica por parte de las grandes potencias, impiden que la empleen las otras para su defensa.

LA RAPIDEZ SERA MAS NECESARIA

Para infiltrarse con éxito en un país vecino, como lo hicieron al principio de la guerra el Japón y Alemania, se necesita ahora mayor sutileza y rapidez. Hay que tener ya las tropas en el terri-

(Continúa en la pág. 3.)

LA SEÑORA DE PERON, EN SEVILLA



Siguiendo su viaje por tierras españolas, doña María Eva Duarte ha pasado unos días en Sevilla. En la foto aparece acompañada del alcalde de la ciudad, correspondiendo a las cariñosas aclamaciones del pueblo de Sevilla, en la noche de su llegada a la capital andaluza.



La Verbena y su secreto



Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Las nueve de la noche del 12 de junio es, como si dijéramos, el vago claror del alba de la verbena. Aún está lejos la luz de la fiesta. Pero se la siente. Se la adivina. Adivinanza y sentimiento debidos al contenido de una botella de manzanilla. Tal vino, bebido a sorbitos cortos, con prosopopeya solemne, predispone el ánimo verbenero. El ánimo verbenero no lo puede conseguir todo el mundo así como así. Y de aquí nacen las opiniones contrarias a las verbenas. Que las hay. Y muy respetables. Pero también muy equivocadas. El ánimo verbenero es indispensable para poder comprender profundamente lo que es una verbena. Todo el que vaya a ellas como el que va al cine, está perdido. Estos son los que afirman que no pueden soportar el humo de los churros, los ruidos y los apretujones. Con un ánimo verbenero, bien arraigado, esos inconvenientes desaparecen. Es más: se convierten en alicientes. Veamos.

EL HUMO DE LOS CHURROS

Es la atmósfera indispensable a la verbena. La niebla del churro, según feliz expresión de mi compañero de la verbena de San Antonio de 1947, el eminente psiquiatra José Miguel Sacristán, tiene que envolver a la verbena como el papel celofán un ramo de flores, para apartarla del mundo, para que no demos cuenta cabal de que estamos fuera de él. El humo de los churros es también la cortina de protección, que nos permite desarrollar la expansión de nuestra alegría lejos de ojos incomprensivos, hostiles, que no pueden explicarse el placer de llevar unos bigotes postizos, confeccionados con cerdas de cepillo barato. El humo de los churros es el que nos hace gritar tanto para descongestionar la garganta del agradable picorello al mal aceite bien frito. Y el gritar sin restricciones ya sabemos que es buen escape de la euforia. Una verbena sin humo sería como unos altos hornos apagados, un lugar desolado y absurdo, inservible y muerto. El humo de los churros aureola la cabeza de las mujeres. Van como envueltas en cendales sutilísimos. Sus ojos brillan porque el humo actúa en los lagrimales y provoca lagrimitas que son como el rocío que mantiene sus pupilas igual que rosas de pitini al amanecer. Es curioso, pero cierto, el humo de los churros no hace toser. Su aroma, algo acre, excita e incita a beber, pero no a agua. Se puede o no comer churros—aunque pocos buenos verbeneros dejan de ingerirlos—, mas el mastigarlos es lo de menos. Nos basta con olfatearlos. Nos basta con el humo, que es, asimismo, nutritivo y no daña para estómagos delicados. Gracias al humo churro, la verbena es como un "aquarium" gigantesco, lleno de sirenas con mantoncillo de crespón.

LOS RUIDOS

En las verbenas es donde ya únicamente podemos gozar musiquilla de órganos primitivos, que tocan esos valeses del ayer, tan caros a nuestras añoranzas juveniles. Música coquilleante y dulzona; música sentimental, que es la que impulsa a los tíos vivos; la que mece a los cerdos, que suben y bajan con la lengua fuera; la que hace el milagro de que los tigres no

se coman a los caballos que van delante de ellos, feroces tigres con las fauces bien abiertas y el salto pronto, cortado a tiempo. Es preciso, ya que hablamos de los tíos vivos, el señalar la extraña preferencia de las mujeres por los cerdos y su desdén por los tigres.

—¡Súbete a este tigre!—le decía la otra noche un marido a su señora.

—¡Anda ya, que bastante tengo contigo!—fué su respuesta.

La musiquilla de los tíos vivos es la ofrenda de la verbena a los espíritus secos. A su arullo y con el vaivén se dulcifican los rostros. Nada tan placentera como la cara de una mujer encaramada en un cerdo.

Pero hay que estar en el tío vivo, o muy cerca de él, para paladear las melodías de sus órganos. En la algarabía ruidosísima de la verbena se pierde, se esfuma, tragada por la enorme batahola de los otros ruidos. Sobre todo, el de los altavoces. Lo confieso sin ambages: los altavoces son horriblosos y molestísimos. Ellos son el punto negro de las verbenas. El suprimirlos sería restar un buen número de antiverbeneros. Pero, en fin, nada hay perfecto en este mundo. Si prescindimos de ellos, y tampoco cuesta gran esfuerzo el conseguirlo, cuando el ánimo verbenero se posee a conciencia, apreciamos que los ruidos de la verbena son tan varios como los temas de la tetralogía de don Ricardo Wagner. Los ruidos no dejan hablar; pero desgraciado, aquel que vaya a la verbena a charlar! A la verbena—aparte de dar saltos, regocijo prehistórico y salutar—se va a chillar, que es lo nuestro. ¡Qué encanto gritar con los pulmones llenos de humo! Precisamente por esto se chillan: para expelerlo. ¡Qué bien retumban los forzados que prueban su fuerza con una maza! ¡Qué ulular poético el de las sirenas de la ola giratoria! Y, de pronto, mezclado con risas, el martilleo entrañable de un organillo. Y cuando más empapado está uno de tanto grito estentóreo, Julio Camba me coge del brazo y me dice:

—Escuche. ¿No se conmueve? ¡Es la nota pastoral y galésica de la gaita! ¡Oh, sí! Y todo parece callar y la gaita suena. Y más allá, la banda de un circo toca un pasodoble. Y aquí el tableteo de un motor que impulsa una máquina que fabrica horchata. ¡Ruidos de la verbena, ruidos para todos los gustos! ¡Quién dijo que sois desagradables? ¡Cuidado! ¡Ese es un triste! ¡Compasión para él!

LOS APRETUJONES

En otros tiempos, esto de los apretujones, el sentirse prensado por una multitud, era cosa desagradable, que pocas veces ocurría, y de la que se podía huir fácilmente. Entonces, comprendo que la gente prescindiera de acudir a las escasas aglomeraciones que se presentaban. Pero hoy todo el que toma el Metro o el tranvía, o cruza al anochecer la Gran Vía, conoce y sufre los apretujones. En las verbenas, en esta de San Antonio, particularmente, más aún en la noche clásica del 12 al 13, gran parte de la población de Madrid se descuelga en su ámbito y se camina en manada, poquito a poco, a veces sin poner los pies en el suelo. Bueno, ¿y qué? ¿Es esto molesto? En manera alguna. Antes al contrario.

El sentir los codazos y hasta los pisotones de los verbeneros, aumenta nuestra alegría. En ningún lado como en las verbenas nos sentimos hermanos de nuestros prójimos.

Al principio asusta sumirse en aquella avalancha humana; pero cuando ya se ha zambullido uno en ella pasa como en el mar o en la piscina, que nos sentimos como el pez en el agua. Todo lo sufrimos con paciencia, incluso la pérdida de la novia, escabullida en un remolino o por la resaca. Ya aparecerá. Lo malo es si la vemos en un automovilito de esos que chocan continuamente unas con otras, acompañada de otro que no es uno. Pero esto no es lo corriente.

VERBENEROS EXCEPCIONALES

Este año he tenido suerte. Conseguí llevar a la Florida nada menos que a Julio Camba, a Luis Calvo, al doctor Sacristán y a Domingo Ortega. Ibamos con ánimo verbenero, y lo pasamos de rechupete. Primeramente bebimos sidra junto a la ermita goyesca Alii, Domingo Ortega jugó a un barquillero una partida de clavo. Hizo tres, veinte seguidos y otros muchos números más sin tocar en el clavo, y nos tragamos—exactamente—cuatrocientos veintiseis barquillos. ¡Todo por un real! Las detes de temple, suavidad y dominio del gran torero se unieron, con evidente peligro de arruinar al barquillero. El doctor Sacristán hizo su frase. Esta: "La verbena es la noche de Walpurgis al acedite de oliva". Julio Camba se servía la sidra tirándola desde lo alto para provocar espuma. Domingo Ortega cuenta que el otro día toreó en Lisboa, donde vió a don José Ortega y Gasset, y nos narra lo que charlaron. Julio Camba apostilla:

—Usted, Domingo, admira a Ortega y Gasset como filósofo, y lo que es es un torero, y Ortega y Gasset le admira a usted como torero, y lo que es usted es un filósofo.

Luego nos fuimos a un tiro al blanco. Julio Camba decidió optar al premio de un barril de aceitunas, que tenían buena cara. Fracaso su puntería y su apetito. Nos subimos a los automóviles, cuya gracia está en pegarse con los restantes. El mío lo pilotó el estupendo escritor, y, desde luego, aseguro que no maneja el volante como la pluma. Nos brearon. Domingo Ortega toreó a todo el enemigo que se le venía encima, con tanta maestría como a los barquillos y a los toros. Y esta gente de tanta alcurnia intelectual y artística se divirtió mucho, y eso que, no querían ir porque odian el humo de los churros, el ruido y los apretujones; pero fueron con ánimo verbenero, y ese es el secreto de la verbena, que transmito a ustedes con mucho gusto.

(Dibujos de Escasí.)

MADRID y los MADRILES

La primera verbena—que Dios envía—es la de San Antonio de la Florida. Parajes a orillas del Manzanares, no caudaloso, pero simpático, con merenderos y el fresco soplo que llega para aliviar calores, por las madrugadas, desde la Sierra, la de los azules picachos que el poeta Antonio Machado cantara tantas veces con una emoción incomparable; y, también, el lugar con la ermita de ayer y la de hoy, gemelas en su presencia, cual las dos manos bondadosas del Santo. A éste quiso la tradición que las mocitas acudieran a pedirle un novio—marido para un mañana próximo—circundadas de olor a flores y de músicas saltarinas.

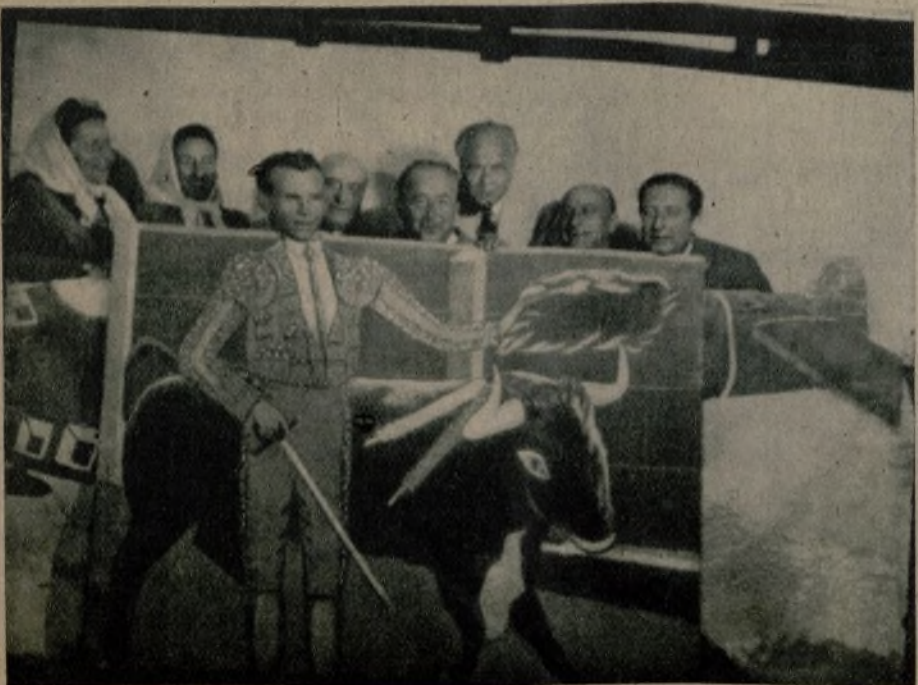
Esta primera verbena, con la que se inicia toda la serie del verano matritense, es la más señorial, sin que su carácter popular—hondamente popular—se pierda. Las otras, salvo las de San Juan, San Pedro y Santiago, en tiempos mejor que hoy, pertenecen más a "los barrios", a madriles diversos, en tanto que la de San Antonio es la de todo Madrid. El señorío apurado al casticismo, gustoso del sabor de su villa, acude a divertirse, a lucir alguna gala legada por abuelas, a refrescar en los aguaduchos, a marcarse un baile al son de un viejo organillo, a ver las atracciones, a montar en los caballitos, a tirar al blanco.

Las próximas fechas dispensarán a ese público que partirá hacia las playas, hacia sitios donde el sol no apriete tanto y el asfalto no pierda su consistencia, y, entonces, para las otras verbenas, los madrileños que no veranean se quedarán más "en familia".

Todas las verbenas, ésta como las otras, han ido perdiendo rasgos de su tipismo, pero el bullicio queda. A la luz del mediodía, acaso el espectáculo pudiera antojarse pobre, o pueril, a un extranjero; mas la madrugada y el clarear del amanecer realizan el milagro de una visión mágica. A la mirada ayuda la fantasía que cada uno lleva dentro, dispuesta a desbordarse, a derramarse en optimistas cascadas. Siempre es lo mismo y distinto; cada año es igual y profundamente diferente. ¡Es el aliento renovador de las verbenas!

No es verdad que lo característico de la ciudad haya sido cantado, y ya, como en la lamentación de Rubén Darío, que no encontraba musa que cantar, tampoco exista un Madrid para ser cantado. Las esencias líricas de Madrid son permanentes. A los viejos, el pasado tiempo se les antoja mejor, y creen que todo, con ellos, ha caducado. Pero a San Antonio de la Florida siempre van mocitas en el despertar de la juventud y la fe en ese novio admirable que el Santo otorgará; permanece, y hay en la atmósfera risas fragantes que suben hacia los altos de las madrugadas verbeneras. Y mientras exista, "la primera verbena", y las demás, lucirán con todo su esplendor.

ISIDRO



DOMINGO ORTEGA TOREA UNA "NOCTURNA"...

... en San Antonio de la Florida. Un pase de pecho del famoso torero, presenciado por la señora de Oro, señora de Ortega, doctor Sacristán, Julio Camba, Luis Calvo, Federico del Oro y Antonio Díaz-Canabate.



¿ DECAE EL IMPERIO BRITANICO?

A un observador neutral, y no perturbado por filias ni fobias, debe darle mucho que cavilar esta orrencia actual de que Inglaterra está, como se dice, en franca decadencia. Se debe cavilar, primero, porque los continentes se confunden a Inglaterra, que no es siquiera el centro de "Gran Bretaña", con su Imperio. Y es muy dudoso que éste se halle decadente. Nada corrompe ni mina internamente al Canadá o a Australia. Estos antiguos y preciados Dominios, cuya fidelidad al Imperio no es incierta, si de algo adolecen, no es de decadencia. Juveniles y pimpantes están ahí, palpándose los músculos, bien templados por sus hasañas en la última guerra.

Verdad es que de la Gran Bretaña, es decir de la parte-islaña y europea del Imperio, no puede afirmarse lo mismo. Su fisonomía externa, por lo menos, ha perdido tersura. Podemos figurarnos a la Gran Bretaña como a una dama añosa, con tantos ojitos como primavera, y a la que el tiempo no le ha escatimado lesión ni ahorrado daños. Pero también podemos escoger otra figura retróica mas optimista y personificar a Gran Bretaña en un pugil que tras un duro combate, descansara. En todo caso, y aparte retórica, es indudable que Inglaterra es la pieza menos próspera del Imperio Británico. Material y económicamente, es evidente que la vida inglesa de hoy no solo es difícil, sino que es la pura dificultad. No ha habido desdicha que no se haya dado cita en las islas británicas. El balance invernal de su economía, asotada por un sinfín de calamidades, es ruinoso. Desde el punto de vista material está claro que la Gran Bretaña ha cesado de ser el centro del Imperio. ¿Significa esto que su posición política ha de correr inevitablemente la misma suerte? Lo dudamos, sobre todo porque dudamos de la capacidad de los continentales para vaticinar con acierto en cosas de británicos. La pasión puede nublar el claro discernimiento de los problemas. Los españoles lo sabemos bien. Inglaterra ha sido, en su momento, nuestro gran enemigo. Pero sin dimitir ninguna de las esenciales actitudes españolas, de ayer y de hoy, hemos de reconocer el hecho de la poca fortuna de los augures de decadencias. Desde el siglo XVIII apenas ha habido un estadista o publicista del Continente que no haya sucumbido a la debilidad de declarar caduco al Imperio Británico. Pero enumeremos algunos: Pedro el Grande de Rusia, Vergennes, Biefield, Catalina de Rusia ("los ingleses han perdido los nervios"), Federico el Grande de Prusia, José II de Austria ("la Inglaterra es una potencia de segundo orden, que, como Suecia y Dinamarca, no tardará en someterse a Rusia"), Mably... Y si se quiere una joya digna a Rousseau exclamar en 1760: "es fácil de prever que dentro de veinte años Inglaterra estará arruinada y su libertad perdida". Sin dificultad podrían acumularse, hasta llegar a nuestros días, citas de la misma índole. Pero no vale la pena. Todo lo que se ha dicho sobre el decaimiento de Inglaterra tiene su raíz en esos hombres del siglo XVIII. Ellos fueron los fundadores de esta tradición político-literaria de la decadencia de Inglaterra, de tan funesta influencia sobre la política europea. No olvidemos que Hitler, como Napoleón, se perdió porque creyó que -¡por fin!- había sonado la hora, la mala hora, de Inglaterra y de su Imperio. Pero a los hombres de hoy, de esta postguerra, no es lícito continuar errando contra las enseñanzas de la historia inmediata y aún palpitante. Pues Inglaterra tiene mucho de ave fénix que con las cenizas de sus desgracias monta edificios roqueños. Gran Bretaña y su Imperio fenecerán, como feneció todo lo humano, pero ninguna política, hostil o amistosa hacia los ingleses, puede fundarse en la esperanza de que ese pueblo cometa un "hara-kiri" colectivo para así hacer cierto el vaticinio de Napoleón, de Hitler o de Stalin.

ESTRATEGIA DE VERANO

En el interesante mapa que publicamos puede verse gráficamente la línea natural de fricción entre los dos poderes antagónicos.

Las potencias anglosajonas, y en especial sus respectivos Estados Mayores, saben perfectamente cuán grave puede llegar a ser en este verano la situación internacional si un descuido diplomático consiente que la expansión soviética alcance un punto que debilite el cinturón de seguridad estratégico que hasta el momento ha ceñido a Rusia. Una ojeada al mapa permitirá al lector darse cuenta de cuáles son las posiciones que respectivamente ocupan los rusos—potencia terrestre—y los anglosajones—potencia anfibia.

De los dos principales accesos—los Dardanelos y Trieste—, que desde el área rusa conducen al corazón de Europa, los rusos dominan prácticamente el último. El precario compromiso político logrado en el pleito de Trieste no ha desvalorizado militarmente a esta plaza, que constituye una amenaza yugoslava; es decir, rusa, abierta sobre Italia. Si en el interior de este país no existiera una densa y agresiva quinta columna prorrusa—el llamado partido comunista italiano—, la situación de Italia sería sencillamente grave; no admitiría el superlativo; no sería, como lo es, gravísima desde el punto de vista estratégico. Tanto, que para los italianos la posibilidad de un choque entre rusos y anglosajones es pavorosa. De ocurrir el temido hecho, Italia sería a la par escenario de una guerra ajena y protagonista de una guerra civil.

Desde el lado turco, la situación, si bien no es mejor que la italiana, es más diáfana. Los turcos son habilísimos políticos y han logrado mantener esencialmente indemne su unidad política. Turquía parece ser uno de los pocos países europeos en los que el "quintacolumnismo" no ha conseguido gran masa de adeptos. Política y diplomáticamente, Turquía es la desesperación de Rusia. Ninguna resquebrajadura apreciable han conseguido practicar los rusos en el armazón militar y político del Estado turco. No le falta a éste para afianzar su posición sino renovar técnicamente el armamento de sus diestros y bellicosos soldados y dotar al país de aquellos establecimientos militares, sin los cuales no puede moverse un ejército moderno. La ayuda americana, si llega a tiempo, dará que pensar a los rusos. Militarmente, los turcos son un pueblo temible.

Respecto a Grecia, los juicios tienen que ser más cautos. El pueblo griego ha padecido mucho en los últimos diez años, y la quinta columna, aunque no ha logrado convertir a Grecia en una provincia rusa, ha debilitado mucho al Estado y al pueblo griego. Su Ejército, en efecto, que apenas suma cien mil hombres, se halla, por otra parte, comprometido en labores internas, para que pueda contar como factor bélico.

A todos estos datos que señalan pun-

tos débiles de la defensa anglosajona, se suman otros que han llevado a los americanos a considerar que la peligrosidad de la potencia rusa es mayor que lo fue la alemana, italiana y japonesa juntas. Los americanos piensan y dicen, los ingleses son más cautos y callan, que:

- 1.º Rusia posee mayores recursos naturales que poseyó el Eje.
- 2.º Rusia tiene un inmenso "hinterland", que constituye una gran defensa contra la moderna guerra "científica".
- 3.º La situación geográfica permite a Rusia, en proporción mucho mayor que

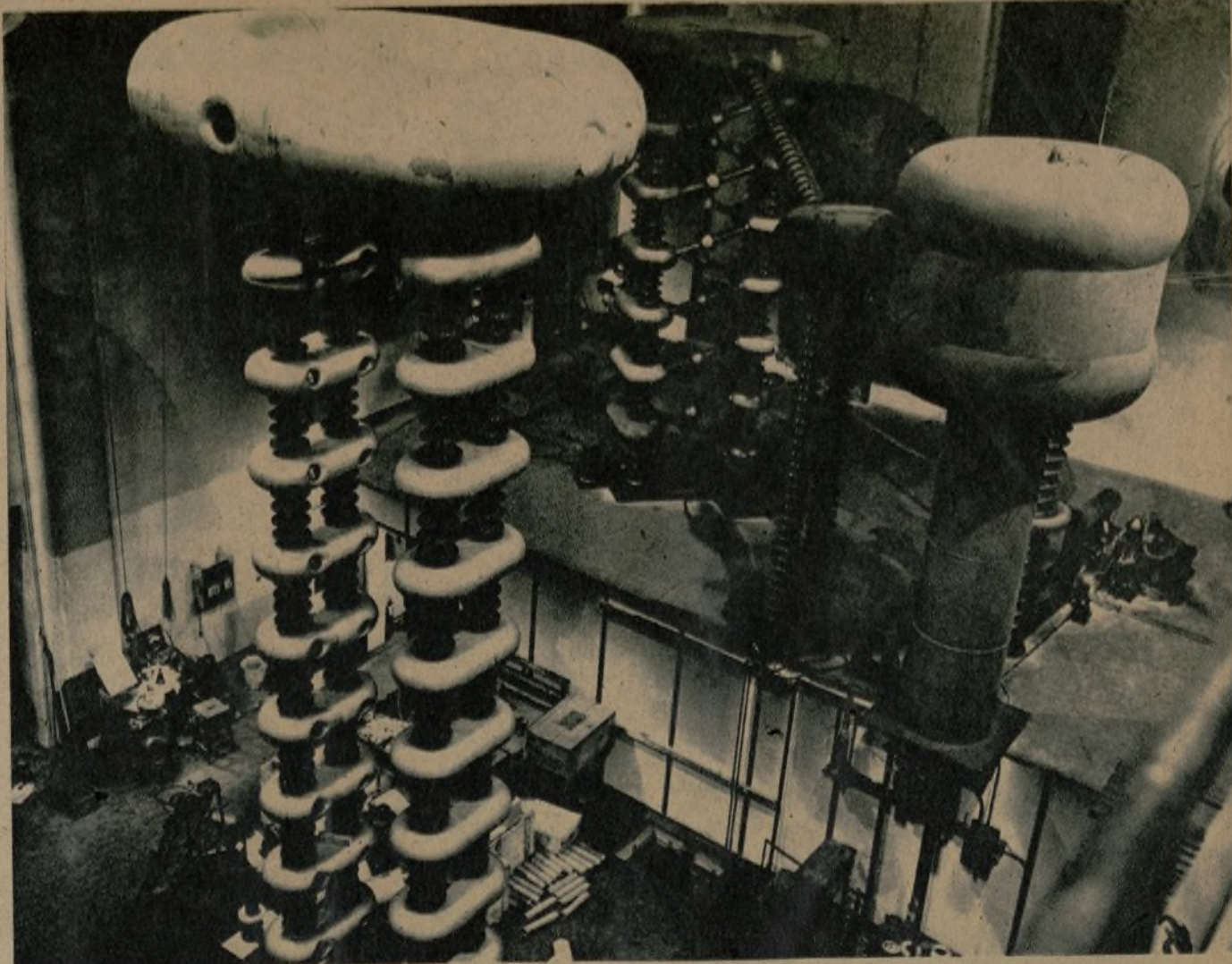
MAPA GEOPOLITICO MEDITERRANEO.



a Alemania o al Japón servirse de la "sorpresa".

- 4.º Apenas si existe un servicio de observación—espionaje—en Rusia, y
- 5.º Rusia cuenta con una quinta columna en casi todos los países del mundo.

Sin duda, los puntos anteriores contienen verdades, peligrosas verdades. Pero no es esto sólo. Por el momento, y aunque no haya certidumbre sobre la situación interna de Rusia, hay legítima sospecha de que su mecanismo bélico, aunque está listo para entrar en campaña, no está en condiciones de sostener un esfuerzo prolongado e intenso.



Generador de 2.000.000 de voltios, empleado en una de las estaciones experimentales de energía atómica existentes en Inglaterra.

PAZ ATOMICA

(Viene de la pág. 1.)

torio de un país listas para atacar su capital antes de que éste se dé cuenta de que lo han invadido y pueda lanzar bombas atómicas, puesto que, evidentemente, no las emplearía en su propio territorio.

Es muy posible que se vuelva a instituir la costumbre de tomar rehenes, y de tomarlos en gran número, como medida práctica para impedir el ataque de un territorio. El invasor podría esconder su Gobierno e industrias vitales en un lugar seguro, de preferencia en el territorio de la víctima; instalar a los rehenes en su capital y estar así casi seguro de que no lo atacará temiendo destruir a sus propios compatriotas.

Si un país que posee el secreto de la energía atómica sospecha que su vecino también lo tiene, no se atreverá a bombardearlo, por temor a las represalias. Durante meses, al principio de la última guerra europea, los adversarios se

vigilaban sin atacar; ninguno de ellos quería ser el primero en bombardear, porque sabían que se desencadenaría una serie de bombardeos. No me cabe duda de que esto se repetiría en una futura guerra. La guerra a muerte es incompatible con los descubrimientos atómicos, puesto que implica el atacar sin preocuparse de las consecuencias. La última guerra ha causado tantos estragos, que aun los vencedores salieron perdiendo. Las guerras futuras serán un suicidio completo de ambos contendientes, porque la destrucción será ilimitada. Ningún estado puede pretender ignorar las consecuencias que tendría la guerra atómica, y no se lanzará a ella con facilidad; además, los agresores abrigar siempre la esperanza de que ellos no perderán gran cosa; cuando el riesgo que corran sea grande, lo pensarán dos veces antes de invadir el territorio ajeno.

EL PELIGRO COMUN

En todas partes existe el temor de lo que sucederá el día en que los Estados

Unidos pierdan el monopolio del secreto atómico. Habrá peligro; pero si este peligro sirve para unir a los demás países tendrá su utilidad. Por supuesto que el mejor método sería divulgar el secreto a todos los países al mismo tiempo y no reservarlo para los poderosos. La reglamentación de su uso se haría más fácil, y el día en que se simplifique el procedimiento para fabricar la bomba atómica, los países pequeños estarán en pie de igualdad con los grandes por primera vez.

Actualmente, la ventaja es para el país poco poblado y poco industrializado, ya que sufrirá menos de un bombardeo atómico. El ideal sería un país sin ciudades grandes y cuya población estuviera esparcida en un vasto territorio. Si, además, se hiciera posible fabricar las bombas en todas partes, se daría vuelta a la tortilla y ya no serían los colosos quienes estarían en mejor postura. Países como Turquía y Noruega podrían tratar a cualquier otro de igual a igual. La energía atómica habrá creado la democracia internacional.

LA NOVELA DE LA CRISIS HUNGARA DE GASTON LEROUX A JOSE STALIN



LA CARA DEL DIA

En las últimas semanas, Ferenc Nagy quizá haya sido el nombre que más veces ha aparecido en la Prensa mundial. Gracias a los rusos, la curiosidad rodea a este hombre. Pero no es fácil satisfacerla, ni quizá tampoco sea necesario. A la Historia, tememos, pasará el nombre de Ferenc Nagy unido

a la crisis húngara. En verdad, apenas si este político tiene biografía anterior a la crisis. Todos los lances de su vida pasada carecen de importancia ante el dramático suceso de su "dimisión", la cual de un golpe ha hecho de Ferenc Nagy un ex presidente y un ex patriado. Su suerte futura—su doloroso sino—casi puede predecirse. Durante un tiempo—¿días? ¿semanas?...—gozará de popularidad entre los norteamericanos. Dará conferencias, pronunciará discursos... hasta ir perdiéndose en el anonimato, como tantas otras víctimas de las tierras que van del Báltico al Spree.

envueltos "personajes elevados", eso que antes de 1914 se llamaba así, poniendo mucho énfasis en el adjetivo.

Para salvar, o aliviar por lo menos, lo inverosímil de muchas situaciones, Gaston Leroux solía imprimir a sus héroes acelerada velocidad, hasta que los llevaba a tierras húngaras y balcánicas. Allí, casi todo era posible. Allí, la política podía ser ilimitadamente melodramática. Las libertades que Leroux se tomó con sus "personajes elevados" y con húngaros y balcánicos son tremendas. Hasta que los rusos, escribiendo una obra de José Stalin, llegaron a Hungría, la palma se la llevaba Leroux. Pero desde que los moscovitas aparecieron sobre tierras y ciudades húngaras el pobre folletínista francés nos parece el hombre menos imaginativo del mundo. Aunque quizá no se trate de eso exactamente. Quizá no sea ésta cuestión de imaginación, sino de civilización. Pese a toda su maldad literaria, Gaston Leroux era un occidental civilizado, que no podía imaginar siquiera uno de esos episodios que José Stalin escribe con la ayuda de sus bayonetas. Gaston Leroux no tenía más que pluma.

Rialto LUNES PROXIMO ESTRENO

Teresa la TRAVERSE

Lilia SILVI-Carlo NINCHI
ROBERTO VILLA-GANDUSIO-VERA CARMÍ
DIRECTOR: MARIO MATTOLI

RAZAS, PUEBLOS Y NACIONALIDADES EN LITIGIO

UN PROBLEMA CONCRETO: TRIESTE

Por Luis de HOYOS SAINZ
(De la Real Academia de Ciencias)

INTROITO GEOGRÁFICO Y FUGACIDAD HISTÓRICA

COMO un ejemplo de balance antropológico de la guerra fijémosnos en el caso de Trieste.

El gráfico adjunto que al menos es vivificador de recuerdos y aclarador de conceptos, comprende Trieste y su región, pues no es sólo este punto lo discutido, sino los de Fiume y Pola, y la perennemente debatida, partida y discutida península de Istria con sus dos golfos, el que puede estimarse italiano al Norte, y el que puede juzgarse yugoslavo, el de Quarnero, al Sur.

Señálanse las regiones circundantes que son el marco o encaje de lo discutido, pues tampoco ellas se libran de serlo. Los que quieran interpretar, no contentarse con mirar el mapa, verán las dos líneas del ferrocarril que unía los golfos con las

más interesada en la contienda, aunque no sabemos si tuvo voz consultiva o informativa. Así, de los 250.000 habitantes de Trieste, estimaron los partidarios o albaceas, que sólo 60.000 eran eslavos, es decir, menos de una cuarta parte del censo de la comarca, y, por tanto, si ése hubiera sido sólo el fundamento del futuro destino de Trieste, hubiera seguido incorporado a la Corona de entonces, y República italiana de hoy.

Pero preciso es no olvidar la complejidad de raza, de religión, de lengua y aun de cultura, de todo el fondo del Adriático. En cuanto a lo primero, bajo la autoridad del que debía ser entonces testigo a favor de los italianos, el barón de Eickstedt, en su libro "Rassenkunde", se declaró esloveno a los pobladores de esta región, aunque la generalidad de los antropólogos, más bien los incluyen en el grupo croata, inseparable del esloveno, pero indiscutiblemente unido o mezclado con él, precisamente en la zona

libro de raciólogía, y demostrativo ejemplo con la figura paralela del americano Ripley, de que no son los especialistas, máximas autoridades de la ciencia del hombre, los que fundan las clasificaciones y distinguen los grupos, pues se les puede aplicar lo de que "mirando al árbol no ven el bosque".

A Deniker, pues, se debió la creación de la raza dinárica o adriática, sexta de las que admitía en Europa, duplicando el número que también a comienzos de siglo estableció Ripley con criterio más general. Pero al directo estudio del gran antropólogo suizo, el profesor Pittard, se debe la confirmación de este interesante grupo, que él y sus seguidores han considerado de estirpe asiático-arménica y tronco de la celto-alpina, nunca estimada eslava, y aposentada alrededor de los Alpes, de los cuales, casi por gravedad, bajó a ocupar las llanuras y costas de los bordes del Adriático. Este grupo racial, como todos los que

mos, aunque no es eslava ha sido eslavizada, principalmente por su etnografía, como lo demuestra el predominio de la casa-torre, el uso hasta hace escasos años del pan sin sal, conservación de la organización tribal, humillante situación de la mujer y la perduración de la venganza de sangre como recuerdo de los orígenes eslavos.

En lo que pudiéramos llamar folklore social o político, estos eslavizados, como herencia más o menos lejana de las culturas asiáticas, representan lo contrario de lo verdaderamente europeo, es decir, del "self-government", con propia autoridad y libertad, idea fundamentalmente cristiana transportada a una clave laica.

LO QUE DICE LA SANGRE

Un ensayo que, sin embargo, tiene bastante valor como prueba de la clase y diferenciación de los hombres en la región que estudiamos, es el de ver cuál es el reparto y distribución de los grupos sanguíneos y qué croquis resulta para la seroantropología triestina: es decir, para la distinción de italianos y yugoslavos, y aun de los que independientemente de ambos beligerantes pudieran estimarse como los verdaderos aborígenes del país.

Las cuatro sangres "O" (cero, "A", "B" y "AB"), que estableció, basándose en estudios hechos en la anterior guerra, el gran biólogo Hirsfeld, nos permiten, aun apuntando sólo el porcentaje de cada una de ellas, hacer una separación eficiente para distinguir las razas serológicas.

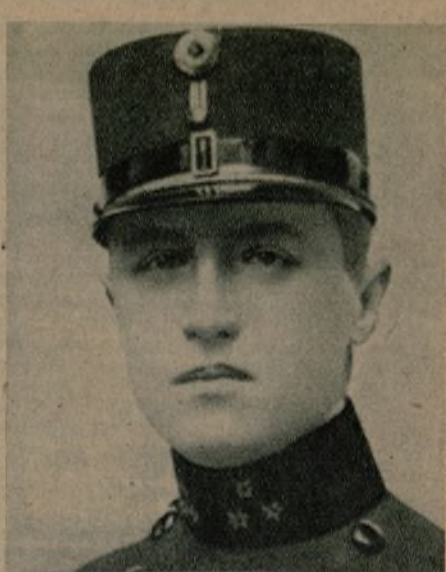
Precisamente el tipo serológico de Trieste puede darse por conocido con las tres series de 3.693 casos que hemos reunido, y el estudio que en 1927 publicó M. Goldstein, sin pensar en la guerra, pero sí en la personalización hemática de la siempre debatida ciudad. Aparece la primera diferenciación con Italia, por exceder en esta nación la sangre O, o sea la atlántica o europea occidental, en más de cuatro unidades a la de Trieste, compensada, en parte, por superarla ésta en el grupo A, o mediterránea. Están casi igualadas en la sangre B, o sea que Trieste es más centro europeo o alpino y más oriental que Italia en general.

Se hace más concreta la comparación por regiones o grupos raciales en contacto o limítrofes, y por ella vemos que con el norte de Italia en bloque se aumenta la diferencia en la sangre O, a favor de Italia, mientras sigue el dominio triestino en las otras tres, siendo la suma de las diferencias de los cuatro grupos algo mayor que con el promedio italiano, anticipándonos esto que la población de Trieste es más heterogénea que la de toda Italia del norte, y que se diferencia de ella fundamentalmente por bajar en Trieste el porcentaje del grupo O o europeo, baja que indica una tendencia hacia los húngaros o polacos; es decir, las representaciones directas o derivadas del gran tronco eslavo.

Es de notar que, concretando aún más la comparación de las comarcas italianas más vecinas, como en la veneciana de Padua, la diferencia aumenta por elevar ésta su carácter europeo occidental tanto como Trieste lo hace con la superioridad de los otros tres, principalmente en la sangre del grupo oriental, resultado antropológico de lógica biológica como el anterior, pues no en vano la historia de Trieste ha estado unida a la de la Europa central y aun oriental en largos tiempos, aunque con intensidad variable.

Si la comparación sigue haciéndose en el litoral italiano, crecen las diferencias en la Emilia, y luego en la Apulia, a medida que se desciende hacia el Sur. Si con igual orientación repetimos las comparaciones bajando por el litoral balcánico del Adriático hacia el Sur, haremos primero la de Trieste con Croacia, y encontramos que ésta tiene menor proporción de sangre atlántica y centro-europea que Trieste, pues está en inferioridad en las sangres O y A, mientras que la B y AB están en exceso. La elevada suma de las diferencias de los cuatro grupos nos indica la heterogeneidad hemática que ya señalamos en Trieste, y la posiblemente mayor aún de los croatas, aunque se dibujan en Trieste ligeramente y en Croacia de modo acentuado el aumento de las sangres eslavas y orientales y notables diferencias en la atlántica y centro-europea.

La mayor analogía por sus valores de la discutida región de Trieste, que llega a poder considerarse igualdad por su fórmula grupal, la encontramos con los albaneses, ya que la totalidad de sus di-



Austriaco de raza nórdica.



Austriaco de raza centro-europea.



Soldado serbio.

ferencias sólo llega a 17, lo que nos indica que los cuatro grupos sanguíneos tienen en ambos pueblos valores análogos, pues las variaciones sólo son de pocas décimas, apuntando en esto la posibilidad de considerar como dos grupos separados geográficamente por los otros caracteres antropológicos, pero unidos serológicamente, según el mejor investigador de los Balcanes, el profesor Pittard, de Ginebra.

Ampliando la comparación de la zona triestina hacia el Norte y haciendo la de Trieste con Austria, destaca en seguida que la suma de las diferencias entre sus actuales porcentajes sólo llega a 4,5, lo que parece indicar que la influencia austriaca no se ha ejercitado en balde durante bastantes años sobre el grupo del Adriático.

Como complemento y término de estas comparaciones sanguíneas de la región de Trieste con sus colindantes y posibles afines haremos la de esta zona con Hungría. El resultado que se deduce es que Hungría es menos atlántica y menos centro-europea o alpina que Trieste.

No hemos querido ceñir demasiado este análisis de la sangre en Trieste por si el valor del ejemplo en esta región iguala al que hemos obtenido en España, ya que el empleo de estos métodos antropológicos "limpia" y "fija", como el lema de la Academia Española, las regiones raciales de esta península.



Tirolésa dinárica.



Mujer croata.



Italiana del norte, dinárica.

dos ciudades del Imperio austro-húngaro, Viena y Budapest; líneas que serán siempre un tirón del pasado y un acicate del futuro, pues Estado sin mar está perdurablemente obligado a buscar la salida al mismo, ya que sin ella su comercio es forzado y su libertad limitada.

El problema de Trieste es el problema del Adriático, pues aunque el puerto se internacionalice, no podrá nunca serlo el mar, ya que sus ribereños le estimarán como propio, y, en consecuencia, corresponderá la asignación de los litorales al vencedor o al que más fuerza tenga, al menos como asignación latente o virtual. Así, lo que en la guerra de 1914 se discutía entre Austria e Italia, ahora seguirá discutiéndose entre ésta y Yugoslavia. Es verdad que el problema de momento queda atenuado en la costa dálmata que los italianos querían dominar desde el Adigio hasta cerca de Spalato, dando como frontera el río Narenta, si bien estas aspiraciones ya aparecen limitadas en el ecuaníme libro de G. Prezolini "La Dalmacia", apoyado, no obstante, en el hecho de la constelación de núcleos italianos en todo el litoral y especialmente en sus islas.

FRONTERAS VARIABLES

Como ni los orígenes ni el desarrollo histórico cuentan para las actuales soluciones, recordaremos sólo que la separación entre eslavos e italianos la hizo Napoleón al delimitar el Estado de Iliria, ampliando Italia por los bordes venecianos, frontera que tres cuartos de siglo después recabó Mazzini al hacer la unificación italiana, y luego, Cavour. Recordemos que al presente la existencia de diez o doce minorías étnicas en estas regiones no contribuirán a la pacífica persistencia de la frontera trazada por los cuatro grandes, solos defensores de la geografía política, que no aceptaron la de Wilson de la anterior guerra, ni la propuesta francesa en la actual, menos favorable a Italia.

ANTROPOGEOGRAFÍA LOS PUEBLOS

Las razas son más fijas y perdurables que el Estado, y en esta zona que nos sirve de ejemplo, extrémase el interés de su conocimiento porque convergen en ella formando un espectro total o un concentrante pleno todas las que en Europa existen; y claro es, no falta alguna que disuene poniendo fajas negras en la luz blanca, o rompiendo la armonía y unidad del coro general. Procedentes de Grecia, Albania, Servia, Croacia, Italia, Eslovenia, Austria y Alemania, se han asentado en esta región mediterránea, eslavos, dináricos, italianos, centro-europeos y alpinos y germanos, y sólo en lo que pudiéramos estimar el límite oriental, pudiera presentarse, tal vez no muy concreto, otro cordón raciológico que limitara el "verdadero campo eslavo o europeo oriental".

Si se nos hace la pregunta de qué pueblo es la de la región de Trieste, es difícil de contestarla: pero como hay que fundarse en algún dato numérico, aceptamos el más moderno y oficial, es decir, el que ha servido para el convenio celebrado en 1945 por los Estados Unidos e Inglaterra con Yugoslavia, en el que no se dió voto a Italia con ser la

que estudiamos. Y por aquí alumbra la razón o la disculpa de la petición de los yugoslavos, porque a la unidad citada únese la de servo-croatas, y por este camino, aparecen las reivindicaciones ya plenamente eslavas del actual estado del occidente balcánico.

Apurando la búsqueda del entronque de los triestinos, si nos atuvieramos sólo a la masa, nos aparece clara y evidente con los italianos: pero, por lo dicho, se ve que no sería objetivamente científico el callar las conexiones con los otros grupos étnicos citados. Los croatas han estado separados de los servios por la religión y por la política y aun antes, separados los servios y eslovenos por un rasgo cultural que se ha tenido por esencialismo, su escritura glagolítica, opuesta a la latina de la otras ramas.

Los eslovenos, como pueblo, han estado formando una verdadera etnia con los croatas, pues incluidos, estaban ambos en una provincia de Austria y antes en la Panonia-Iliria, jurisdicciones en las que no entraron evidentemente nunca los servios, verdaderos representantes de los pueblos eslavos, foco y tronco actualmente del presente Estado yugoslavo. Ocupan los eslovenos regiones muy en contacto, y evidentemente de mucho interés, con la comarca triestina, por rodear y casi superponerse o imbricarse con las tierras de la Venecia Julia, que es en realidad la verdadera tierra en litigio desde Zara, al Sur (la más meridional de la que fueron provincias austriacas). Esta zona alcanza Fiume, Gorizia, Pola, hasta Trieste, al Norte, más o menos coincidiendo con la presente zona eslovena en Carniola y Carintia, prolongada hasta Estiria. No, se extiende, por tanto, a todo el Véneto—que en conjunto no es más extenso que nuestra provincia de Badajoz—la disputa de posesión, sino al tercio oriental del mismo, constituido por la Venecia Julia, aunque es tierra tan poblada que su densidad es de 147 habitantes por kilómetro cuadrado, en tanto que en nuestra provincia extremeña es de 34, lo que justifica las apetencias que su posesión crea, pues las tierras más ricas son las que más cambian de dueño.

Croatas y eslovenos estimanse por etnógrafos y geógrafos más bien como pueblos eslavizados que como eslavos, y en realidad los últimos han sido la barrera frente a los germanos, que han servido para amparar a los croatas, servios y montenegrinos, y tal vez por ser fuerza de choque es más aún que los otros grupos congéneres si no una raza en extinción, una cultura en desaparición. Tiene, por tanto, razón el gran filólogo Meillet, al decir que su lengua no tiene pasado ni futuro, aunque ésta fué oficial en la Corte de Viena en los siglos XIII al XV.

LAS RAZAS

A la postre, como término final y esencialidad de los grupos humanos, llegamos a la determinación de la raza, problema distinto, pero muy conexionado con lo hasta ahora dicho acerca de los pueblos, y en ello hay que destacar paladinamente que la solución no está a favor ni de Italia ni de Yugoslavia, representando la primera lo mediterráneo latino y la segunda lo eslavo o europeo oriental. Esta solución la vió objetivamente, por el propio estudio de los caracteres somáticos e intrínsecos, el erudito en Antropología, más que erudito investigador, Deniker, autor del más universalizado

se derivan del gran tronco cárpato-alpino que no termina en Suiza, sino que se desparra por la Francia central, siguió los caminos pastoriles, quedando en los valles los agricultores y mezclándose en los bordes con nórdicos y eslavos por Norte y Este, y con los mediterráneos por la solana de la gran cordillera alpina. Han reducido los dináricos su área de expansión, que llegó a Ucrania y la Italia central, pudiendo decirse que es una raza diluida en varios pueblos, pero siempre habitando tierras boscosas, valles verdes y ambiente húmedo, lo que sin duda llevó al profesor Pittard y a su colega de Breslau, Eickstedt, a unirla a nuestros vascos, con evidente error de conocimiento o de interpretación.

El retrato puede hacerse describiéndola como de holgada estatura, armónica en proporciones y suelta en movimientos: braquicéfala o de ancha y corta cabeza como todas las del tronco racial a que pertenece, con cara que algunos llegan a estimar de varonil hermosura, aquilina de nariz y grandes ojos de color oscuro como la piel y el pelo. Esta descripción destaca el contraste con los mediterráneos latinos y los eslavos orientales, dando personalidad nacional no sólo a la de la comarca triestina, sino por el Norte, hasta el Tirol, y por el Sur, hasta Albania, cuyas gentes, aunque aisladas por el cerco de otras razas, son, para los conocedores de aquellas tierras y hombres, los mejores representantes del tipo adriático o dinárico.

Preciso es afirmar, para conservarnos dentro del realismo investigador con plena probidad, que no solamente esta raza, sino las que con ella se mezclan y conviven en toda esta región que estudia-



EL PULSO Y EL CORAZON DE HOLANDA DONDE RADICA LA FUERZA

Por nuestro corresponsal CARLOS SENTIS

II

LA HAYA, Junio.—Desde aquí mismo, de un barrio de La Haya, se disparaban los "robots" que caían sobre Londres. Son lo cual, si Rotterdam sufrió enormes bombardeos cuando la entrada en Holanda de los alemanes, La Haya fué machacada desde el aire por todo género de "Mosquitos" ingleses que buscaban el blanco de las instalaciones de las "uvas".

No cayó ninguna bomba en el Palacio Real, llamado también de la Reina Madre, ni en ningún otro de los edificios reales. Pero cuando después de la Liberación la reina Guillermina volvió a Londres, ante la devastación general que dejó tras de sí el refugio militar alemán, no quiso ir a vivir a su palacio de La Haya ni a ninguna otra de las confortables residencias que tiene en varias partes del país. Se instaló en una pequeña casa burguesa, el número 110 del ca-

deses revertsiesen en florines sus divisas extranjeras o en el extranjero. La disposición, sin embargo, no obtuvo el éxito esperado. Se esperaba, en realidad, muchísimo, porque había gran cantidad de holandeses poseedores de divisas extranjeras. Con todo, el florín se sostuvo casi brillantemente. El no completo éxito de esta disposición de las divisas—y otras cosas parecidas—parece que enfurruñó un poco a la reina Guillermina, que llegó a su querida patria con tanto celo y entusiasmo. A raíz de estos hechos se ha acusado a ciertos sectores económicos holandeses de "épiciers", de mentalidad de drogueros, de ultramarinos o pequeños comerciantes. Muchos de estos holandeses no se inmutan por ello. Ellos mismos reivindican el título de "épiciers". En definitiva, eso les valió, a los de Amsterdam, una ciudad que, en el Medievo, rivalizó hasta con Venecia en los productos de Oriente, y más moder-

mismo, si para todos ha llegado la hora final, como se afirma por algunos—cosa que, por otra parte, se verá muy pronto—, el holandés todavía se agarrará, en la caída, a un clavo, que no será del todo ardiendo... Desde luego, Holanda bajará de nivel, y muchos tendrán que emigrar mar adelante como los alemanes, en busca de una nueva situación; pero Holanda se mantendrá sobre sus pies sólidamente instalada en sus tierras bajas, ante las cuales el mar se ha detenido. Sus fuerzas las extraerá de dos puentes: su monarquía y su trípode de grandes compañías.

Sin la monarquía (de carecer de ella o perderla), algunos llegan a pensar que Holanda, por cuyas entrañas no dejan de pasar ciertas grietas susceptibles de agrandarse en este caso (yuxtaposición y rivalidad religiosa), podría incluso desaparecer como nación independiente, uniéndose su mitad sur con los flamencos, o sea con Bélgica, y su mitad norte con los daneses; en cuanto a Amsterdam, podría tener estatuto propio, como antigua y tradicional ciudad anseática. La Casa de Orange ha sido siempre el nexo insubstituíble que no sólo creó, sino que ha sostenido día a día esta nación. Tanto como a la misma Monarquía están adheridos los holandeses a su dinastía reinante. Esto explica que la sucesión casi ininterrumpida de reinas que, por lo menos, durará todavía lo que falta de siglo, ha sido vista sin ninguna impaciencia. Ultimamente, las gentes esperaban con indistigible ilusión que el cuarto hijo de la princesa heredera iba a ser, finalmente, varón. El príncipe consorte, Bernardo, habló un par de días antes por radio y dijo que mostrar tal actitud era tanto como menospreciar a la princesa y que, en definitiva, para Holanda, el mandato de mujeres no había ido del todo mal... A la actual reina Guillermina le precedió la reina Emma, cuya aparición en público provocaba tantos entusiasmos como los levanta la reina Guillermina. A la princesa heredera, Juliana, le sucederá, a no dudarlo, otra mujer (tiene cuatro hijas). El amor y la consideración a la dinastía de la Casa de Orange se ha puesto a prueba últimamente con la guerra en un delicado punto: el Príncipe consorte es alemán de pura cepa y con toda su querida familia alemana y en Alemania. A pesar de la inquina que aquí hay y ha habido contra todo lo alemán, las gentes no retiraron su amor al príncipe, que tuvo que pasar por tan difícil situación.

Después de habernos parado un momento en la columna vertebral que sostiene el cuerpo de Holanda, pasaremos ligera revista al trípode económico que sostiene a Holanda en su crédito financiero internacional, y que demuestra, además, que Holanda, incluso perdiendo su posición de cabeza política de un Imperio, siempre será una fuerte entidad encajada en el difícil mundo de nuestros días.

Este trípode holandés se compone de la Royal Dutch, la casa Philips y la compañía aérea K. L. M.

La Royal Dutch controla una parte importantísima del petróleo mundial. La casa Philips ha invadido hace años a Europa de material eléctrico y radiofónico. De la K. L. M. me ocuparé más especialmente. Porque lo más importante de esa compañía aérea es que su pujanza mundial surge en los dos últimos años, precisamente los de más postración postguerrera. Es, en estos dos últimos años, cuando esta vieja compañía ha acabado por coser el planeta de nuevas líneas regulares aéreas.

—¿Usted quiere estudiar la actualísima, la moderna Holanda? Vaya usted a ver a Mr. Plesman—me dijo, dándome una tarjeta de presentación, un amigo mío de gran prestigio en La Haya.

Con la tarjeta me fui al gran edificio central de la K. L. M., que me hubiese impresionado por su tamaño oficioso de no haber visto en Norteamérica los mastodontes de Down Town, de Nueva York, o el Pentagón, de Washington. Al poco rato estaba sentado frente a una reencarnación de los retratos que Rembrandt hizo de los grandes señores de Amsterdam. Peso específico, color sanguíneo trasapado por unos ojos de aguja, y el conjunto expresando una gran voluntad y tesón.

Naturalmente, me impresionó mucho más Mr. Plesman, que todo el edificio, que, quieras que no, me enseñaron. Se comprende, después de haber hablado con él, que la K. L. M. sea una especie de Estado dentro del Estado. No hay manera de vivir en Holanda sin quedar sugestionado por estas tres letras: K. L. M. Permanentemente se leen estas tres letras. Al final se extraña uno que las vacas de los prados no las llevan marcadas al fuego en sus ancas. El Júpiter de la K. L. M. estaba en un amplio despacho. En la pared, reproducciones antiguas de navíos holandeses, y a su de-



recha, una esfera terrestre, enorme, que sus manazas, al hablar, hacen girar a menudo, como si fuesen una pelota de fútbol. Plesman me habla de la libertad del aire, de la conferencia de Montreal. Y, lamentando que España no esté en la I. C. A. O., se expresa con gran consideración por las cosas de España: "Téneis grandes aviadores, grandes mecánicos. En España siempre ha habido grandes cerebros."

Plesman u otro cualquiera de los gerentes del trípode holandés son como otros tantos ministros de Hacienda. Y no sólo colaboran con el Gobierno—aunque en la actualidad haya disconformidades sobre la cuestión, tan generalizada, del grado de libertad de las empresas—, sino que, entre sí, las tres direcciones de las tres Compañías se ayudan y se sostienen. No sólo como un ejemplo de ello, sino por lo que significa como detalle revelador de una enorme vitalidad, mencionaré el centro de estudios que la Royal Dutch, la Philips y la K. L. M. han fundado para que sirva de plantel o de vivero de técnicos y jóvenes aptos a los múltiples cargos que dentro y fuera de Holanda son necesarios a las redes de estas grandes Compañías.

Vitalidad en los hombres y equilibrio

político, ambas cosas combinadas, dan una imagen de Holanda que no cuadra con la afirmación, demasiado repetida, de que Europa está muerta. Paseando por Holanda, yo no me atrevería a suscribir esta afirmación.

Holanda ha superado muy pronto, y muy por encima, la "grip" comunista, que ha sido una amenaza constante en los países que durante esta guerra conocieron la desmoralización de las invasiones. El presidente, Dr. Beel, es un católico. Sus ministros son, en una leve minoría, miembros del partido católico, dos o tres técnicos independientes, y los demás, laboristas, partido que existe aquí a semejanza del de Inglaterra, y que, evitando que mucha gente caiga en el comunismo, tiene para las cuestiones del marxismo una posición dentro de la cual es más el ruido que las nueces. Los comunistas, que sólo alcanzaron un diez por ciento de los votos, están ya en descenso. Es una minoría sin futuro, o, en definitiva, como en otro país de "standard" parecido al de Holanda, una simple incubadora de Quislings, para el día en que Rusia se decidiese a empujar sus ejércitos hacia lo que de Europa no está bajo su influencia directa ni indirecta.



mino o antigua carretera de La Haya a Scheveningen. Acabo de estar en el jardín de esta casa. Como todas las de por aquí, tiene su jardincito de tulpanes y, apoyada en la puerta de la cocina, una bicicleta. Hace un año, contra esta puerta había dos bicicletas: la de la reina y la de su dama. Y detrás de la misma puerta, una sola sirvienta. El invierno fué crudísimo; pero no hubo en la casa otra calefacción que unas estufas eléctricas, y más de una visita regía tiritó de frío. La casa ni siquiera forma un cuerpo propio. En realidad, es la mitad de un edificio. Es siamesa con otra casa cuyos inquilinos vivieron pared por medio con sus reyes durante casi un año. Otra casa con el parecido número 10 (de Downing Street) se ha hecho célebre por su modestia—aunque es sólo exterior—, a pesar de alojar al primer ministro de la Gran Bretaña.

El ejemplo de la Reina fué decisivo. Se habían acabado con la liberación unos días trágicos; pero empezaban otros muy difíciles. Las medidas iban a ser severas, casi draconianas. En Holanda, aun hoy, no se puede comprar un queso ni para llevarse, al marchar, como recuerdo. Todo está absolutamente racionado; hasta la leche, a pesar de sus dos millones de vacas. Todavía hoy no se puede comprar sin cupones ni un caramelo, ni un pañuelo de bolsillo. La comida, sin embargo, y quizá debido a estas severas medidas, no falta.

En los mismos días de la liberación se obtuvo una cierta ayuda norteamericana que, por lo menos, sirvió para poner cristales en las ventanas, que en casi todo el país habían quedado desguarnecidas. Los ingleses dejaron gran parte de su material y tal cantidad de equipos y ropas militares, que hoy Holanda parece un país ocupado por los ingleses. Todo el Ejército holandés viste uniformes hechos para el Ejército regular británico. Sobre eso añádanse camiones, motocicletas, todo a base de modelos del Ejército británico.

Desde el principio, Holanda pudo disponer de ciertas divisas extranjeras extraídas de sus propios recursos nacionales. Se determinó que todos los holan-

amente, el tener un Imperio inmenso centrado por la Isla de Java.

¿Pero y si los comerciantes se sienten solamente tales y descuidan otros intereses superiores no acabarán, en definitiva, por perder el Imperio y, por ende, sus especies?

Toco otra vez, con ello, el tema que ya enfoqué en el anterior reportaje sobre los Países Bajos. Casi siempre hay que referirse, de cerca o de lejos, a la Indonesia, cuando de cosas de Holanda se trata.

Reflexión de comerciantes de Amsterdam: ¿Si la hora final ha sonado para los Imperios, podrá Holanda ser una excepción cuando los ingleses mismos se aprestan a abandonar la India? Los holandeses saben perfectamente que los indonesios son bien escuchados en Norteamérica, y no digamos en Australia, desde donde reciben apoyo comercial y hasta ayuda financiera. Los sublevados contra Holanda pueden vender lo mismo a Australia que a los Estados Unidos todo el caucho y toda la copra que quieran. Los indonesios de Java, dirigidos por el cabecilla Sukarno, están aprovechándose de una situación de facto, que los mismos holandeses reconocen ya, y firman tratados comerciales con varios países.

Si América, Australia y otras fuerzas poderosas se empeñan en secundar el movimiento nacionalista de Indonesia, muchos de los de Amsterdam comprenderán que no les queda más remedio que replegarse.

Pero replegarse quiere, comúnmente, decir, en lenguaje militar, retirarse a otras posiciones. De ningún modo abandonar el campo, desertar o cualquier cosa por el estilo. El Imperio holandés permite el repliegue como pocos, porque siempre ha tenido el sustentáculo comercial. Ha sido un imperio substancialmente comercial e industrial. Por eso ha durado tanto tiempo, y por eso

LEA EL MUNDO EN LA
MANO DE CARLOS SENTIS.
EN NUESTROS PROXIMOS
NUMEROS



NUEVA FUERZA INTERNACIONAL: LA LIGA ARABE

(Reportaje exclusivo para VIDA ESPAÑOLA)

EL CAIRO.—El 23 de marzo de 1945, una salva de diecinueve cañonazos resonó, dominando el estruendo del intenso tráfico de la ciudad de El Cairo. Estas salvas no sorprendieron a nadie en la atareada ciudad. Todos sabían que anunciaban uno de los más importantes acontecimientos del Oriente Medio: el nacimiento oficial de la Liga Árabe.

En el suntuoso palacio de Zaafaran se reunían los distinguidos representantes de seis Estados árabes—Egipto, Arabia Saudita, Transjordania, Irak, Siria y Líbano—para firmar los Estatutos de la Liga, que, según palabras del rey Ibn Saud, "contenían las más profundas esperanzas de los pueblos árabes". Poco después, el Yemen se adhería a la Liga, formando un total de siete Estados.

La Liga representa la esencia de las viejas aspiraciones árabes. Estos países—atrasados por una multitud de razones—empezaban a resurgir de su tradicional aislamiento, para renovar su antigua civilización y tomar parte en la reconstrucción del nuevo mundo postbélico.

Los arquitectos de la Liga decidieron primeramente libertarse de las influencias extranjeras en cualquier forma o aspecto, y la unión tiene por objeto el mutuo progreso en una amplia confederación, inspirada en el modelo de los Estados Unidos de América y de la Liga Panamericana.

REALIDADES Y PROYECTOS

Cuatro de los firmantes de la Liga Árabe representaban países independientes: Egipto, Arabia Saudita, Irak y Yemen. Después de su creación, otros tres países han logrado su independencia: Siria y el Líbano, y más recientemente Transjordania. En todos ellos, y también entre los árabes de Palestina, la Liga trata de for-

talear las relaciones económicas, culturales, sanitarias y agrícolas, y también suprimir inútiles rozamientos fronterizos.

Los triunfos que tiene en su mano la Liga son los siguientes: afinidad en los orígenes raciales, idioma, cultura y religión. Sus dificultades son, igualmente, evidentes: las tradicionales rivalidades dinásticas y de tribus, los odios inherentes a la disputa del Poder y los antagonismos entre los cabecillas.

Todavía fresca la firma de la nueva Liga, los jefes árabes esperaron las reacciones de las potencias mundiales. En primer lugar, querían conocer la reacción británica, ya que en mayo de 1941 Mr. Anthony Eden había estimulado francamente la creación de la Liga al declarar en la Cámara de los Comunes: "Me parece, a un tiempo, lógico y natural que los lazos culturales y económicos entre los países árabes, y también los lazos políticos, puedan ser estrechados."

El Gobierno de coalición de Mr. Churchill estaba todavía en el Poder cuando nació la Liga, y no hubo ninguna indicación oficial de Londres en el sentido de que las declaraciones de Eden hubiesen prescrito. La Liga hizo saber que confiaba en la firmeza de la amistad anglo-árabe.

SOSPECHAS RUSAS

América vió nacer la Liga con interés; pero Rusia expresó la opinión de que sólo era una ramificación del imperialismo británico, y que sus Estatutos habían sido firmados en el palacio de Zaafaran, cuando aún ondeaba sobre él la bandera inglesa.

En medio de este ambiente internacional, y acariciando la esperanza de que un día su influencia se extendería sobre una Confederación Árabe, que abarque desde

el Océano Indico hasta el Atlántico, la Liga inició sus actividades tendiendo una mano amistosa a los musulmanes de la India.

El secretario general de la Liga, Abdel Rahman Azzam Pachá, no había terminado aún de instalar sus oficinas, cuando la flamante organización tuvo que enfrentarse con su más grave problema: la crisis de Levante.

Siria y Líbano, a las que Inglaterra había prometido su ayuda, para obtener su independencia durante la campaña aliada de 1941, empezaban a demostrar su desagrado por la presencia de Francia. Hubo algunos levantamientos, especialmente en Siria, que obligaron a Mr. Churchill a ordenar al comandante en jefe de las fuerzas británicas en el Oriente Medio, general sir Bernard L. Paget, a que interviniese. Se consiguió una pacificación temporal, pero sin que disminuyesen los sentimientos antifranceses. Siria y Líbano no recibieron el total apoyo de la Liga Árabe. Por fin, las tropas inglesas y francesas se retiraron de Levante, y Siria y Líbano consiguieron su independencia.

Es difícil determinar la parte tomada por la Liga en la resolución de la crisis levantina; pero no es exagerado afirmar que fué de gran importancia.

NO SE TOLERARA LA DESMEMBRACION DE PALESTINA...

Aun antes de que se produjese esta crisis, la Liga tuvo que enfrentarse con el problema de Palestina (la cual no es miembro de la Liga) y que, naturalmente, debía ocupar lugar preponderante en su temario. Los acontecimientos de Tierra Santa (violencias de los terroristas judíos; ininterrumpida inmigración judía, legal e ilegal; incertidumbre sobre el fu-



Las tres principales figuras de la Liga Árabe: Abdel Rahman Azzam Pachá, secretario general; el Rey Ibn Saud, de Arabia Saudita, y el Rey Faruk, de Egipto.

Mardam Bey, nacido en Damasco, abogado, hombre de gran sutileza y seguro de sí mismo, y uno de los más destacados políticos sirios.

El turo del país) se combinaban para complicar el problema árabe.

La Liga hizo saber su posición en este problema, especialmente a Inglaterra y Norteamérica, declarando Azzam Pachá: "Palestina es, y ha sido siempre, un país árabe, y árabe debe seguir siendo. Es la tierra sagrada de los musulmanes, cristianos y judíos, y sus Santos Lugares deben ser guardados por las tres razas. La vigilancia de estos Lugares ha sido confiada a manos musulmanas durante varios siglos, y así debe continuar." La Liga hizo un llamamiento a los judíos para que cesase la inmigración, aunque reconociendo todos sus derechos a los residentes en Palestina después de la declaración de independencia de este país. La Liga no está dispuesta a tolerar la partición de Tierra Santa. Y ha decidido boicotear las mercancías fabricadas por los judíos en Palestina. Es difícil calcular exactamente las pérdidas que el comercio y la industria judíos sufrirán con la aplicación de este boicot, que aún continúa. Azzam Pachá ha manifestado que esta decisión ha tenido por resultado estimular la industria y el comercio en los países árabes.

LA LIGA AYUDA A EGIPTO

Otro de los actos de la Liga para fortalecer el poder de los árabes en Palestina ha sido la fundación de un Banco (que, en realidad, es una institución filantrópica) para facilitar fondos a los campesinos árabes, a fin de que puedan comprar terrenos, semillas y maquinaria agrícola.

Además de su apoyo a Palestina, la Liga tiene otros objetivos inmediatos. Ha sostenido la reclamación egipcia de que las tropas británicas evacuen su territorio y la unión de Egipto con el Sudán (o sea la unificación del valle del Nilo). También ha pedido la concesión de la independencia a Tripolitania, incluida la Ci-

renaica, y el cese de la influencia francesa en África del Norte.

Estas actividades ocultan los menos ostentosos, pero importantes trabajos de la Liga, para promover la unificación y cooperación de todo el mundo árabe. Probablemente, el aspecto más notable de esta tarea es la firma de un convenio cultural, tendiendo a la íntima unión de los pueblos árabes, considerándolos como una sola nación en lo que concierne a la instrucción pública. Este convenio, entre otras cosas, establece la unificación de libros de texto en las escuelas de los diferentes países y un intercambio de estudiantes.

EL CEREBRO DIRECTOR DEL MUNDO ARABE

Azzam Pachá, el cerebro director de la Liga, es alto, seco, de aspecto ascético, y tiene cincuenta y cinco años. Reúne la seducción oriental con la educación británica. Nacido en El Cairo en 1891, de una distinguida familia egipcia, fué a Londres a los veinte años y estudió tres cursos de Medicina. Durante la primera guerra europea, se enroló en el Ejército turco para luchar contra Inglaterra. También luchó contra los italianos en Tripolitania, y se hallaba al frente del Ejército

VIDA ESPAÑOLA

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Marqués de Urquijo, 16
MADRID

to senesita cuando, en 1918, fué proclamada la república de Libia. Al estallar la segunda guerra mundial, se le confió el mando del Ejército territorial egipcio.

Otras personalidades del Oriente Medio, que forman parte del Consejo de la Liga Árabe, son el general Nuri, ex Sald Pachá, comandante de las fuerzas regulares del rey Feisal, en la revuelta árabe fomentada por Lawrence de Arabia durante la primera guerra europea, y nueve veces primer ministro del Irak, y Jamil



Azzam Pachá con los representantes de Transjordania y Egipto, Arabia Saudita y Yemen, en una sesión del Consejo de la Liga.

II

Publicamos el segundo reportaje de Douglas Brown sobre la transformación que se está operando en Inglaterra. En el próximo publicaremos el tercero y último de este autor sobre el mismo tema.

LA INGLATERRA DE HOY ¿ESTA EN MARCHA UNA GRAN REVOLUCION SOCIAL EN INGLATERRA?

POCAS VECES HA HABIDO UN PERIODO DE MAS CALMA EN LA VIDA INGLESA, EN TANTO SE DICTAN LAS MEDIDAS MAS RADICALES SIN EMBARGO, LOS ASPECTOS MAS DESTACADOS DEL MECANISMO TRADICIONAL APENAS SI HAN CAMBIADO

LA CAMARA DE LOS LORES

Sobrevive, sin daño aparente, en medio de la indiferencia, como le ocurre desde 1910. Generalmente, se la considera como un pintoresco ornamento de la escena política.

LA CAMARA DE LOS COMUNES

Gracias a la disciplina del partido mayoritario, la Cámara está considerada como una entidad que tiene alguna mejor influencia que de costumbre sobre el Gobierno. Además, las complejidades de la administración moderna acrecen continuamente el número de asuntos importantes que se salen de la competencia inmediata del Parlamento, mientras se acusa al partido laborista de ceder con demasiada facilidad a la presión de las Trade Unions. En resumen, el Parlamento conserva la totalidad de su poder soberano e ilimitado, emanado de las urnas y el voto.

EL "PREMIER"

Su autoridad sigue estando basada totalmente en su capacidad de dirigir un Gobierno que disponga de la mayoría activa del Parlamento. Si perdiese la confianza de esta mayoría tendría que dimitir o convocar elecciones generales. Si dimitiese, correspondería al rey designar a otro hombre público capaz de reunir una mayoría. Si ninguna personalidad fuese capaz de ello, el rey tendría que convocar elecciones por su propia voluntad.

EL GABINETE

El sistema según el cual todas las leyes comprometen la responsabilidad del ministro competente, y por él la de todo el Consejo de Ministros, sigue en vigor.

LA ADMINISTRACION

Los cargos administrativos son fijos, sea cual sea el Gobierno que esté en el Poder. Los altos funcionarios tienen, evidentemente, una gran influencia sobre los ministros; pero, en fin de cuentas, tienen que ejecutar sus órdenes.

LA ADMINISTRACION LOCAL

Sigue en manos de los Consejos locales, bajo el estrecho control de consejeros elegidos y no remunerados. Los socialistas han introducido en los negocios locales un grado mucho más elevado de política de partido.

LA JUSTICIA

Los jueces son inamovibles, salvo demanda de las dos Cámaras. Los jurados deciden sobre las cuestiones de hecho en todos los casos de importancia. El principio del "Habeas Corpus" (intangibilidad del individuo no inculcado) se observa estrictamente, y las reglas de la prueba dan al acusado el máximo de protección. La justicia menuda sigue practicándose, en general, por medio de magistrados benévolo (ciudadanos de alguna importancia, asesorados por un letrado nombrado de oficio).

EL EJERCITO

Su influencia política sigue siendo nula.

LOS SINDICATOS

Forman parte integrante, cada vez más, del Estado, y son el elemento dominante del partido que sostiene al Gobierno.

LA NOBLEZA RURAL

Se empobrece progresivamente; pero, en conjunto, conserva su influencia moral en sus distritos. Se recluta constantemente entre las demás clases.

LA ALTA SOCIEDAD

Continúa teniendo una gran influencia hereditaria. El acceso a ella sigue siendo más fácil para los hijos de los hombres que han triunfado que para estos mismos hombres.

LAS "PUBLIC SCHOOLS"

Estas escuelas "públicas", que contrariamente a lo que parece indicar su nombre, son escuelas secundarias privadas—y de pago—, no han sido afectadas por la reforma de la enseñanza. Seguirán siendo la puerta más adecuada para triunfar en numerosas esferas.

Estos son los aspectos más destacados del mecanismo tradicional de la vida pública inglesa. No han cambiado apenas desde antes de la guerra.

Por Douglas BROWN



El Parlamento, la suprema autoridad política inglesa.

SOBRE EL CARACTER ESPAÑOL

Por Ramón MENENDEZ PIDAL

II.—IDEALIDAD

MAS ALLA DE LA MUERTE

ENTRE las notas singulares que los autores de la antigüedad nos transmiten como propias de los pueblos hispanos, Tito Livio refiere que cuando los iberos del norte del Ebro fueron por Catón constreñidos a desarmarse, muchos se suicidaron, pues, en su fiereza, tenían por nada la vida sin las armas. Estrabón, como muestras de ferocidad, cuenta que en las guerras cántabras las madres mataban a sus hijos antes que consentir cayesen en poder de sus enemigos. Un muchacho, cuyo padre y hermanos estaban prisioneros amarrados, los mató a todos por orden del padre, e igualmente una mujer mató a sus compañeras de cautiverio. Estrabón, como hombre de civilización ya decadente, no ve en esto sino la parte de la barbarie; pero apunta otros rasgos en que el desprecio de la muerte tiene un carácter de elevado altruismo: la famosa "devotio" ibérica, fiel consagración a un jefe con el compromiso de dar la vida por él, o el hecho de que los prisioneros cántabros, crucificados, morían entonando himnos de victoria. Como carácter general de los hispanos nota Trogo Pompeyo que tienen el ánimo pronto para la muerte, lo mismo que tienen el cuerpo dispuesto para la abstinencia y el trabajo ("corpore ad inedia laborumque, animi ad mortem parati"); frecuentemente se les vio morir en los tormentos por guardar un secreto, prefiriendo a la vida el silencio. Y Tácito, un siglo después que Trogo, da de eso un caso particular, el del rústico arévaco de Tiermes, que muere en la tortura gritando su negativa a revelar el nombre de ciertos conjurados.

La vida no es el supremo bien. El antiguo hispano pierde la vida con entusiasmo patriótico, como los cántabros en la cruz y los numantinos en suicidio colectivo; la pierde por cumplir los altos deberes de fidelidad, no sólo individual, sino también ciudadana e internacional, como en el sacrificio de Sagunto. En estos y en los demás casos no sabemos concretamente a qué principios religiosos, políticos o sociales responde ese preferir la muerte a otros daños, sobre todo a la pérdida de la libertad. Pero en todo vemos latir algo análogo al pensamiento estoico. Séneca exhorta al suicidio como una liberación; la muerte no es nada temible: es el fin de los males y comienzo de la verdadera libertad en lo eterno.

LA FAMA

Lo mismo que en la obscuridad de los tiempos primitivos, en la claridad de los tiempos modernos hallamos persistente el dicho de Trogo: "animi ad mortem parati". La muerte es aceptada como el comienzo de un sobrevivir en otra vida superior.

En el umbral de la época de mayor plenitud histórica española, Jorge Manrique enuncia la distinción de las tres vidas como serena consideración ante la muerte: la vida temporal, perecedera; la vida de la fama, más larga y gloriosa que la corporal, y la vida eterna, coronación de las otras dos. Pues esas dos vidas, posteriores a la muerte, las siente todo español; las sentía entonces con viveza característica, según aparece en contraste con el modo de pensar de otros pueblos hermanos.

En cuanto a la segunda vida, la de la fama, es de gran interés observar cómo la ideología del soldado español choca con la del italiano en las primeras polémicas entabladas entre los capitanes de uno y otro pueblo que se hallaban al servicio de Alfonso V de Aragón. Tenemos memoria de una de estas conversaciones ante el rey Magnánimo en 1420. Los españoles reprochaban a los italianos la flojedad en el guerrear y los poquismos que mueren en sus batallas, mientras el gran condottiero Braccio de Montone replicaba, tachando a los españoles de fiereza ignorante: "Tenéis por más honroso dejaros despedazar por los enemigos que escapar con vida y reservaros para el desquite."

Y no tengamos estas palabras como propias sólo de un condottiero que hablase así como tal, falto de espíritu bélico y patriótico; los franceses, que abundan en lo uno y en lo otro, sin embargo, notaban también la misma particularidad, rehusando un encuentro con los soldados

del Gran Capitán: "Estos locos españoles tienen en más una poca de honra que mil vidas, que no saben gozar de esta vida a su placer", juicio donde hallamos patentizada la estrecha dependencia de la idealidad española con la sobria austeridad tomada por nosotros como base del carácter hispano.

El estimar en poco los disfrutes de la vida persiste como rasgo básico (cuenta o no con la noble compañía de una alta aspiración), lo cual hace que la segunda vida preclara por Jorge Manrique, la de la fama y de la honra, no es en España un halago reservado al héroe ilustre, sino que es estímulo para cualquiera; todo caballero aspira, como don Juan Manuel, a que de él se diga:



"Ambrosio Spinola recibiendo las llaves de la plaza de Juliers", por José Leonardo.

"Murió el hombre; mas no su nombre", divisa heráldica después: "Muera el hombre y viva el nombre". Y esto no sólo en aquellos siglos en que grandes empresas nacionales imprimían dirección elevada y coherente a las voluntades de todos. Quevedo, en su "Epístola al Conde-Duque", lamentaba como pérdida la antigua virtud,

"aquella libertad esclarecida que en donde supo hallar honrada muerte nunca quiso tener más larga vida."

Pero no es virtud caducada entonces. Aun en medio de cualquier decadencia abundan los oscuros héroes que arrostran con firmeza la honrada muerte en aras del ideal, y los ánimos dispuestos para la muerte, que dijo Trogo, se hallan siempre, hasta cuando toda esperanza en el éxito del abnegado sacrificio esté perdida, como cuando se ha querido consumir "hasta el último hombre" en una guerra de antemano desahuciada.

Y este perdurable anhelo de una segunda vida, la de la fama honrosa, ansia de supervivencia que domina al español, recibe en la religión su sentido más puro y más pleno.

RELIGIOSIDAD

Era lema muy usado por los soldados españoles de la Contrarreforma: "Por la honra pon la vida, y pon las dos honra y vida, por tu Dios." En esas palabras se ve cómo las tres vidas, valuadas correlativamente por Jorge Manrique, estaban entonces, en igual correlación, presentes en el ánimo de cualquier español. Todos sabían que, en último término, por lo que el soldado daba su vida era por su Dios. El Tansillo, en su tres sonetos ante el ingente montón de huesos insepultos en las playas dálmatas ("ossa di sepolcro prive"), cadáveres de los tres mil defensores de Castelnuovo, en 1539, ensalza la gloria terrena alcanzada por aquellos héroes de Iberia, pero pone la coronación excelsa de esa gloria en haber vendido muy caras sus vidas "perecederas para comprar la vida eterna".

Esta tercera vida, a la cual conduce la religión, se sobrepone y antepone a todos los afanes de la vida terrena, y no es raro que, en medio de los afanes de ésta, se exalte el anhelo de la muerte como entrada a una existencia mejor, según lo sentía el doctor Villalobos: "Venga ya la dulce muerte con que libertad se alcanza." Ese pensamiento de la muerte, que es sed de inmortalidad, constituye preocupación profunda del pueblo español, muy notada bajo diversos aspectos por nuestros ensayistas, pero que aquí nos interesa sólo como fundamento supremo de religiosidad y en tanto que ésta influye en la vida civil.

Entre los resultados generales reportados por el arraigado sentimiento religioso, debe contarse como principal el ser la más poderosa fuerza para corre-

gir la dificultad que el individualismo hispano halla en comprender cesiones y concesiones de cada uno respecto a la colectividad. El español no suele concebir más servicios ni larguezas de carácter social sino los que la caridad le inspira en bien del prójimo, y éstos suele realizarlos, no tanto por directo amor a Dios y al prójimo como por alcanzar el propio galardón en la otra vida. De uno u otro modo el resultado es que los únicos encargados de desarrollar las iniciativas individuales representadas por las donaciones de tipo social son los institutos religiosos, a los cuales, como es muy natural, interesa, ante todo, el aspecto caritativo y piadoso de la función, con descuido de ciertos aspectos más par-

y capitales períodos de la historia de España. En un comienzo, los concilios toledanos intervienen en el gobierno de la monarquía visigoda, guiando y moderando sabiamente la acción del Estado, elaborando una legislación admirable, influyendo en el Gobierno altas concepciones político-jurídicas que contrastaban con la rudeza dominante en los otros reinos germánicos. Pero al fin de este período, la decadencia trajo que el elemento eclesiástico se viese tan directa e inmediatamente mezclado en todas las impurezas de la lucha partidista, que en la catastrófica ruina caen revueltos el Estado y la Iglesia, desapareciendo el uno y sometiéndose la otra a servidumbre mozárabe.

Cristiandad, fusión ya declarada solemnemente como un empeño nacional en el "Epítome Ovetense" del siglo IX.

La religiosidad hispana tiene su máximo florecimiento en los siglos XVI y XVII. Entonces contó con una minoría directora que incluía los más altos valores de la nación: teólogos que podían descollar decisivamente en el Concilio de Trento y servir de guía en las universalidades europeas; autores místicos, ascéticos, escriturarios que figuran entre los mayores de cualquier país; poetas que lograban interesar a todo su pueblo en los más profundos problemas de la gracia y del libre albedrío, en las más escolásticas cuestiones de apologética, en las más delicadas alegorías, símbolos, e historias sagradas. Este gran auge religioso tiene un aspecto político de cardinal significación, por cuanto se desarrolla en tiempo muy adverso. El Renacimiento robustecía el sentido nacional de los Estados modernos, haciendo que cada uno de ellos mirase exclusivamente a sus conveniencias particulares, sin consideración al principio unitario de la catolicidad que la Edad Media había mantenido, pero que ahora en toda Europa se resquebrajaba y se escindía. En España la única que, prolongando la inveterada decisión medieval, identificó sus propios fines nacionales con los fines universalistas de la Cristiandad, tomando éstos como propios a partir de Fernando el Católico, quien, como Gracián dice, "supo juntar la tierra con el cielo". Lo que Fernando inició lo desarrolló después España en magnífico entusiasmo de Contrarreforma, entregando su vida entera a impulsar en Europa el movimiento católico de reconstrucción.

Al romperse el lazo unitivo, se difundió entonces como novedad renacentista la doctrina de la Razón de Estado. Cualquier príncipe lector de Tácito y de Maquiavelo estima el interés de su Estado superior a toda razón moral; pero España no concibe oposición entre sus propias conveniencias y los preceptos religiosos. La cristianización de la Razón de Estado, iniciada teóricamente en Italia por Botero como obra de contrarreforma, fue después preocupación general en España en las obras de López Bravo, de Saavedra Fajardo, de Blázquez Mayoralgo, de Gracián. Todos ellos contradicen a Maquiavelo, pero todos escogen a uno de los héroes del secretario florentino, a Fernando el Católico, como "el oráculo mayor de la Razón de Estado"; y así, aunque en esos tratados (como en el de Botero también) se deslizan varias normas un tanto maquiavélicas, serpenteantes por entre purísimas máximas de autores cristianos y paganos, siempre la ley evangélica queda a salvo en su esencia. Todos esos tratados moralizadores se escriben cuando a Felipe IV se llamaba "el Grande", para aturdir el comienzo del empequeñecimiento que entonces ya se dejaba sentir; es que, aun bajo la indolente catolicidad de ese "Grande", España continúa aferrada a su propósito de juntar la tierra y el cielo, con inquebrantable fidelidad al ideal religioso que se ha forjado.

Sin tanta grandeza, y en varios otros órdenes de hechos, la superposición de la idea religiosa a la vida política se observa después en multitud de casos, y todavía tal superposición vuelve a revesar el más alto significado en la guerra de la Independencia, a la que contribuyó poderosamente para darle coherencia y vigor. Después, cuando la unidad nacional deja ya en España de ser identificable con la unidad católica, la afirmación de esa identidad permanece siempre como programática para una muy gran parte de los españoles.



"Retrato del P. Cavanillas", por Murillo.

En los próximos números vea los interesantes trabajos de Gregorio Marañón, Pío Baroja, Azorín, Dámaso Alonso, José Camón Aznar y nuestros colaboradores habituales



LA ERMITA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

EL MILAGRO DE LAS ERMITAS

Cuando la increíble generosidad del Manzanares andaba mejor repartida y era abierto y aménisimo soto lo que hoy queda apenas como recatado vivero, una pequeña ermita, a orillas del agua más humilde y más reída de Europa, daba motivo a la devoción popular y reunía el paisaje disparado río arriba, de diámetro en cascada, hacia el cardeno hito de la sierra. Era el tiempo en que aún Madrid tenía alrededores y los muestreles, cumplidos sus oficios, podían bajar, en cuatro zancadas, del campo a la ciudad. Acaba de reconstruirse la pequeña iglesia de San Antonio, devastada por un incendio, y la piedad del Rey encargó decorar sus paredes al pintor de la Corte. Cuando bajó el artista a su trabajo no era, ciertamente, un desconocido en las riberas del Manzanares. Se le vio muchas veces, del otro lado del río, copando sobre un lienzo el perfil de Madrid. Y en las proximidades de la ermita, los sirvientes de los aguaduchos le recordaban de alguna tarde de fiesta y merendola, acompañado de unos y de otras. Muchos le conocían por "Don Paco, el de los toros". Pues bien, don Paco se metió en la ermita, arremangó su camisola, y trabajando febrilmente—sin dar a la cosa demasiada importancia—comenzó a edificar con nuevos pinceles, piedra a piedra y desde el basamento a la cúpula, una ermita nueva. Hoy podemos ver, bien a las claras, el milagro cumplido: las dos ermitas iguales, gemelas; la que se debe a un arquitecto "in memore" y la edificadora genialmente, a golpe de pincel, por don Francisco. Allí están, casi sin sitio, apretadas entre el polvo de la carretera y el humo de los trenes, mirándose la una a la otra como en un espejo, y un tanto a trasmano de lo verde que huye y huye cada año.

También cada año, por el 13 de junio, una espesura popular y alegre circunda las ermitas. Se reparte ponderosamente entre las dos—tan pequeñas—la admiración y el rezo. Ello complace al artista que acaba de estrenar el segundo centenario de su nacimiento. El fué—pintor de cámara y hombre popular—un magistral exponente de la mejor vida española. Nosotros, al abrir por el centro, en su homenaje, nuestras páginas nos complacemos también en señalar esta feliz coincidencia de lo numeroso y lo selecto, de lo popular y lo representativo, de la cultura y la vida, que ha sido y es el secreto de las mejores ocasiones de España. Y ha de seguirlo siendo, si Dios es servido, en la inagotable dimensión española de nuestra esperanza.

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA

La ermita de San Antonio de la Florida es moderna tiene sólo doscientos veintiseis años. Para un país tan viejo como el nuestro son, en efecto, pocos años. En 1720 se fundó en unos prados no lejos del Manzanares. La fundaron los oficiales del "Resguardo de las Rentas Reales". No consta lo que pudo inducir a estos fieles a escoger entre toda la corte celestial a San Antonio para su patrono, decía el anónimo cronista de la ermita en "El Museo Universal". (Año I, 1857). En 1768 se arruinó y fué, dos años después, reedificada sobre el camino de El Pardo; pero volvió a hundirse. En 1782, la Casa Real la reconstruyó de nuevo con materiales nobles—piedra de Colmenar—y duraderos, y se encargó de su decoración a don Francisco de Goya. La guerra la respetó, y allí está, con su duplicado para el río diestro, quedando como museo dieciochesco. La fiesta que el 13 de junio se celebra en ella y en sus alrededores posee un carácter peculiar, que los cronistas subrayan: es "verbena y romería", por privilegio especial del Santo; diferencia que dejó a los exégetas. Tiene también otra nota que no es ciertamente muy grata, cuando el paisaje se confundió: la gran cantidad de polvo que levantan los devotos en sus danzas, paseos y ajeteos. Dice un cronista de hace cien años: "... Por lo demás, el Ayuntamiento, que vigila por que se riegue a veces en demasía el salón del Prado, no suele denegar celosa una mirada de compasión en tales días sobre el polvo de la Florida." Y uno de los primeros copleros de la fiesta, V. Martínez Muller, hacía exclamar a uno de sus personajes en un cierto romancillo de que luego hablaremos:

Jesús, y qué polvareda!
La polvareda, año tras año, continúa.
...

El primer poeta, que sepamos, que cantó la fiesta y la ermita fué don Antonio Trueba, en el "Semanario Pintoresco", allá en 1852. El recogió, como epílogo de un romancillo, la conocida copla:

La primera verbena
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.

Que glosó:

Repican las campanas
de San Antonio;
todos los corazones
laten de gozo,
todos los labios
publican de las almas
el entusiasmo.
Ya bajan por la cuesta
de San Vicente
doncellas y mozos
cantando alegres.
Ya el pueblo invade
las floridas riberas
del Manzanares.

El Santo es casamentero, amén de otras gracias que posee.

¡Veis esa hermosa virgen,
cuyas mejillas
se ponen coloradas
cuando la miran?
¿Que al altar llega
corripada de rosas
y de azucenas?
Pues sabed que en la Villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entonces
va un mozo a su reja
muerto de amores.

Desde el mismo "Semanario Pintoresco", en 1855, el citado y desconocido—¡ay,

como tantos!—poeta Martínez Muller, anticipándose a los Caseros y demás madrileños de este siglo, escribió un romancillo en que dialogan los castizos de entonces, de quienes tenemos nuestras dudas no fueran tan artificiales y "literarios" como los modernos:

—¿Dónde va usted, niña hermosa,
con ese paso de reina?
—Voy a gozar esta noche
del fresco de la verbena.

Para que se vea cómo los gustos han variado, léanse estos cuatro pies de romance:

—De mozas y de galanes
poblada está la ribera.
—Aun están, niña preciosa,
"más pobladas vuestras cejas".

Pero dejemos estas riberas peligrosas. El Santo tiene la virtud de hacer hallar las cosas perdidas, y es bueno no olvidarse:

San Antonio que descubre
cuanto se suele perder,
entre aquellas apreturas
un pañuelo se me fué.
—Yo he perdido mi dinero
por convidar a Isabel.
—Yo, por subir al tiovivo,
he perdido mi mujer.

Setenta años después, José Montero, en "La Esfera", 1919, lanzó el grito de su musea modernista. A la sencilla ingenuidad de los poetas románticos del "Semanario Pintoresco", un poco ñoños, opone José Montero un conglomerado de folios costumbristas de Goya, chisperos, mojos, mojos, etc., que tantos estragos viene haciendo en hojas impresas y escenarias. Pero bueno es recordarlo también para que no quede incompleto este romancero de San Antonio de la Florida:

Y yo, como las castizas,
tengo gran fervor al Santo,
porque por algo he nacido
de Lavapiés hacia abajo.



(Las fotografías han sido cedidas amablemente por MANUEL.)

GOYA Y LAS COMEDIAS DE SANTOS

ETAMOS ante uno de los mayores aciertos de la pintura al fresco aplicada a la decoración arquitectónica—de todas las épocas. Pero también de la pintura religiosa. Frente a la más antigua interpretación, cerrada y castiza, madrileña a ultranza, que, aireándola con aires verbeneros de las riberas del Manzanares, aún recoge Ramón Gómez de la Serna, el año 28, en su "Goya", la crítica moderna, si guiendo a Mayer, ha visto en el fresco—que no lo es del todo—de San Antonio de la Florida, influencia del Corregio, a las que d'Ora, siempre amigo de establecer últimas precisiones, añade otras posibles de un artista tan interesante, por su posición crucial, similar a la del propio Goya; pero tan mal conocido como el Magnasco. Más recientemente, Sánchez Cantón—en el número extraordinario que la "Revista de Ideas Estéticas" ha dedicado al pintor con ocasión del segundo centenario de su nacimiento—estudia minuciosamente el valor de su pintura religiosa. Queda claro, después de la lectura del trabajo de Sánchez Cantón, que Goya cultivó este género de pintura a lo largo de toda su vida, y que, al lado de obras maestras universalmente apreciadas—como estos frescos de San Antonio, o "La última comunión de San José de Calasanz", o la "Oración del Huerto"—y de algunas francamente reprobables—como el "Cristo", existen otros lienzos menos conocidos, como los tres que pintó para el convento de Santa Ana, en Valladolid, sobre "El tránsito de San José", "San Bernardo, bautizando a un converso" y "Santa Lutgarda"—estos dos últimos, de tan noble y excepcional "presencia" zarbaranesca, o los dos que están en la catedral de Valencia, sobre episodios de la vida de San Francisco de Borja, o el magnífico "San Pedro, arrepentido", actualmente en Norteamérica, o los tres lienzos sobre la institución de la Eucaristía, para la sagrada cueva de Cádiz, en los que, aparte del valor aislado de cada uno, puede estudiarse la normal evolución de su arte, desde el barroco más escogido a la humildad de oficio ya casi gonzalesca, pasando por la antipática postura neo-

clásica y el anticipo del cuadro romántico de historia.

El conjunto de su pintura de Santos, y, en general, religiosa, ha quedado así revalorizado de una manera seria y sin caer en exageraciones contrarias. Dentro de este conjunto, los frescos madrileños de San Antonio, declamamos que constituyen un acierto máximo, precisamente como pintura religiosa. ¿Cómo nos va a ser posible mantener nuestra afirmación frente al "hecho" de las ideas enciclopedistas y anticlericales que profesaba ya el pintor por esta época, o al de la mundanidad y majesa de su vida, trasladada, sin ninguna clase de paliativos, al ejercicio, suelto y desenfadado, de sus pinceles? Por otra parte, ¿qué necesidad hay de que, además de un valor tan grande e indiscutible como pintura, lo tenga también como pintura religiosa?

Al contemplarlos, sin embargo, si queremos llegar a la entrada viva de su significado, no podemos prescindir de su "catolicismo". Pues no se trata de una religiosidad cualquiera, sino irremediablemente católica. La composición total de Goya—san cuales fueren sus fuentes de inspiración—saltándose distancias y barreras ideológicas, puede y debe colocarse, en cuanto a espiritualidad católica religiosa—popular, al lado de las comedias de santos de nuestros grandes dramaturgos del XVII. Recordemos, en primer acto, que aquello se va a convertir en de las más abigarradas y atrevidas, como "La buena guarda" o "El hamete de Toledo", o en algunas de las que se le atribuyen, como "El niño diablo" o "Pásoseme el sol, salíome la luna". Recordemos también el desarrollo de su primer acto, que aquello se va a convertir en ejemplo de devoción y buena muerte? Y por qué no habríamos de recordar, como sabrosa propina, una comedia del tipo de "El diablo predicador", de Luis Belmonte?

Comedias de santos, de grandes pecadores, de diablos, populares y populares, superpobladas de toda suerte de tipos y de lances, con escenas rápidas, quebradas en múltiples diálogos, al aire libre. Todo esto, ¿no es lo que tenemos también tras esta frágil barandilla de hierro, desbordada por gestos y por ropas? Toda clase de gentes, de incidencias, de desenvolturas o de distracciones, al lado del milagro, presenciándolo a pesar suyo, dándole, tal vez, esa asistencia de íntima humanidad para la que fué provocado. Hasta su misma rapidez de ejecución, acerca al fresco goyesco a las citadas comedias, escritas siempre tan precipitadamente. Falta, desde luego, la vibración teológica trascendente sobre las cabezas similares de una muchedumbre singularizada, a la que, tal vez, le falte ya muy poco para empezar a ser monstruos, pero lo que no llegaron a hacer Velázquez ni ningún otro pintor contemporáneo, lo ha hecho Goya—al cabo del tiempo y en coyuntura histórica que no podía ser más desfavorable—de un modo bastante fortuito e inesperado. Tan fortuito, tan ciegamente instintivo y personal, que ahí lo deja y se va por otros caminos, sin volver a reincidir en ello. Muchos se han escandalizado; pero los amantes de ese teatro católico español, "revolucionario e independiente", como le llamara don Marcelino, estamos curados de espanto y no nos puede sorprender ya, no las ingenuidades paranoicas de un Dalí, sino tampoco nada de lo que ocurra o deje de ocurrir en la cúpula de San Antonio.



CRITICA

CRONICA TEATRAL

Contra lo que piensa el malicioso, nada hay más agradable para el crítico que alabar. Y aún más agradable evidenciar el sentido de belleza que encierra una obra literaria. Nada de esto podemos hacer con "El amante" del señor Manzanos, que se estrenó días pasados en el Infanta Isabel. Dejémoslo, pues, que ya el público sancionó con su asistencia la comedia. Y vengamos a "Miss Ba" del inglés Bester. No podía sorprender con su argumento la comedia. El cine, una novela recientemente publicada y la biografía de Browning escrita por Chesterton y traducida al castellano, tenían al tanto al público de la novelesca vida de Isabel Barrett y Roberto Browning. Pero es justo reconocer que la escenificación del pasaje culminante de la vida de ambos poetas—su matrimonio—ha sido escenificado con acierto por mister Bester. Los hechos anecdóticos tomados de la vida real de ambos protagonistas son de por sí interesantes, dramáticos y poéticos. Bastaba, pues, una pluma ágil para que tomaran cuerpo en la escena. La acción tiene un interés extraordinario como ejemplificación de un momento de la vida inglesa. Los ingleses han conseguido la libertad en la vida privada y social británicas después de grandes luchas. Todo el respeto mutuo que hoy hace a los ingleses, si no felices, a lo menos libres, ha sido conseguido principalmente por la decisión de algunas generaciones que han puesto en ello su empeño y, recordémoslo, por el influjo de toda una gran literatura de la cual Dickens es el ejemplo más conocido. La rigidez, la intransigencia, el despotismo familiar y social cayeron poco a poco en los primeros cincuenta años del pasado siglo a impulsos de una propaganda noble, encarnada en grandes obras de arte. Y las mujeres contribuyeron a ella notablemente: Jane Austen, Emily Brontë, George Eliot, la misma Isabel Barrett. Esta lucha liberadora está en el fondo de la comedia de Bester y hace que el señor Barrett, padre de las "Virgenes de la calle Wimpole", encarne un personaje real en aquel tiempo, y hoy simbólico, da una idea de la vida familiar y social y que ya queda atrás; pero que es bueno y útil recordar de vez

en vez para que no pueda renacer. Un matrimonio por amor—por un amor que hizo el milagro de sanar físicamente a una mujer inválida—triunfa en la comedia, como triunfó en la vida real de Browning e Isabel Barrett.

La comedia, a veces, apunta al melodrama; y a veces, parece hoy a nuestros ojos el carácter del viejo puritano Mr. Barrett. Pero yo no estoy personalmente contra el melodrama, y el público me dará la razón, como me la dió en "María Tudor", de Victor Hugo, hace algunas semanas. Dejemos esto por ahora, que ocasión habrá, "Deo volente", de insistir sobre ello.

Tampoco se puede entender "Fuenteovejuna" sin darse cuenta de que Lope de Vega, como Calderón o Rojas Zorrilla, escribieron muchos de sus dramas sobre el trasfondo de una gran idea política: la idea de que la libertad humana dió un gran avance el día que un poder central—el poder real; en España, concretamente, el poder de los Reyes Católicos—se antepuso al capricho particularista de los señores feudales. "Fuenteovejuna" ha sido representado con intención política, torciendo su verdadero sentido. Bastaba suprimir los últimos cuadros para dejarlo en una revista popular, anarquista. Le es, sin embargo, esencial el final que el autor le puso.

Si el "comendador" tiraniza, hasta robar la honra de la doncella, en su pueblo de "señorío", justo es que el pueblo se subleve. Pero no sería Lope de Vega el gran español y el gran poeta si no hubiera encauzado la revuelta a su salida natural: el orden social, que encarnó al fin de la Edad Media el citado Estado monárquico, el Estado moderno, en una palabra.

En las grandes capitales europeas se mantiene vigoroso un teatro clásico. ¿Por qué en España no es esto posible? Hay laudables esfuerzos, pero pienso que no lo suficientemente continuados. Obras como "Fuenteovejuna" no faltan en el nuestro, el público asiste y las entiende a pesar de las distancias, y la poesía que esmaltada cada escena es captada sin que a ello estorbe la escasa educación literaria de nuestro país.

M. C.



Jorge Guillén.

Jorge Guillén: CANTICO, por Joaquín Casado, por Editorial Cruz del Sur, Chile, 1946.

La crítica literaria ha ido tomando en estos años un nuevo camino o, al menos, un camino distinto del asendereado y conocido. Los más interesantes estudios últimamente publicados siguen la nueva senda, y si Dios no la remedia, la crítica tradicional va a ser en breve subterránea por esta criatura afortunada, científica y desvariante que algunos llaman estilística. Ahora bien: como de noche todos los gatos son pardos, si no sabemos aún con claridad y universalidad en qué consiste el estilo, menos podemos saber en qué consiste la estilística. Nadie lo sabe, desde luego, y detrás de cualquier seguridad que en este sentido puedan darnos sus neófitos hay más fervor que verdadero convencimiento. Me illo nosotros nos contentamos con indicar algunas de sus características, que decimos que fijan el buen entendimiento del lector. Ante todo, la de su carácter científico y riguroso. Pues en verdad la estilística no se anda por las ramas; maneja siempre el dato positivo y concreto, y su ejercicio conduce a un tipo de conocimiento técnico y estético. Véase la muestra: ¿que el lector quiera saber las veces que su novelista preferido emplea la palabra "pájaro"? pues la estilística le saca de esta duda con acumbrosa exactitud. Asimismo sucede cuando desea saber el número de veces que tal color—amarillo—o tal flor—emapa—aparecen en sus páginas. Lo malo es que ni al lector ni a nadie le interesan estas fruslerías; por mucha precisión científica con que se obtengan sus resultados.

Así, pues, afirmaremos que la estilística pretende ser una función crítica rigurosa; pero que su rigor metodológico no puede aplicarse exactamente sino sobre



"El Sancho", de Daumier.

DON QUIJOTE, EN FRANCIA

La fuerza expansiva de Cervantes es enorme. En 1614 estaba traducido al francés el "Don Quijote". Desde entonces hasta nuestros días, las obras cervantinas, los temas cervantinos, han circulado por nuestro vecino país echando un puente humanístico y jocundo entre ambos países. Nada más grato que ver reunidas en las vitrinas del salón de exposiciones del Institut Français de Madrid unas docenas de libros en que Cervantes vive vertido a la bella lengua francesa y unas docenas de estampas en las que la imaginación gala se ha figurado como eran los héroes cervantinos, principalmente "Don Quijote". A nosotros siempre nos parace que don Quijote no lo puede entender bien más que un español; pero don Quijote tiene un cierto derecho, muy pirandellano o muy unamunesco, a que tras los montes se lo imaginen como querían. Y la verdad es que no podemos estar descontentos de Johanot o de Doré ni, incluso, del funambulesco Gus-Bofa. Don Quijote y Cervantes, y todos los hijos de la fantasía cervantina, son lo más español que tenemos. ¡Qué gozo verlo andar por tierras extrañas, invulnerable con su bacia y su lanza!



Una ilustración de Johanot.

EUGENIA SERRANO

CRONICA DE LIBROS

LOS FUNDAMENTOS DEL DERECHO Y DEL ESTADO, por José Antonio Maravall.

aquellos elementos técnicos, que son esenciales para apreciar el valor estético de una obra. Y como esta apreciación, si bien se mira, es la única finalidad de la crítica, para conseguirla será preciso aplicar un método menos estricto y riguroso, pero más sutil, y sacrificar la exactitud a la eficacia. Que lo que no va en la ciencia, va en la literatura. En este libro de Joaquín Casado creemos que hay más concesión a la novedad, y aun a la estilística, de la precisión. El capítulo dedicado a la forma poética es buena prueba de ello. Tiene un carácter polivoriental de preceptiva literaria. La forma poética es cosa bien distinta de la forma métrica, y esta verdad parece ser desconocida o, al menos, no ha sido utilizada por el autor. También jugamos insuficiente el capítulo primero dedicado al motivo poético esencial: la palabra. Se reduce a fijar el orden de aparición y preferencia que tienen para el autor ciertas palabras, sin adentrarse para nada sobre el carácter y el sentido específico de la palabra guilleriana, siendo como es tan relevante, característico y esencial para la valoración de esta poesía. La disertación siguiente sobre la poesía pura no nos parece demasiado acertada; primero, porque, desde un punto de vista teórico, este motivo crítico de la poesía pura se encuentra un poco envejecido y, además, es un concepto rígido y casi chirriante: confunde mucho y no esclarece nada. En segundo lugar, y desde un punto de vista concreto y personal, porque el mismo Guillén ha impugnado esta adscripción de su obra dentro del marco de la poesía pura. Poesía "simple" fue la definición preferida por el autor, y también los de carácter más acusadamente personal, son los dedicados a la claridad, al espacio y al ser, en la poesía guilleriana. Apuntaremos, sin embargo, que en ellos hay más agudeza que ordenación expositiva y sistemática. No quisieramos, empero, dejar de consignar que el libro representa un esfuerzo, muy conseguido e importante, para fijar el valor de una poesía que, hoy por hoy, es quizá la más considerable dentro del ámbito de nuestra lengua. Aun en aquello que le juzgamos equivocado tiene nobleza, ambición y calidad. La elección del tema es interesante e infrecuente. Por todo ello es un ejemplo y un camino a seguir. Hechos estos distinguos, damos sinceramente al autor la más cordial enhorabuena. Muchos de los defectos apuntados son debidos a error metodológico. Ya lo hemos intentado señalar: al calijón sin salida en que hoy se encuentra la flamante estilística. R.

Joaquín Casado

JORGE GUILLÉN CANTICO



CRONICA DE TOROS

Se va siempre con su poquito de emoción y simpatía a este de las alternativas. No en vano tienen algo de las antiguas velas de armas. Hay espada, el estoque; padrino, el torero que la da; yelmo, la montera y el frágil y glorioso escudo de la muleta. No falta ni el espaldarazo en las palmaditas de ánimo con que el torero veterano y curtido, el viejo caballero, anima al nuevo. Hay gente que piensa en Artús y Amadis, en Tristán y Lanzarote. Luego, la lidia hará pensar en cosas peores.

Este torero portugués de nombre bonito, demasiado bonito, Diamantino Vizeu, tiene intrigada a la plaza. Sabido el escepticismo respecto a toreros gallegos, ¿cómo se va a creer en los portugueses? Pero el aire gitano del muchachito atrae a su favor a la gente. Bienvenida y Morinito de Talavera ponen en el primer toro dos estupendos pares de banderillas, y Diamantino Vizeu cumple, como ellos. Hay aplausos. El nuevo torero por bajo, da algún buen pase que, por la postura, comprende que debe ser eso que los críticos llaman un pase de rodillas, y está a punto de ser cogido. Esto, con un gesto de manos extendidas, diciendo "espera", le hace simpático. Hay un momento angustioso en que el toro, con dos estoque dentro, parece un acericó. Al fin, un peón consigue quitar uno; y un descabello cetero de Diamantino, le conserva en gracia del público, que aun espera algo.

El segundo fue para Pepe Bienvenida, ya "pepete", porque engordó demasiado. Esto se le recuerda con harta vocada y razonable frecuencia. Los toreros y las actrices no tienen derecho a engordar, ni las coquetas a envejecer. Un picador, manejando la pica a tornillo, comenzó a sazonar la bronca que arreciaba sobre Bienvenida, nada afanoso en demostrar su sabiduría torera, y que terminó la faena malamente. Hubo un momento de verdadero tedio, en que unos señores del dos se llevaban tras sí toda la atención de sus vecinos hablando de la próxima fabricación de automóviles en España. Su conversación resulta más interesante que lo que sucede en el ruedo. Alguien descubre a Arruza, con Curro Caró, en un tendido alto, y comienzan los aplausos y los elogios contra alguien y algunos.

—¿Por qué no bajas a echar una mano? Faltaba hacér! El tercer toro está a cargo del público. Morinito de Talavera, el único que toreó algo, va a hacer su faena junto y para los de sol. Pero allí el público es incorruptible. No cumple bien y le abrocan.

El profesor Maravall se ha propuesto en su libro estudiar los fundamentos de una posible ciencia del Estado, del Derecho y de la Política. Es obvio que todo ello queda englobado en una categoría más amplia: la Historia. Si la Historia es algo ontológicamente diferenciado—de la Naturaleza, en primer lugar—, claro está que hay una previa exigencia metodológica: trazar el cuadro de la ontología de la Historia. Para ello el profesor Maravall se vale, después de muy variados y acabados análisis, del cuadro Dilthey-Ortega. Insiste particularmente en la crítica del psicologismo. Claro está que es difícil entender el concepto de vida humana, que en Ortega parece ser la realidad realísima, puesto que es la radical y fundamental, como algo distinto de la vida psíquica, lo cual vendría a ser psicologismo. Pero prescindiendo de esto, que sería difícil de debatir en pocas líneas, digamos cómo el señor Maravall hace un completo esquema de la realidad histórica que son el Derecho, el Estado y la Política. "El Derecho, dice, consiste en darnos hechas, obligándonos a aceptarlas, formas comunes de utilizar ciertas posibilidades que para nuestra existencia nos ofrecen los demás hombres y las cosas." El Estado es una organización dentro del ámbito de la sociedad, que, dotado de poder efectivo, da eficacia operativa, dicta los preceptos del Derecho y los impone. La Política es una empresa para la conquista del poder, si se la toma como actividad social, y una técnica si se la ve como el estudio de las posibilidades del Derecho. No hay que asustarse mucho ante la aparente contradicción entre Derecho y Derecho Político. En efecto, el Derecho requiere como nota radical la "coactividad" de sus preceptos—la especial coactividad de la "fuerza pública". Pero, ¿quién constriñe y fuerza al Poder público, al Estado, como organismo actuante en la sociedad? La respuesta es sencilla: las fuerzas sociales que lo asedian y, a veces, lo constriñen. El Derecho Político no es más—históricamente considerado—que el resultado de un hecho: la lucha por el Poder. Todo Derecho, y también especialmente el Político, se funda históricamente en un hecho de fuerza, en voluntades que se imponen.

El señor Maravall confiesa al fin de su libro que su propósito es fundar lo que llama "ciencia jurídica", que es cosa aparte de "las nociones fundamentales de Justicia y Derecho". El estudio del señor Maravall es riguroso conceptualmente, rico de información y muy ejemplar de la gran vocación hacia los estudios ontológicos que tan clara está en muchos intelectuales españoles de la época actual. M. G.

VIDA ESPAÑOLA
REDACCION Y ADMINISTRACION:
Marqués de Urquijo, 16
MADRID

CRONICA MUSICAL



Ricardo Strauss, hace medio siglo.

Pocas noticias ofrece—nos hallamos ya en el estiaje concertístico—la vida musical madrileña. Un concierto importante que debía haberse celebrado el lunes en la Exposición de Artes Decorativas instalada en el Retiro, se ha suspendido o aplazado por enfermedad de uno de los componentes de la magnífica Agrupación Nacional de Música de Cámara. Ello nos ha privado de oír el "Trio" de Brahms y el "Cuarteto" de Fauré.

Sin conciertos a los que asistir, podemos, sin embargo, refugiarnos en los programas sinfónicos de las emisoras de radio. Una de las de Madrid acaba de dedicar su "Hora Sinfónica" a la música del anciano Ricardo Strauss, y durante una semana nos ha brindado una selección comentada de sus obras más representativas. Ha coincidido, esta "semana Ricardo Strauss", con una noticia de la Prensa diaria: Londres invita a Ricardo Strauss—que ahora tiene ochenta y tres

años—a dirigir una serie de conciertos en la capital británica. Las condiciones puestas por el viejo músico son las siguientes: 500 libras por concierto y permiso para poder sacar de Inglaterra 1.000 libras del dinero que gane en Gran Bretaña.

Ricardo Strauss, nacido el 11 de junio de 1864 en Munich, es el compositor que más seriamente se ha planteado el problema de la relación entre el sonido y la idea. Alejado, lógicamente, del clasicismo; lejos también de lo romántico, despreciado de Wagner y de Liszt (cuyos "Poemas Sinfónicos", exponente de la música programática, alcanzaban grandes éxitos durante la segunda mitad del pasado siglo), la música de Strauss quiere aunar lo sonoro y lo ideológico. Para realizar propósito tan audaz Strauss dispone, además de una inspiración exuberante, de un dominio casi no igualado del contrapunto y de la orquestación. Entre 1889 y 1899, los diez años de creación fecunda de Strauss, nacieron "Don Juan", "Muerte y transfiguración", "Macbeth", "Till Eulenspiegel", "Así hablaba Zaratustra", "Don Quijote" y "Vida de héroe". Dos son los mitos literarios que Strauss ha pretendido interpretar musicalmente: "Don Juan" y "Don Quijote"; y, seguramente como fruto de los veinticinco años, la primera de las dos partituras es más inspirada, más ligera, más graciosa que la de "Don Quijote"; ésta, en cambio, refleja una de las características más originales de su autor: lo humorístico—como elemento estético—que interviene de modo preponderante en la versión sinfónica del Caballero de la Triste Figura.

Hoy, Ricardo Strauss, con sus ochenta años largos, ocupará plenamente la atención musical británica. Y nosotros, gracias a la "Hora Sinfónica" de una emisora madrileña, hemos podido disfrutar de una nueva audición de algunas de las principales obras de Ricardo Strauss.

G. B.

VIENDO UNA DE MIEDO

A propósito de tal cual tema literario o de tal cual tema de nuestros filósofos gustaba de las novelas policíacas. Conocido el pecado, que no el nombre del pecador, le compadecí. Pues quien halla ocio—descanso es cambiar de actividad—no en el fresco marcial de la acción o en el filón generoso de la realidad inmediata, sino en ficciones literarias estupefactantes, muy cansado debe estar de la vida.

Pero éste es caso impar. No es el exceso de vida, el hastío de experiencia, el empacho de acción y sensación, lo que trae a ver películas policíacas, a leer las novelas que las engendran, en forma de sueños las más de las veces.

Estos espectadores de "La escalera de caracol" son gente amable, bien vestidos en su mayoría, con un aire de gente bien alimentada en su mediana. Matrimonios maduros, tras los que se adivina un interior confortable. Ellos, con la discreta fatiga que da un trabajo burocrático, un comercio sin riesgos: Ellas, emperifilladas y dichosas dentro de su aurea mediocridad. Una señora con el pelo gris, peinado sencillamente, admirándose muy complacida sus repetidas uñas, que le van un poco como el cine. Chicas monas o bellísimas, pero en serie. En general, fisionomías que apenas lo son, de puro vulgares y repetidas. Una parejita joven, como tantas. Ella opina sobre otra película de miedo:

—TE DIRE, BUENA, LO QUE SE DICE BUENA. SI: PERO PARA VERLA SOLA UNA VEZ.

No hay que olvidar que a veces se biza y se vuelve a repetir la sensación de escalofrío y terror, de doce a cuatro pesetas la dosis, según la sala donde se proyecte. ¿No se relea un libro, una carta, un poema? ¿No volvemos a la ciudad que nos enamoró? ¿No escuchamos muchas veces la misma melodía? Y al me-

nos esta pareja, "estas parejas" que acuden a las películas de miedo, viven allí. Ella encuentra en la pantalla pretexto para hacerse medrosa, infantil, archifemenina; él—pese a la opresión que desde las primeras imágenes le desahace el estómago—se siente, por contraste, escéptico, fuerte, varonil. Una mayor unidad, un mayor amor dentro y ante las sombras. Siquiera ellos viven un momento más de su historia sentimental.

¡Pero estas gentes maduras! No; a éstas no se les puede perdonar.

Por eso hoy, en que el director se las juega con una obra de arte, pese al tema, la película se le atraganta. Un chaparrón—pródigo de lo sombrío maestramente dosificado—les arranca más gritos que un estrangulamiento. Y después de gritar, hay la vergüenza del pánico sentido fuera de lugar. Se intentan reír en los escasos momentos de humor, y su risa, en el clima de tragedia, les suena estúpida. ¿Cómo sienten que al ir a tener miedo el terror se desahaga en contemplación estética!

Salen oprimidos, con su aire abobado, sin personalidad, pero dichosos. Terrestre representación del más vulgar y humanizado concepto del limbo. Van a dormir su ración de aventura. Semanas después en los cines de barrio, en las imaginaciones del adolescente y el colegial ya será otra canción. ¿Peor? No lo sabemos. ¡Dios mío! Y pensar que somos jóvenes, que la sangre late impaciente y alegre en nuestras venas. Que en el mundo pasan cosas que no podrían pasar y hacernos más como somos, más nosotros. ¿Por qué nacimos en una época burocrática, racional y monótona? ¿Por qué nos resignamos a integrar este público gregario, abúlico y vegetativo, para el que la vida ya no es ni sueño, porque hasta los sueños y pesadillas se los dan prefabricados?

CRONICA DE ARTE

PINTURAS DE GOMEZ CANO

RETRATOS: de señoras y señores, de una niña, de un amigo, de un gran personaje con el pecho cargado de condecoraciones. Figuras de mujer ya sin nombre, con algún título abstracto, extrapictórico, a la antigua usanza: "Meditación". Paisajes con nieblas, insinuados y vaporosos, como invenciones líricas de una pura atmósfera, sin materia sólida apenas. Bodegones, o, más bien, naturalezas muertas, ya más plásticas, más verdaderas y vividas, por

de la sonrisa y de la mirada—ya más allá del color—, del lenguaje de las manos o de los cabellos, ¿qué es lo que tienen que decir las ropas, la postura, el fondo neutro o de paisaje, los muebles y los objetos secundarios acompañantes, para no estar de más y para existir también por el color y la materia que los crea, como pintura, sin caer en la escenografía?

Gómez Cano se muestra partidario—y, a mi juicio, en esto acierta grandemente—del retrato que podríamos llamar "a rostro limpio". Pero, ¿acierta del todo

no pintor que deba perseverar en esta tendencia.

También se encuentra cerca de un cierto ilusionismo en sus paisajes, salvándose de caer en él por las felices intervenciones del color. Son cuatro nada más—tres madrileños, de la Casa de Campo, y otro de los montes de Murcia—, y en los cuatro la misma técnica responde a un mismo espíritu de fuga de la realidad, de interpretación subjetiva y poética.

Tenemos la personalidad del pintor—en esta exposición que ha celebrado en



FIGURA

así decirlo, pictóricamente. (El pintor las llama "Seis trabajos sobre un color"; pero no se trata del mismo color en los seis, y no sólo por el color, sino por su concepción y ejecución, son distintos unos de otros.) Y, por último, al lado del lienzo más grande y más vistoso, unas mínimas florecillas en su cacharro, sobre un tronco cortado de árbol. Y, aparte, el que figura en el catálogo con el número 1: "Silla murciana", donde hallamos algo de frescura de huerto, de auténtica mañana en la luz y en la brisa, de emocionada y libre perduración del color.

Preferimos estos dos últimos, con las mejores naturalezas, a los paisajes. Y al lado de éstos sólo colocamos una de las figuras. El resto de ellas las unimos con los retratos menos logrados. Y una vez dentro del retrato, tendríamos que enfrentarnos con los problemas que éste plantea dentro de la pintura española, más joven, con más posibilidades de futuro y también más en peligro.

El retrato, en principio, es un buen ejercicio de pintura tradicional antirrevolucionaria, en el sentido de antivanguardista, donde el pintor se encuentra a solas con su pincelada más desnuda e indefensa, a solas con la pintura, además de con su pintura. Es, tal vez, más importante y más en contra de falsas imaginaciones y de exageraciones expresionistas, que el del bodegón o el del paisaje, precisamente por la presencia espiritual humana que se trata de convertir en materia pictórica transcendida. El pintor tiene aquí menos que componer, menos que inventar, o que soñar, o, incluso, que sentir, y, sin embargo, toda la composición y la invención, todo el ensueño—idealización suprasensible, a lo Greco o a lo Rembrandt—y también el sentimiento, tienen cabida en él como realidad poética objetiva. ¿Qué añade el retrato, precisamente por su condensación, a la figura inventada más o menos libremente? ¿Qué es lo que, por otra parte, elimina en su condensación de elementos formales o expresivos? Al lado

en el tratamiento expresivo de éste? ¿Cómo unir, en síntesis artística suprema, la expresión con el color? Encontramos, en algunos de sus retratos, momentos de esta síntesis; pero se dejan ganar, por un exceso de fidelidad a la naturaleza, en vez de al propio arte de la pintura, una utilización, a veces, poco intensa—poco definitiva—de aquellos aspectos más susceptibles de ser idealizados, aislados en la pura vibración personal. No se debe perder la capacidad de "creación" frente al modelo, al contrario, debe ser potenciada por éste. En cambio, sus retratos se imponen por su aspecto formal más realista, en el que logran prolongar, a base de una auténtica vibración temperamental, la línea tradicional española.

Cargados de la escenografía que les falta a sus retratos, se muestran otros lienzos—"Viajera", "La mañana"—, y que es difícil para un pintor mantenerse en el grado justo de idealización que acabamos de pedirle a Gómez Cano, sin caer en el ilusionismo. Este se puede practicar francamente en pintura subordinando los valores plásticos a otros de tipo imaginativo, hasta lograr un equilibrio suficiente. Pero no me parece Gómez Ca-



SILLA MURCIANA

Galerías Biosca—excindida entre el realismo objetivo, casi naturalista, de sus retratos y este ágil y espiritualizado encantamiento que son sus paisajes, por otro. El equilibrio lo encontramos en sus estudios sobre seis colores y en los otros dos lienzos, ya citados, en los que la composición más artificiosa, propia de aquéllos, queda invadida por un tenue soplo, en el que perdura el dejo de un contacto directo con la realidad poética de las cosas.

L. F. V.

CRONICA DE LAS COSAS QUE PASAN

DE PLEXIGLAS...

HASTA LA CABEZA

CUENTAN los periódicos que, por primera vez en el mundo, un médico español ha colocado a un joven enfermo del cerebro medio cráneo de "plexiglas". No hay que hablar del posible valor científico del hecho, que esa es cuestión reservada a un círculo distinto del mío, y en el que ni siquiera parece haber acuerdo; pero esta última trinchera, asaltada también por la incontentable materia plástica, da ocasión para meditar sobre ciertas formas de reacción de algunos grupos sociales españoles responsables, en un campo distinto del científico. El llamado "cristal" es, sin duda, un descubrimiento útil; pero nunca será un material noble ni bello. Como sucedáneo universal debemos bencidirle, porque hace posible, y a precios baratísimos, el disfrute de numerosos bienes antes reservados a más privilegiadas economías. No importa demasiado un moderado sacrificio de primores si va en aumento del nivel de vida.

Sin embargo, hay para preocuparse en la reacción de la burguesía española ante la aparición del "plexiglas". Cuando éste pierda su primera virtud, que es la baratura, para convertirse en un raro producto de precios astronómicos, hay que pensar que la sociedad que lo busca ansiosamente, acusa un principio de papamatismo. Un bolsillo de charol, por ejemplo, es algo bello que quizá es-

CRITICA

CRONICA DE CINE

DE LUNES A LUNES

EN EL CALLAO SE ESTRENO "FUERA DE LA LEY"

YO creo, como muchos sesudos varones, que realmente el cine es una escuela de malas costumbres, y especialmente el cine norteamericano. ¿Quién, si no él ha sido el causante de la simpatía con que miramos frecuentemente la figura del "gangster"? Nos tiene acostumbrados a que los bandidos sean feroces y crueles, pero listos como ardillas, astutos, pacientes, precavidos, audaces, muchas veces generosos y no pocas, buenos enamorados; en una palabra: adornados, si descontamos la honradez, con la mayoría de las virtudes humanas. Por eso, reconforta ver una película en la que los bandidos no tienen de común, con ese falso concepto nuestro, nada más que sus malas intenciones. Malas intenciones sí ha puesto el guionista, al dibujar sus personajes; pero... "O me pagas lo que me debes o te mato como a tu socio". —"¡Hombre!, dame un plazo de tres meses". —"Te concedo un mes". Y a emprender un negocio honesto para poder pagar y asegurarse la piel. La verdad es que este hombre no tiene una gran imaginación de bandido. Quizá por ello estuviera condenado a ser redimido por la inocencia de unos ojos claros.

Juegan también su papel un "jockey" sinvergüenza y su caballo indomable. Y todos fuera de la ley. ¿Qué buen título!

El aspecto simpático y agradable de Allan Ladd y Gail Russell ayuda a su correcta interpretación, y Raoul Walsh realiza una dirección premiosa.



Allan Ladd, protagonista de "Fuera de la Ley".

Y EN EL PALACIO DE LA MUSICA, "LAS ROCAS BLANCAS DE DOVER"

Una de las razones que más nos impulsan a hacernos creer en la mayoría de edad del cine es la perfección con que sabe pintar el ambiente y la vida de una nación a través de la vida de una familia; la Historia a través de la crónica. Desde aquella inolvidable "Cabaigata", los ejemplos se han repetido y muchos de ellos han sido felices.

Sin duda, la familia inglesa, tan acabada, tradicional y representativa de su pueblo, es el objeto más a propósito para estas reconstrucciones.

En "Las rocas blancas de Dover" se complica más el problema introduciendo en una familia inglesa a una chica norteamericana. Ya son dos naciones las que se retratan, dos mundos, sus choques y sus atracciones.

Y con cuánta delicadeza se van graduando los matices, con cuánta naturalidad se producen los acontecimientos!

Los personajes son personas completas, vivas y absolutamente lógicas consigo mismas, y, naturalmente, al obrar según son, crean el ambiente, que resulta como una consecuencia.

A todo ello no sólo contribuyen las buenas cualidades del guión; la labor del director, Clarence Brown, es acertada en todo momento, cuidando los más pequeños detalles, dando realismo y verdad a cada escena, aunque quizá exagerando un poco el tiempo lento y parando la acción en demasiadas ocasiones.

Los intérpretes se meten dentro de los personajes y los recrean; cada uno es el que debe ser, especialmente Irene Dunne, Alan Marshall, Frank Morgan y Roddy McDowall.

Pero... pero ya está aquí el pero. Debía haber dicho ya que es una película de propaganda, y que, según norma, generalmente aceptada, se suceden los sacrificios, no en provecho del desarrollo de la tesis que, al fin y al cabo, para eso se rodó, sino de la exposición verbal de la misma. Si se suprimieran todas las palabras que sobran y todas las reiteraciones, las dos horas exactas que dura la proyección quedarían reducidas a su justo término.

De veras creen los realizadores que el público es tan torpe que necesita, para ser convencido de tanto discurso la Sociedad de las Naciones?

Generalmente, cuando se lo explican con palabras ya lo ha visto en la pantalla y está de vuelta. Y las tenaces propagandistas le hacen el efecto de esos artistas de circo que cuando se tragan un sable explican, abriendo los brazos: "Me he tragado el sable".

M. CONTRERAS



Irene Dunne y Alan Marshall en una escena de "Las rocas blancas de Dover".

VIDA ESPAÑOLA

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Marqués de Urquijo, 16
MADRID

M. DE LA QUINTANA

CINE

MISTERIO Y POESIA DEL CINEMA

A PROPOSITO DE "LES VISITEURS DU SOIR"

HAY un tipo de misterio que suele explotar con acierto el cine, llevado de su afán sensacionalista, y es el misterio de los films policíacos, que, como en "Jack el Destripador" o en "Concierto macabro", los dos magníficos films de John Brahm, hay muertes misteriosamente presentadas, muy sugestivas y fotogénicas. Pero otra forma de misterio, mucho más sutil y armoniosa, no suele encontrar director que lo lleve a la pantalla: es el misterio de la vida misma, de su poesía y de su hechizo, el hondo misterio del amor. Por mucho que la vida moderna haya querido mecanizar y standardizar el amor, su mágica aurora, tanto como su melancólico crepúsculo, reflejándose en unos ojos humanos, conservan todavía intacto su poder de emoción y de ensueño. Aurora y crepúsculo, y no digamos mediodía, la historia, en fin, del amor, siempre nos parecerá una misteriosa maravilla, digna de ser cantada por un poeta. Pero, claro es, el amor, como todo misterio humano, como el sueño o la poesía, pueda ser empujado y vulgarizado por una representación torpe y mostrená. Es lo que suelen hacer los americanos cuando lanzan sus películas de amor en serie,

en las que el amor consiste en una cándida aventura, que tropieza, de momento, con algunos obstáculos; y, por fin, consigue terminar felizmente con el apetecido y esperado beso final. Pero, a veces, no muchas por desgracia, el amor es mucho más que eso en la pantalla gris. A veces vemos reflejada su inmensa fuerza en la mejilla breve de una adolescente, en la que brilla misteriosamente encendido. Vemos los rostros trastornados por la mágica herida, de pronto resplandecientes, de pronto apagados y vacíos. Desde su butaca, uno contempla el abrasado crecer de la llama o el pálido destello de su última ceniza. Todos hemos hecho un poco de sitio en nuestro corazón para el recuerdo de esos pocos films donde el amor brilla con su dulce y patética gloria: "Lydia", "Margarita Gautier", "La usurpadora". Hoy quisiera añadir a ellos uno de los más hermosos poemas que ha creado el cine: "Les visiteurs du soir", film francés de Marcel Carné, el realizador de "Quai des brumes" y de "Les enfants du paradis". El cine moderno, demasiado apegado a las imágenes del mundo actual, parecía haber olvidado la poesía de las viejas leyendas, el encanto de las fábulas anti-

guas, que poetas ya olvidados imaginaron para recreo de príncipes y nobles. Con "Les visiteurs du soir" parece que vuelve, subyugado por la poesía de otros tiempos, a recrear una vieja leyenda medieval, rescatando su melancólica poesía del olvido de siglos.

Y he aquí la primera virtud de "Les visiteurs du soir": El juego poético de la leyenda está levemente insinuado, y sólo a la mitad del film nos damos cuenta de que Dominique y Gilles, que desde un principio nos han turbado por su belleza y sus movimientos lentos y misteriosos, vienen de un reino que no es el de los humanos; son, en fin, mensajeros del Diablo y fieles servidores suyos. Ambos llegan, fingiéndose trovadores, un día de mayo de 1485, al castillo del barón Hugues, quien celebra las bodas de su hija Anne con el caballero Renaud. La consigna de los mensajeros es verdaderamente diabólica: turbar la felicidad del castillo, llevar el dolor y la desesperación a los corazones amantes. Para ello, el Diablo juega a trastocar los sentimientos amorosos. Hace que Anne se sienta atraída por Gilles, y el caballero Renaud desprecie a Anne y se enamore de Dominique. Esta y Gilles cumplen a la perfección su papel de seductores. Pero con una diferencia. Mientras Gilles, olvidando su sumisión a las órdenes del Diablo, acaba sintiendo ternura en su corazón ante el amor de Anne, y amándola a su vez, Dominique juega friamente su papel de fatal mensajera. Ese tránsito del corazón de Gilles, que asiste primero indiferente a su juego de seducción, como un ser cuyo corazón no es ya humano, para acabar sintiendo que vuelven a él los sentimientos perdidos de la ternura y del amor, está delicadamente matizado en la película y contiene instantes de sobrio patetismo. Pero el Diablo no perdona la traición de Gi-

VIDA ESPAÑOLA

APARECE LOS VIERNES

Distribución:
PASEO ONESIMO REDONDO, 28.
Redacción:
MARQUES DE URQUIJO, 16.



lles. Disfrazado de misterioso caballero, sonriente y sardónico, hace su aparición en el castillo para vengarse de su infiel mensajero. Mas su poder nada logra contra el amor de Anne y el corazón nuevamente humano de Gilles. Lleno de cólera, el Diablo transforma a los amantes, unidos en un eterno abrazo, en estatuas de piedra. Pero ¿han muerto sus corazones? Y aquí el hermoso fin de la película tiene un subrayado patético. Entre los floridos olivares, junto al rumor de la fuente donde por primera vez los amantes se vieron, sus co-

razones siguen latiendo rítmicamente tras la fría piel de piedra, mientras el Diablo escucha impotente el sonoro eco de sus latidos.

El tema reúne, pues, certeramente enlazados, elementos mágicos y reales, que sirven con idéntica fidelidad a la leyenda. Lo maravilloso y lo eterno fluyen así, misteriosamente, a través de las escenas del film, y todo un mundo de belleza y de poesía colma nuestros ojos e inunda nuestra alma.

JOSE LUIS CANO

EL CINE ESCANDINAVO

Por considerarlo de sumo interés, extractamos a continuación un artículo publicado por "Ragna Jackson" en "The Penguin Film Review".

LOS daneses pretenden haber producido la primera película dramática en 1903; pero casi todos los países pretenden, igualmente, haber sido los primeros.

Es cierto que el primer argumento de película danesa fué escrito hace cuarenta años. Era muy ingenio y trataba de las tribulaciones de un profesor distraído. En esta película intervino un actor que después se hizo famoso en Hollywood: Jean Hersholt.

Ole Olsen, un antiguo labrador, fué el primero que emprendió el negocio cinematográfico en Dinamarca. Fundó la Nordisk Film, llamada hoy día Nordisk Tone-Film, y hacia 1906 había producido un centenar de películas. No eran solamente películas de risa y "trucos". También hizo films dramáticos, y hasta altamente dramáticos. En uno de ellos, "Los cazadores de leones", fueron muertos dos leones auténticos. De esta película se vendieron 259 copias. Fué la primera película que tuvo un verdadero éxito de taquilla, y fué la primera que originó "colas", principalmente por haber sido prohibida, en un principio, por la censura, que pretendía que se había dado una muerte cruel a los leones.

Estas primeras producciones eran muy variadas. Citaremos algunas: "Napoleón", "Kean", "Hamlet" y la primera "Dama de las camelias", que fueron producidas en 1907. Produjeron tanto interés estas películas y se exportaban a tantos países, que poco después Ole Olsen compraba 150.000 libras de película virgen, en una época en que las películas tenían una longitud de unos mil pies.

Poco después comprendió que estos films eran demasiado cortos, y se atrevió a hacerlos de dos mil pies de longitud, aunque no consiguió vender estas películas en Berlín, donde tenía el mercado más importante. Solamente un acaudalado exhibidor de películas de Hamburgo se atrevió a intentar este experimento, y fué recompensado por un verdadero alboroto en su salón, y, como consecuencia, fueron vendidas 87 copias de la película.

Pero Ole Olsen no era solamente un negociante. Quería hacer películas de calidad y consiguió contratar a los mejores actores, entre otros, a Betty Nansen y Rodil Ipsen; este último es hoy día un famoso director. Esta es, ciertamente, una de las razones del éxito de estos prime-

ros films que, a pesar de su antigua técnica de exagerados y superdramáticos gestos, son extraordinariamente buenos. El film más notable en 1911 fué "Los cuatro diablos", según la novela de Herman Bang, en la que se describe la vida del circo.

Sin embargo, el mayor éxito de los Nordisk Film fué debido a Valdemar Psilander, que llegó a ser la primera figura mundial del cine. Tenía una inmensa popularidad internacional; recibía una gran cantidad de correo de mujeres que se habían enamorado de su elegante y varonil belleza. Pero no era solamente un hombre guapo; era también un gran artista, como lo demostró en "El clown", "Resurrección", y especialmente, "El Evangelista"; en esta última hace el papel de un sacerdote que consagra su vida a socorrer a las gentes de los suburbios. Luego formó compañía propia, suicidándose poco después, en 1917, en la cumbre de su carrera. Después de su muerte, el cine danés empezó a declinar.

Otras importantes películas, durante los años de la guerra 1914-18, fueron "Atlantis", según la novela de Gerhard Hauptmann, en la que se gastó una gran cantidad de dinero; "Abajo las armas" y, especialmente, "Pax Aeterna", ésta dirigida por Holger-Madsen, que fué también el autor de algunas películas en las que intervino el actor noruego Gunner Tolnaas.

Después de esto, Asta Nielsen, llamada la Duse del cine, demostró que el cine podía ser un arte. Hizo su debut en 1910, en una película llamada "El abismo". Su rostro, su destacada personalidad y su talento peculiar, a un tiempo impasible y humano, lograron que todos sus films mereciesen ser vistos. Hizo varios muy interesantes; por ejemplo, "La muchacha sin patria", y trabajó también con Psilander en el "Obscuro sueño", en 1915. Desgraciadamente para el cine danés, los alemanes descubrieron su talento, y muy pronto, ella y su marido, marcharon a Berlín. La historia se repite. Ya en aquellos tiempos, un pequeño país no podía conservar a sus mejores "estrellas".

Asta Nielsen no trabajó para Nordisk-Film, pues, naturalmente, Ole Olsen no era el único que explotaba esta nueva mina de oro. Habían sido creadas varias compañías, entre ellas Filmsfabrikken Danmark, que realizó varias buenas películas.

Dos directores sobresalientes trabajaron también en el cine danés entre 1910 y 1920. Benjamin Christensen escribió, dirigió y representó "El misterioso X";

pero su mejor película fué "El brujo", en la que hizo un admirable uso de la cámara en movimiento y desarrolló una técnica cinematográfica muy avanzada para aquella época.

El más original e inteligente entre los directores daneses, Carl Theodore Dreyer, tampoco permaneció en Dinamarca; pero antes de marchar dejó lo que se ha considerado como film clásico, "Páginas del libro de Satán" (1920). Utilizó a las multitudes con mucha inteligencia, y su empleo de los primeros planos tuvo más importancia que en todos los otros films daneses de la época. Rara vez los sufrimientos de un ser humano han sido expresados con mas profundidad. La película está claramente influenciada por "Intolerancia", de Griffith; pero Dreyer muestra mejor los sufrimientos que las debilidades de los hombres. En todos los episodios se ve cómo sufre a causa de su malignidad personificada por las encarnaciones de Satán.

En la época en que las películas danesas declinaban rápidamente y su producción era de un valor muy desigual, el cine sueco, por el contrario, iba mejorando rápidamente de calidad. Expresaba con gran eficacia la personalidad escandinava, su suave melancolía unida al sentimiento de lo inevitable y fatal. El hombre no puede escapar a la responsabilidad de sus actos; las largas noches de invierno han creado esta fe austera. Si alguien ha pecado, tarde o temprano será castigado. Nunca encontrará paz hasta que expie su delito. Este tema dominante, repetido en diversos argumentos, con un profundo respeto a las tradiciones nacionales suecas, dió al cine sueco su carácter y su atmósfera particulares.

Es cierto que era más limitado que el cine danés; pero en esto mismo residía su fuerza. Una de las razones de ello consiste en que el sueco tiene una personalidad más definida que el danés. El pueblo sueco todavía conserva y usa su pintoresco traje nacional. El sueco no está en un contacto tan directo con el resto del continente, y, por tanto, se ha conservado más específicamente escandinavo. Con gran inteligencia, sus películas utilizan su vida nacional y sus maravillosos paisajes. En uno de sus primeros films, "Los campesinos", realizado en 1909, la naturaleza interviene como un personaje. Las películas suecas tuvieron dos famosos directores: Mauritz Stiller y Victor Sjöström. Sus producciones tienen gran fuerza desde un principio. El trabajo de ambos se inspiró en la literatura sueca y noruega. Sus actores, que eran más específicamente nacionales que los artistas daneses, lograron crear personajes únicos en el cine de aquella época, y aun hoy día pocas películas son tan completas.

Stiller y Sjöström debutaron en 1912, el primero en una película llamada "Madre e hijo", en la que él mismo hizo un papel, y el segundo, con la película "El jardinero", en la que también intervino como actor, juntamente con Lily Bech, con la que se casó más tarde.

Es imposible hacer una lista de todas las películas producidas por estos directores. Llegaron a hacer verdaderas obras maestras, y es lamentable que con las posibilidades de la técnica moderna no se hayan hecho nuevas versiones de películas de tan buena calidad. La última de ellas, "La Saga de Gösta Berling" (1924), inspirada también en una novela de Selma Lagerlöf, fué dirigida por Stiller y protagonizada por Lars Hanson. En esta película debutó Greta Garbo; pero por estos tiempos el estilo nacional empezaba a declinar. Los críticos afirmaron que esta película no reunía los suficientes caracteres filmicos, y que no era muy fiel a la novela. Sean las que sean las razones, el cine sueco fracasó. Pero tuvo un periodo de esplendor e indudablemente realizó sus propósitos.

UNA PRODUCTORA



UN EXITO 1946

SU PRIMERA PRODUCCION:

"MISION BLANCA"



UN EXITO 1947

SU SEGUNDA PRODUCCION:



PREPARA EL RODAJE DE SU TERCERA SUPERPRODUCCION, QUE EN BREVE DARA COMIENZO, Y QUE COMO LAS ANTERIORES, APORTARA A LA CINEMATOGRAFIA NACIONAL RANGOS DE UNIVERSALIDAD

"LA ALDEA PERDIDA"

(DE LA NOVELA DE PALACIO VALDES)



asesinato superfluo

Por W. KENNEDY

A L detenerse el tren y apearse de su vagón, John Mansbridge quedó sorprendido del perfecto estado de sus nervios. Hacía mucho que no se sentía tan tranquilo y sereno. Tal vez se debía a que por fin había tomado una decisión concreta, después de varias semanas de angustiosas dudas y vacilaciones. Y sin embargo, su decisión no era irrevocable. No pretendía que su visita se terminase con asesinato de su primo si surgía un tropiezo, por pequeño que fuese, en su bien meditado aunque sencillo plan. De acuerdo con dicho plan, entabló conversación con el empleado que recogía los billetes a la salida de la estación, preguntándole por un supuesto bulto que pretendía haber olvidado en el andén cuando su última visita, hacía cosa de un mes. Naturalmente, no logró noticias de dicho paquete, pero consiguió demorarse lo bastante para que al salir de la estación hubiesen transcurrido sus buenos cinco minutos desde que los últimos viajeros que se habían apeado en Gorse Hill hubiesen desaparecido en la noche.

—¡Caramba!—dijo el empleado mientras miraba el reloj de la estación—. ¿Es ya tan tarde? Mi primo, mister Félix Mansbridge, se estará preguntando qué ha sido de mí, y aún tengo tres buenos cuartos de hora de caminata hasta llegar a su casa.

—Así es, señor. Por lo menos, en una noche como ésta—contestó el empleado dando las buenas noches con una cordialidad en proporción con la propina que el viajero le había puesto en la mano.

John Mansbridge salió rápidamente de la estación y tomó el camino que conducía al pueblo. Por ahora, todo iba bien. Había dejado claramente establecidas dos coartadas: un testimonio de la hora en que había salido de la estación y su propósito de dirigirse andando a casa de su primo.

Pronto llegó al pueblo, deteniéndose en la taberna de "Las Cuatro Plumas" para repetir su encuesta acerca del supuesto paquete perdido.

—Tenía la duda—indicó al mozo—de haberlo dejado olvidado allí.

Nuevamente le fué fácil dejar constancia del momento de su visita; era la hora de cerrar, por lo que sólo tomaría un vasito. Se hizo a sí mismo la reflexión de que el whiskey le vendría bien para aclararle las ideas.

Luego prosiguió su camino y, al otro extremo del pueblo, lanzó un alegre "¡Buenas noches!" al agente que estaba allí de guardia. Sonrió en la oscuridad al pensar que la benemérita organización formaba parte integrante de su plan. Dentro de una hora el agente sería relevado y su relevo bajaría por la solitaria colina más allá de la casa de Félix.

Siguió andando rápidamente, pisando algo fuerte para asegurarse de que el policía le había oído pasar, hasta llegar a la próxima esquina. Allí echó a correr sobre la hierba del borde de la carretera; escaló una verja a la izquierda y retrocedió a lo largo de un sendero que conducía al otro extremo del pueblo. No lo siguió hasta el fin, sino que se internó por una suave pradera, no tardando en llegar sin dificultad a una cabaña medio derruida. De un empujón abrió la puerta, y, sacando una linterna sorda del bolsillo, dirigió su luz hacia el interior, antes de entrar. Un involuntario suspiro de alivio salió de su pecho: el polvo no ofrecía señales de que alguien hubiera entrado allí después de su última visita; parecía seguro que nadie había notado allí la presencia de su bicicleta.

Mucho trabajo le había dado la tal bicicleta, comprada de segunda mano, pero en buen estado, con las cubiertas muy gastadas (de suerte que no dejaban huellas de fácil identificación), pero pudiendo servir todavía para mucho tiempo. El comerciante que en el lejano pueblito del Gloucestershire se la había vendido, no se había tomado el menor interés en el trato, y el transporte hasta Gorse Hill lo había efectuado por pequeñas etapas—la última de ellas hasta la cabaña abandonada—bajo el manto de la oscuridad. El montoncillo de arena que había en el interior de la choza ofrecía una buena oportunidad de borrar toda señal del uso que se había dado a aquel refugio.

Reiteró todas sus precauciones, resistiéndose a un instintivo impulso de apresurar las cosas. Sacó la bicicleta cuidadosamente de la choza y la dejó apoyada contra el muro. Se sirvió del montoncillo de arena para borrar las huellas de sus pies, rehaciéndolo después cuidadosamente. Luego llevó la bicicleta hasta el sendero y se montó en ella.

A pesar de la oscuridad de la noche no le fué difícil seguir la senda. Gracias a la sequía, estaba firme y dura y pudo avanzar de prisa. Además, confiaba en que por estas circunstancias quedarían pocas—o ninguna—señales de su paso. El viento soplabá a sus espaldas, aumentando su velocidad.

No oyó ni vió a un alma; incluso los perros de la granja que había a cierta distancia a la derecha, parece que no le olfatearon. Poco después de darse cuenta de ello, un sordo murmullo le anunció que había alcanzado su primer objetivo..., el pantano. ¡Se apeó y, empujando la bicicleta, avanzó con precaución hasta el sitio que previamente había escogido como más conveniente para su propósito, donde la orilla estaba cubierta de hierba seca y en donde el agua tenía una profundidad de cuatro pies hasta el mismo borde.

Arrodillóse y sumergió silenciosamente la bicicleta en el pantano. Resultaba algo más difícil de lo que había pensado; pero, de todos modos, su plan iba, saliendo sin tropiezos. La bicicleta había desaparecido, sería invisible en el agua turbia y pronto se hundiría profundamente en el blando lecho de cieno y barro. Por lo que podía apreciar en aquella oscuridad, las algas de la superficie no ofrecían aspecto de haber sido removidas adrede. Deliberadamente

hizo cuanto pudo para reforzar esa impresión.

Pero no podía evitar cierta inquietud; en la segunda parte de su plan, el tiempo era de una importancia vital. Dejó el sendero y, bordeando el pantano hasta su extremo, escaló otra tapia y corrió por la pradera que se extendía al otro lado. Al final de ella pudo percibir la casa de su primo. Una débil luz que brillaba al través de las ventanas del estudio, era la única señal de vida. Esto era lo que él esperaba. El matrimonio que cuidaba de Félix estaba de vacaciones y actualmente le servía una mujer del pueblo que sólo iba durante el día.

John Mansbridge corrió hasta llegar a la verja que rodeaba el jardín. Aquí se detuvo para recobrar el aliento. El corazón le batía contra el costillar, pero lo atribuyó únicamente al esfuerzo físico y no al nerviosismo.

Con mucho cuidado sacó el reloj y lo iluminó con la linterna. Suspiró nuevamente, esta vez no como alivio, sino al ver que la suerte parecía empujarle a consumar la acción. Había "ganado" unos buenos veinte minutos; en otras palabras, había llegado a la casa unos veintidós minutos antes de lo que hubiera sido posible llegar en la forma que había simulado ir y de la que había creado una evidencia. Estaba contento de haber podido llegar en absoluto secreto y habiendo tardado dos minutos menos de lo que había calculado.

Abrió la puerta de la verja y la volvió a cerrar tras de sí con tanto cuidado, que la alda no hizo el menor ruido. Avanzó suavemente por el sendero—o más bien sobre la hierba de sus bordes—hasta llegar a la casa. Se acercó de puntillas a las ventanas. Estaban cerradas, y las finas cortinillas rojas,

—¡bueno!—a falsificar la firma de un cheque. Félix se merecía que le diesen una lección. Muy hermoso eso de ser honrado cuando uno tiene más dinero de lo que necesita y además no le gusta gastarlo. Un santurrón hipócrita, eso es lo que era Félix: jurando mansamente que no es más que un pobretón. "Todo lo que he podido hacer, John, es hacerme un seguro importante sobre mi vida. Y para ello tengo que pagar una prima muy elevada; sólo de esa forma logré que la compañía me aceptase el seguro. El corazón... ya sabes. He querido hacer todo lo posible por tí; no creas que voy a vivir mucho."

No, no iba a vivir mucho, pero no sería su corazón el que le acabase. Y cuando escribió aquella carta a su primo pidiéndole que fuera a verle cualquier día de la semana próxima para hablar "de un cheque que no estaba del todo claro", había decidido su propia suerte. Si la impresión de lo que pensaba decirle no le dejaba seco (lo que no era probable; no tenía nada al corazón, seguramente), entonces, alguna otra cosa le haría ese efecto. Y John Mansbridge sintió casi gratitud hacia su primo, por ser tan débil y tan flojo. No lucharía mucho, ni siquiera para defender su vida.

Estos pensamientos, parecidos a los que durante varias semanas le habían asaltado, pasaron por la mente de John durante los pocos segundos que permaneció mirando por la ventana. Le sirvieron para darle nuevas fuerzas y afirmarle en su decisión.

Una nueva idea le asaltó. Félix estaba allí aparentemente dormido. Si entraba sin hacer ruido podría matarle allí mismo, en su sillón. Fácil sería luego dejar señales de lucha. Aquel bastón de la India, colgado de la pared. ¿Pero

a rasgar sobres febrilmente; abrió de par en par el aparador colocado sobre la biblioteca; incluso registró el dormitorio de Félix. ¿Dónde demonios podía estar? Consultó su reloj y se sintió invadido de una gran desesperación. Sólo le quedaban siete minutos antes de tener que abandonar la casa, y aún le quedaba mucho que hacer.

¡Dios mío! A lo mejor estaba en los bolsillos de Félix. ¡Qué imbécil, no haberlo pensado antes! Lo había pensado, sin embargo, pero desechando la idea; no quería tocar su cuerpo. ¡Bueno, no había más remedio!

En el bolsillo interior sólo encontró una cartera. Las notas podrían ser útiles, acaso. El las guardó, tirando la cartera. En el bolsillo de la derecha del smoking sus dedos tropezaron con un sobre. Lo sacó, e involuntariamente se le escapó un silbido de sorpresa: el sobre estaba cerrado y dirigido a él. Lo rasgó. El cheque estaba dentro, incluido aparentemente en una carta. Lanzó un suspiro de alivio y se metió el sobre en el bolsillo. Había pensado destruir el cheque allí mismo, pero su programa podía ser ligeramente modificado; este cambio envolvía solamente un ligero riesgo.

Puso la llave de la casa en el primer cajón de la mesa de despacho de donde la había robado; la metió muy adentro, entre varios papeles, para que, en el caso de que su falta hubiese sido notada, se pensase que había estado extrañada allí todo el tiempo. Nunca se tiene demasiado cuidado con los detalles. Luego fué a la puerta de entrada y la abrió, poniendo el felpudo a modo de cuña para que no pudiese cerrarse. Salíó, y con un bastón que había cogido en el vestíbulo rompió un cristal de la ventana del comedor. Metió la mano por

Al llegar a la verja se detuvo con alguna ansiedad. El agente del relevo debía pasar de un momento a otro. La dirección del viento era por primera vez una pequeña desventaja. Sin embargo, no debía arriesgar nada. Llegó ante la puerta, tocó la campanilla, esperó, y volvió a llamar. Luego golpeó con los nudillos. Después de otro intervalo volvió hasta la verja y escuchó intensamente. Con gran alegría percibió el ruido de unas pisadas. Corrió hacia la casa y gritó: "¡Félix! ¡Félix!", con tonos de creciente excitación. Oyó llegar los pasos hasta la verja y detenerse. "¡Félix! ¡Félix!"—gritó—. ¿Estás ahí?

La arena crujó bajo el peso de unos fuertes zapatos.

—¿Ocurre algo?—preguntó una voz profunda y tranquilizadora.

—¿Qué? ¿Quién es?—exclamó John Mansbridge, esperando haber dado a su voz un suficiente acento de sorpresa.

—¡La Policía, señor. ¿Qué le ocurre?

John Mansbridge se apresuró a dar su nombre.

—¿Es la casa de mi primo mister Félix Mansbridge?

—En efecto, señor.

—Me pidió que viniese a verle y pasase la noche aquí. Lo ha go de cuando en cuando. Tengo incluso un par de pijamas aquí para esos casos, ¿sabe usted? Acabo de venir paseando desde la estación, y... bueno, que no logro que me oiga él ni nadie de la casa. Sé que me está esperando. Y... mire usted!...

El agente había llegado hasta la puerta, e, incitado por el intranquilizado pariente del señor Mansbridge, miraba por la abierta ventana.

—Un momento—dijo—. Voy a echar una ojeada.

—Aquí tengo una linterna—ofreció John, sacando la suya del bolsillo. El agente la tomó dando las gracias, y al enfocarla por la ventana lanzó un grito de sorpresa. No parecía estar muy seguro de lo que procedía hacer.

Mansbridge golpeó nuevamente el picaporte; los dos hombres aguzaron el oído, o, por lo menos, uno de ellos.

—No sé si por una de las otras ventanas...—sugirió Mansbridge.

El agente acogió al momento la idea, y rápidamente rodearon la fachada hasta llegar a la ventana, por la que su compañero había estado mirando. ¡Oh, le parecía que hacía ya tanto tiempo!

—Esto tiene mal aspecto, señor—dijo el agente—. Será mejor regresar a la entrada.

En efecto, la ventana del estudio parecía demasiado pequeña para dar paso a una persona.

El agente desplegaba ahora una gran actividad. Rogó a Mansbridge que esperase en la puerta mientras él trepaba por la ventana, y Mansbridge pensó nuevamente, con gran satisfacción, que si por casualidad había dejado alguna huella, el voluminoso cuerpo del policía la estaba borrando totalmente.

Un momento después la puerta se abrió.

—Entre usted, señor—susurró el agente con voz ronca—, y espérese aquí, sin entrar en el cuarto que está encendido, se lo ruego. Quiero echar yo un vistazo primero.

Se dirigió al estudio, entornando la puerta tras sí. John Mansbridge esperó unos segundos, que le parecieron una eternidad. El policía, después de hacerse cargo de la situación, regresó encendiendo las luces del vestíbulo. Su compañero, mientras tanto, había estado tratando de dominar sus nervios; pero se daba cuenta de que un sudor frío le corría por el rostro. El agente, mirándole con respetuosa simpatía, le indicó que podía pasar al estudio, murmurando: —Temo que esto vaya a causarle una impresión penosa.

John Mansbridge siguió al policía: su regreso al horrible escenario que pocos minutos antes acababa de abandonar parecía actuar como un estimulante para sus nervios. Su horrorosa "puesta en escena" era tan realista y convincente que en su fuero interno no pudo menos de felicitarse por su éxito.

—¿Cómo..., cómo ha podido suceder?

—¡Ah! Es algo increíble—respondió el agente—, no sé qué ha ocurrido en esta habitación.

—Pero... ¿y Félix, mi primo?

—Sí; tiene usted que verlo también—fué la solemne respuesta—. Tal vez chocó con el guardafuego. Pero es raro... Vea usted, señor...—dudó un momento y luego prosiguió—. Se trata, aparentemente, de un suicidio. Encontré este papel sobre esa mesa, con el vaso encima.

Y le mostró una cuartilla cubierta con la escritura de Félix. John la miró, espantado. ¿Cómo, demonios, había descuido mirar lo que había en la mesilla? Claro que había encontrado el cheque antes de llegar a ella, pero de todos modos...

A través de la niebla, que le enturbiaba la vista, leyó las primeras líneas del manuscrito:

"Yo, Félix Mansbridge, estando en pleno uso de mis facultades, declaro solemnemente que muero por mi propia voluntad. He tomado un veneno..."

El papel y la habitación toda empezaron a dar vueltas a su alrededor. Como si le hablasen desde una gran distancia oyó decir al agente: "Tengo que telefonar a la Comisaría." Luego un ¡goigai!, pero dirigido no al teléfono, sino a él mismo, y la sensación de que unos brazos robustos le levantaban del suelo sentándole en el mismo sillón en que Félix había estado con su cabeza hacia asomada sobre el respaldo.

Luego oyó un tintinear de cristales.

—Beba esto, señor—decía el agente acercando un vaso a sus labios.

...

—Veamos ahora hasta donde hemos llegado—dijo el comisario dirigiéndose al oficial y al agente; este último estaba visiblemente preocupado por la impor-



corridas. Se aproximó a los cristales con especial cuidado de no tocarlos, y con un estremecimiento oyó el sonido de una voz que le parecía desconocida. ¿Se habrían estrellado sus planes contra un solo obstáculo?

Dobó la esquina hasta acercarse a la ventana del otro ángulo. Estaba abierta, y aunque este lado estaba resguardado de la brisa, la cortina estaba lo suficientemente agitada para permitirle ver claramente la mayor parte de la habitación. Simultáneamente, sus labios sonrieron y su corazón le dió un brinco. "La voz desconocida" era la del alto-voz, leyendo un artículo sobre cerámica asiria. Aparentemente, parecía haber producido el efecto de adormecer a Félix.

Este estaba sentado en una butaca de las llamadas "de abuela", de espaldas a la puerta, de suerte que daba al lado de la ventana, por la que miraba John Mansbridge. Su cabeza calva se apoyaba confortablemente en un almohadón y tenía los ojos cerrados; sus delgadas manos se agarraban a los brazos del sillón. Parecía enfermo y cansado, y su primo casi sintió lástima de él hasta que percibió la fina sonrisa de sus labios. A su lado había una mesa con un vaso, una lámpara y algunos papeles. En otra mesa, en medio de la habitación, una bandeja conteniendo un frasco de whiskey, un sifón con un par de vasos más.

Una oleada de rabia invadió el pecho de John Mansbridge. ¡Qué odiosamente delicado y cómodo era Félix! Siempre rebotando consejos y protección, y, al mismo tiempo, más miserable que un pecador. Siempre con su "te aconsejo, mi querido John, que te busques un trabajo seguro; debes dejar las tabernas y la vida desordenada". Como si no supiera perfectamente que si Félix no estuviera tan preocupado por su salud y por aquel corazón que parecía tener tan débil (por supuesto, no había tal cosa, probablemente), no se habría dado también a la mala vida. Además, era tan tacatón. Gastar medio penique le dolía físicamente. Siempre lloriqueando que no tenía dinero. ¡Maldito avaro! No había visto él, John, el testamento del viejo? Sabía de sobra que Félix había legado una regular fortuna. Y cuando él, el único pariente que le quedaba, le pedía cien o doscientas libras para ir tirando, le contestaba que no podía, que aún estaba pagando las deudas que dejó su padre.

Mentira podrida eso era, y nada más. Lo bastante para decidir a cualquiera

suponiendo que Félix se despierta y me ve?... ¡Bueno! Entonces procuraré abreviar la entrevista. La verdad es que sería una lástima tragarse el discurso que le traía preparado. Pero esto es un punto secundario. ¡Caramba! Me tomaré el tiempo de decirle dos palabritas.

Se agachó sobre la hierba y se quitó los zapatos con toda precaución; ató juntos los cordones para poder llevarlos más fácilmente. Se puso los guantes que llevaba en el bolsillo y sacó la llave que con tanto éxito había logrado escamotear la última vez que estuvo en Gorse Hill. Avanzó arrastrándose hasta la puerta de entrada, dejó sus zapatos en el umbral y, con infinitas precauciones, metió la llave en la cerradura Yale. A su gran satisfacción, la puerta se abrió silenciosamente. No se atrevió a encender la luz del vestíbulo, pero con la que entraba por la entreabierta puerta del estudio había suficiente claridad para ver todo lo que necesitaba.

Hubo un ligero chirrido al sacar la llave de la cerradura. Se detuvo escuchando, pero no notó ningún ruido en el estudio. Un segundo después la puerta de entrada quedó nuevamente cerrada con seguridad. Cogió el bastón (no el primero, sino el que estaba colgado al lado de la puerta del comedor) y lo sopeó con una sonrisa salvaje. Volvió a guardarse la llave de la puerta y se dirigió silenciosamente al estudio.

Félix no se había movido—¡bonita manera de recibir a su único primo!—Su cabeza calva asomaba tentadoramente visible sobre el respaldo del sillón. John avanzó hacia ella levantando el bastón...

¡Ya estaba hecho! Todas las viejas cuentas, saldadas. Era inútil comprobar el resultado—ni falta que hacía—. Uno ya había hecho cosas parecidas durante la guerra, y por ello no se había sentido peor. Es curioso que, sin embargo, no sea exactamente la misma sensación. Pero no había tiempo que perder. Es inútil ponerse sentimental. Lo primero, buscar el cheque. No debe ser difícil encontrarle. Félix seguramente quería tenerlo a mano, preparado para la entrevista; probablemente en el primer cajón de la mesa de despacho. Dió un brinco, como si de pronto se percibiese de que la voz del experto en cerámica babilónica llenaba la habitación, y con una blasfemia cerró la radio. Ahora, a buscar el cheque.

Pero no había ningún cheque falsificado en el primer cajón, ni en ninguno de los otros cajones de la mesa. Se puso

el hueco y, asiendo la falleba, abrió la ventana de par en par. Volvió a la casa y cerró nuevamente la puerta. Esta vez recogió sus zapatos.

Apresuradamente abrió el aparador del comedor, cogió algunos tenedores y cucharas, los enrolló en una tira de bayeta que había en el trinchero y arrojó el paquete, sobre la mesa. Era suficiente—pensó.

Luego, vuelta al estudio para la última y más desagradable faena.

Levantó el brazo de su primo con un escalofrío de repugnancia y retrasó las manecillas de su reloj de pulsera hasta que señalaron alrededor de cinco minutos después de la hora en que él, John, había salido de la taberna del pueblo. Levantó de la butaca el cadáver de su primo y lo colocó de forma que se pudiese pensar que estaba de pie junto a la chimenea cuando le golpearon. Puso el cadáver descansando sobre el lado derecho. Golpeó el brazo izquierdo contra el guardafuego, asegurándose de que el golpe había parado el reloj. Se puso de pie y revisó la habitación. Golpeó una silla pequeña, pero decidió que su propia rebusca había dejado una perfecta representación de lucha. El bastón lo dejó junto a la chimenea.

Volvió a mirar su reloj. Todo iba bien. Estaba dentro del horario previsto. Se calzó, atándose cuidadosamente los cordones de los zapatos, a pesar de un involuntario temblor de sus manos, y salió de la silenciosa casa por la abierta ventana del comedor. El salto le hizo salvar la delgada franja de flores de delante de la ventana, cayendo en el sendero inclinado que conducía desde la verja a la puerta principal; luego rodeó la casa hasta la verja del jardín y a lo largo del muro de la izquierda, hasta encontrar una grieta, por la que saltó al camino del pueblo. En aquel sitio éste se hundía entre dos colinas. Se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo, y entonces caminó rápidamente, subiendo la colina en dirección al pueblo, andando por la hierba del borde del camino. Se detuvo, sacó del bolsillo una pipa y encendió una cerilla. El viento se la apagó y tuvo que tirarla. Tuvo que frotar tres más, hasta que su pipa estuvo bien encendida, y entonces empezó a caminar lentamente, bajando la colina en dirección a la casa. Marchaba a un lado del camino, golpeando los zapatos contra la grava. Debía llegar con los zapatos llenos de polvo y no pretendía que su segunda salida fuese tan silenciosa como la primera.

tancia del papel que le había correspondido en el suceso.

—En primer lugar, concretemos los datos conocidos respecto a las actividades de John Mansbridge. Conocemos el tren en que vino y la hora en que salió de la estación; sabemos que estuvo en "Las Cuatro Plumas" poco antes de la hora de cerrar y sabemos que al salir de allí pasó junto a Robson, que estaba en su puesto, dirigiéndose a la casa de su primo. No hay ningún atajo en ese camino y además suele estar desierto por la noche. En realidad, no creo que nunca pa ya nadie por allí, excepto usted, Longden. Y alrededor de cuarenta minutos o tres cuartos de hora, John Mansbridge sale del pueblo; usted ve encenderse dos o tres cerillas mientras baja de la colina en dirección a la casa. Y al llegar a ella encuentra al hombre llamando a la puerta. ¿No es así?

El oficial y el agente movieron la cabeza afirmativamente.

—Está bien. Y, por mi parte, puedo añadir que podemos estar seguros de que era mister John Mansbridge el que encendía la pipa, ya que se le ha encontrado una caja de cerillas de cera de una clase que no es frecuente en los pueblos—y hemos encontrado no menos de cuatro cerillas usadas de esta misma clase cerca del lugar indicado por Longden.

El agente se pavoneó ligeramente, como si se tratase de un elogio a su sagacidad.

—Todo concreta exactamente—prosiguió el comisario—. Parece evidente que el hombre fué andando desde la estación, como dijo que era su intención y sus zapatos lo confirman. Tardó el tiempo normal en recorrer este trayecto. Tampoco puedo imaginar de qué otra manera pudo haber llegado hasta allí. Podríamos encontrar, tal vez, alguien que le pudiera haber encontrado en el camino; pero me parece poco probable. Hasta ahora esto es todo lo que hay.

Hizo una pausa, como si pudiese en orden sus pensamientos, y luego prosiguió mientras ojeaba sus notas.

—Ahora consideremos el caso de Félix Mansbridge. A mi modo de ver, se trata de un caso evidente de suicidio—el agente hizo ademán de interrumpirle—; pero reconozco que no se trata de lo que tenemos que imaginar a primera vista. Lo que tenemos que pensar es esto: que alguien irrumpió en la casa, empezó a robar la plata, fué interrumpido en su faena, asíó el bastón que había en el vestíbulo, golpeó con él la cabeza del difunto después de luchar con el cadáver y huyó. El reloj de pulsera, roto, tenía por objeto sugerir que esto había ocurrido unos cinco minutos después de que mister John Mansbridge abandonaba "Las Cuatro Plumas" y cuando, por consiguiente, no podía estar aún en casa de su primo. Mucho me temo no poder tragarme este cuento.

—¿Está usted seguro de que murió envenenado?—preguntó el oficial.

—Completamente. Y esto no es todo. En primer lugar, aunque no es imposible que fuera muerto en una lucha, es bastante extraño si se tiene en cuenta que el golpe fué dado por la espalda y de arriba abajo. Además, y en segundo lugar, existe una confesión de suicidio, y en ello, como ustedes ven, se determina exactamente la hora.

—¿Cómo así, señor?

—Dice en su declaración que piensa dejar este mundo a los acordes de una música de Wágner.

—No, en el sentido que usted cree. No me cabe duda de que se refiere a la radio. Si han echado ustedes un vistazo a los programas de anoche verán anunciada una audición de Wágner, y por ello podrán comprobar, en mi modesta opinión, que la víctima injirió el veneno diez minutos después de la hora que marcaba su reloj roto. Y, finalmente, hay que tener presente la herida en la cabeza. Créanme; los médicos compro-

asesinato superfluo

un ladrón iba a interrumpir bruscamente su faena para ir a la habitación contigua, golpear la cabeza del dueño de la casa y tomar luego las de Villadiego, abandonando su botín? Hay que llegar a la conclusión de que jamás hubo tal ladrón.

—Entonces, ¿quién calcula usted que haya sido?

El comisario se encogió de hombros.

—Hablando lógicamente, supongo que tendríamos que detener a algún fugitivo sospechoso, a algún visitante desconocido; pero me parece que sería perder el tiempo lastimosamente. No existe más que un visitante, su primo, John Mansbridge.

—Pero ¿y su coartada, señor?

—Ya sé. Y no comprendo cómo podre-

interrogó el oficial en un tono que sugería una duda respetuosa.

—Sin duda. He aquí la carta que se ha hallado en su bolsillo. Va dirigida a él y está fechada la víspera. La mujer que cuidaba de mister Félix Mansbridge dice que éste escribió una carta antes de que ella se fuera; pero que como no tenía sellos dijo que ya la echaría al correo al día siguiente. No tengo la menor duda de que ésta es la carta; ninguna otra ha sido hallada en la casa dispuesta para echar al correo, y ustedes pueden comprobar que este sobre tiene escrita la dirección y había sido cerrada. La mujer dice que él se guardó la carta en el bolsillo del "smoking", el de la derecha. Tendrá que reconocer que si realmente estaba en el bolsillo de la derecha, hubiera sido muy difícil sacarla de allí estando el cadáver caído del lado derecho, frente a la chimenea. En otras palabras: que la carta fué sacada del bolsillo antes de que el cuerpo estuviera en el suelo. Pero esto es solamente un pequeño detalle.

Lo importante es la carta en sí misma, dirigida a John Mansbridge Esq. y hallada en el bolsillo de John Mansbridge Esq. Supongo que éste la encontró cuando su autor estaba ya muerto, y, probablemente, antes de que su cuerpo yaciera sobre el tapiz, puesto que sabemos que no se apoderó de la carta mientras estuvo en la casa con Longden, y, por tanto, tuvo que hacerlo unos cinco minutos antes y, probablemente, con bastante más antelación.

—¿Qué dice la carta, jefe?—interrogó el oficial.

—Da algunos indicios de los móviles, para decirlo suavemente. La cosa es larga. He aquí, en resumen, la clave del enigma: Félix dice a su primo que aún no ha recibido contestación a su carta anterior, y supone que éste no se atreve a enfrentarse con él; en otras palabras, que no puede negar que ha falsificado su firma. Añade que no hay esperanza para él. Su primo nunca creerá que él, Félix, no es rico. Las grandes cantidades mencionadas en el testamento de su padre fueron absorbidas por el pago de las deudas. Tampoco, al parecer, cree su primo en la enfermedad de Félix. Tan enfermo está, sin embargo, que aunque no piensa que va a morir dentro de un mes, los médicos opinan que tiene, a lo sumo, un año de vida. La falsificación ha sido la gota de agua que hace rebosar el vaso. Como no cree poder disfrutar ya de paz en este mundo, se marcha al otro y deja que su primo cobre su seguro de vida y lo poco más que le queda. No debe preocuparse; dejará constancia evidente de que se trataba de un suicidio, lo que, gracias a una cláusula especial, no invalidará el seguro. ¡Ah!, y además le adjunta el cheque en cuestión, después de haber contestado al

Banco que lo reconoce como auténtico. Todo esto nos indica los motivos del crimen. ¿No les parece a ustedes? Y pone en evidencia la perversa personalidad de John Mansbridge.

Hubo una nueva pausa.

—Comprendo—dijo lentamente el oficial—. ¿Y no cree usted que John Mansbridge entró en la casa inocentemente y encontró esta carta cinco minutos antes de que Longden le viera encender su pipa?

El comisario meneó la cabeza negativamente.

—No; el encuentro con Longden, así como su entrada en "Las Cuatro Plumas" y su conversación en la estación formaban únicamente parte de un plan. También fué deliberado lo de encender la pipa; debió costarle mucho trabajo observar la hora exacta en que Longden solía pasar por allí. No pudo improvisar todo eso acuciado por la necesidad del momento.

El agente de Policía Longden tosía para aclararse la garganta.

—Puedo atreverme a preguntarle, señor comisario, si usted ha querido decir que mister Félix estaba ya muerto antes de que llegase mister John y éste lo golpeó la cabeza sin sospechar que ya estaba muerto?

—Así es, Longden. Cómo llegó con tanto tiempo a la casa y cómo entró en ella, no lo sé. Tal vez tuviese una llave duplicada y la arrojase luego a la hierba. Pero en mi opinión, de cualquier forma que lo hiciese, el caso es que vino con la intención de matar a su primo y estuvo convencido de haberlo hecho hasta que usted puso en sus manos la confesión del suicidio.

—Gracias, señor. Por lo tanto, ¿bajo todos los aspectos se le puede considerar como un asesino?

—No tengo la menor duda de ello.

—Gracias, señor, y el agente se enjugó el sudor de su frente; esto me tranquiliza mucho. No sé qué interpretación legal dará usted a este caso; pero gracias a sus palabras me siento ya más tranquilo. Pero confesarle, señor comisario, que cuando terminé de telefonar y me encontré a mister John Mansbridge muerto en la butaca, bueno, me quedé más muerto que vivo. Piense que por querer reanimarle de la impresión que le había producido la muerte de su primo le hice beber un buen trago del mismo whiskey en el que su primo había echado el veneno. Parece que fuese la mano de Dios la que me guió, ¿no cree usted, jefe?

Hablaba como pidiendo una confirmación a su esperanza y sin que hubiese la menor intención de irreverencia en sus palabras.

FIN

(Dibujos de López Sánchez.)



barán que le fué producida después de muerto.

—Pero ¿con qué propósito?

—Puro accidente en mi modo de ver. Consecuencias de aferrarse demasiado al pie de la letra a un plan preconcebido. Quienquiera que fuere el que utilizó el bastón creyó que Félix Mansbridge estaba vivo—y esto equivale a asesinato premeditado. ¿Por qué razón, diganme,

mos destruirla. Todo lo que puedo decir es que "de alguna manera" llegó allí mucho antes de que usted lo encontrara, Longden. Y como podemos "demostrar" que llegó allí algunos minutos antes de que Longden lo encontrara en la puerta, no creo que esa coartada pueda ser decisiva, después de todo. Reconozco que no puedo imaginar cómo llegó allí; pero estoy convencido de que llegó.

—¿Puede usted demostrarlo, jefe?

ANTOLOGIA DEL HUMOR

EL MODERNISIMO LAPIZ HUMORISTICO DE "BERNARD"



ENTRE NIÑOS

—Amigo, ¡estoy agotado! Papá se empeñó en tenerme toda la noche en sus brazos.



DUDA DE TIEMPOS NUEVOS

—Mamá, ¿es cierto que yo soy cien por cien pura lana?



REMORDIMIENTO

... a veces me pregunta si hice bien en abofetear a aquel jovencito que en 1896 quiso besarme...



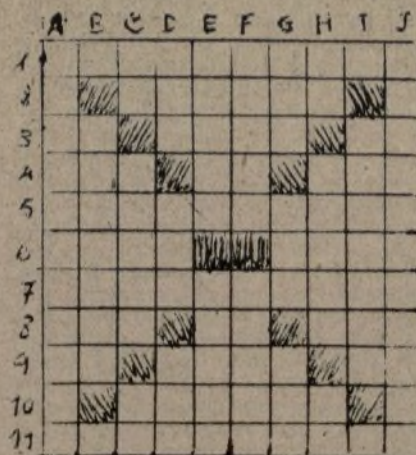
ENTRE NAUFRAGOS

—¿Qué hará usted el domingo?

IMPRESA AGUIRRE

ALVAREZ DE CASTRO, 38
TELEFONO 23-03-66

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Reptiles saurios.—2. Ciudad turca.—3. Marchar (al revés).

Continente. Consonante.—4. Devoto. Infusión. Final del infinitivo de hacer.—5. Azotarme.—6. Veo. Espíritu.—7. Confirmar.—8. Artículo. Consonantes. Convulsión respiratoria (al revés).—9. Existe. Río. Consonantes.—10. Jeringa.—11. Adquirir renombre nuevamente.—VERTICALES: A. Acha-cosos.—B. Entureces.—C. Pronombre. Letras. Negación.—D. Terminación en pretérito imperfecto de acabar. Estáis. En catalán. hacen (al revés).—E. Inteligente. Canta un pájaro.—F. Anuncio de alegría (al revés). Prefijo de multiplicidad.—G. Oficio expelente. Silaba de arrependida. Protuberancia acuática.—H. Negación ordinaria. Cuento (al revés). Grito alentador en el fútbol (al revés).—I. Silenciosos.—J. Qui-tarlos (al revés).

Mire Va

Esto es lo pequeño del mundo. Pero no le quitamos importancia. Las cosas grandes están hechas de cosas pequeñas. Hasta el azul del cielo, porque así Dios lo quiso, no es más que el trasfondo compuesto por las estrellas innumerables que

pululan a la espalda del sol. Lo que llamamos "la vida"—porque de algún modo hay que nombrar también a lo que no entendemos—es el resultado de mil y mil hechos que se suceden sin tregua; de mil y mil sucesos que componen la historia, pero que no la caracterizan...

En este rincón de la revista podrá usted descansar, si es que lo necesi-

ta, de la rugiente espuma de los grandes sucesos para mirar, mirar tan sólo, el perfil a un tiempo recatado e insólito, singular y corriente, de las cosas pequeñas.

Lo veremos todo, pero no aprenderemos nunca nada. Si acaso, mi buen amigo, podremos recordar que en la vida hay de todo. Que la vida está llena de sutiles contrastes.



1

Hay llanto sin dolor.



2

Satisfacción sin alegría.



4



5

Recordaremos también que la vida es un camino tendido hacia nosotros mismos.



3

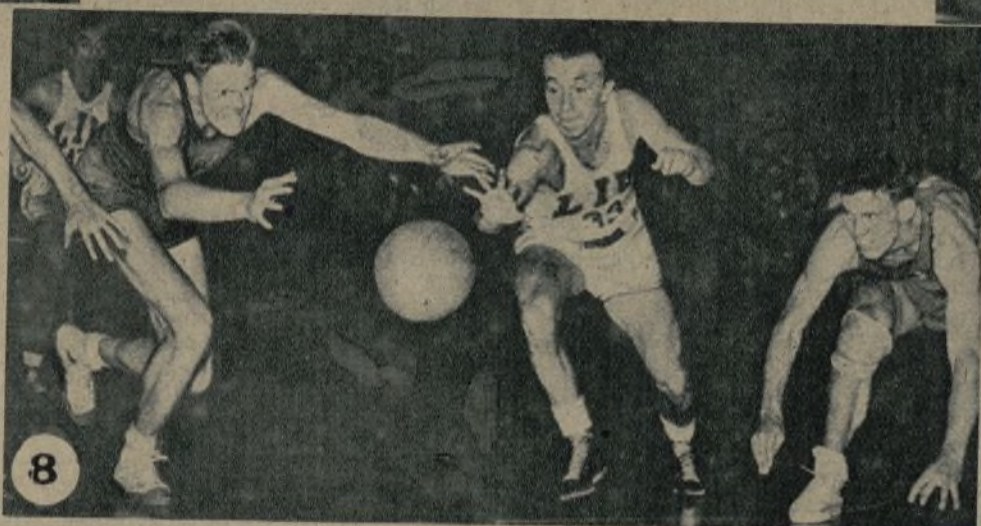
Belleza sin expresión.

y...



7

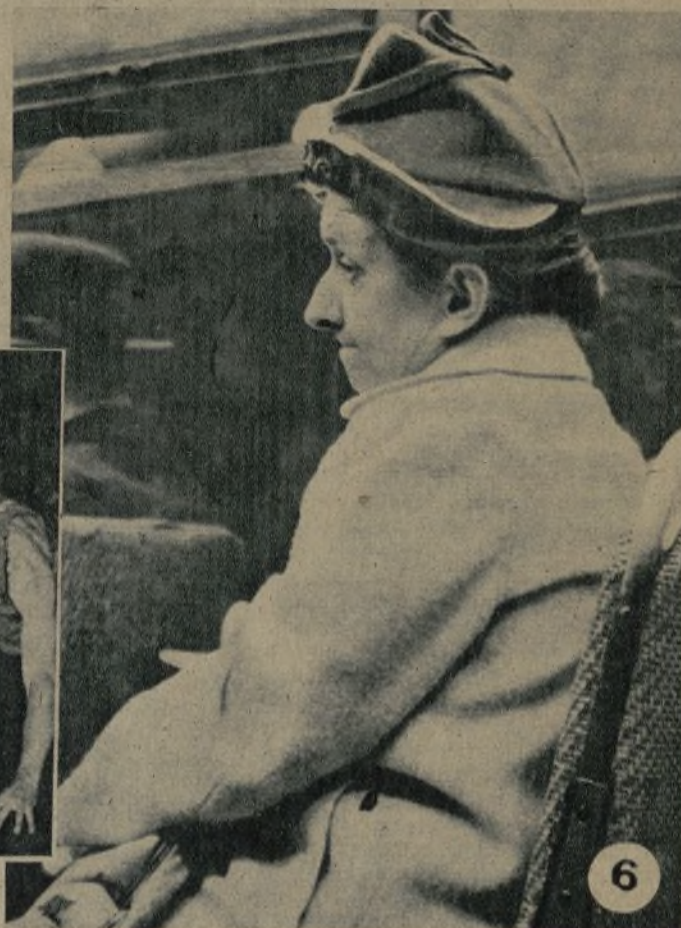
incluso estúpidamente...



8

pero existen también los que se la disputan como una pelota en el aire. ¿Llegará antes el rubio?

Veámosla pasar, lector amigo... Veamos las pequeñas luchas, los sucesos mínimos, las actitudes sin importancia... Descansemos mirando lo que pudiéramos llamar, con las debidas autorizaciones, "primores de lo vulgar"; el humilde sustento donde la cifra de los días va dejando su huella. Nos sentiremos satisfechos con que si tiene usted alegre el ánimo



6

y que hay quien la ve pasar resignadamente



9

se ría buenamente al sol. O, en todo caso, si su humor está más inclinado a una actitud ponderativa, pueda hacer de vez en cuando



10

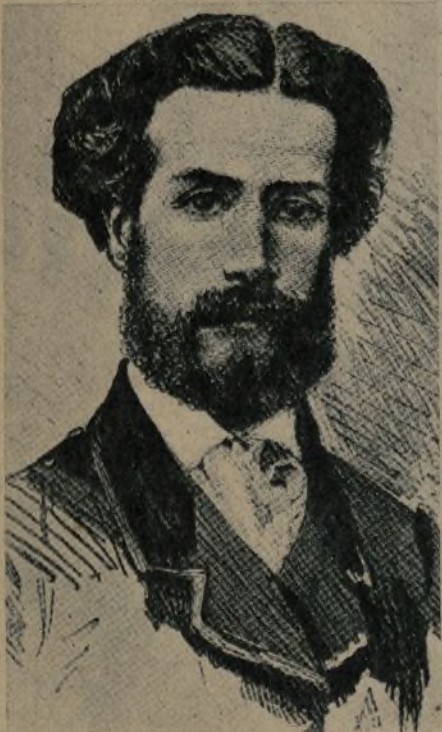
Así...



¿COMO ERA BECQUER?

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO
(De la Real Academia de la Historia.)

UN nombre, Gustavo Adolfo, de claro aire nórdico; un apellido, Bécquer, que por el norte llegó a Sevilla; una poesía lánguida y suave, de pasión disuelta en incurable desmayo: todo contribuye a que nos imaginemos rubio al hombre de las "Rimas". Pero las cosas son como son, y no tan convencionales y literarias—caprichosas y peyorativamente literarias—como alguna vez llegamos a pensar.



Retrato de Bécquer.

La verdad es que Gustavo Adolfo podía llamarse de otro modo; que Bécquer no era sino su quinto apellido, y que su poesía transmite altas fiebres de amor. Aunque la personifiquemos—y no es cosa arbitraria—en el "vago fantasma de niebla y luz" de la mujer imposible, convengamos en que la luz y la niebla no están reñidas con el calor, y aun son capaces de comunicarlo hasta la muerte en llamas. Ello es que Bécquer, por tantos lectores soñado blondo y tierno, era moreno en grado acentuadísimo, como pudiera serlo un africano y... Pero ¿qué sabemos del hombre que fue Bécquer, de su perecedera traza física y de su humor en largas horas de inevitable vulgaridad?... Eusebio Blasco, que lo conoció hacia 1886, siendo su contertulio en el café Suizo, lo describe, al pasar, en estos rápidos y suficientes rasgos: "Era un hombre negro, moreno hasta la exageración, sombrío hasta la grosería..." Casi todo lo sabido del huido Bécquer se debe a su prologuista e íntimo amigo Ramón Rodríguez Correa. Ya nadie cita esa semblanza de Bécquer que Eusebio Blasco compuso de prisa y corriendo, según uso periodístico, e incluyó en un tomito de trabajos análogos: "Mis contemporáneos".

Moreno como un andaluz cualquiera, negro como las penas, era Bécquer, y no rubio como un galán de balada, con fondo de castillo y abetos. ¿Qué elementos de presunto origen germánico hay en los consabidos "suspiros" de Bécquer? ¿Y qué otros elementos de "cante jondo" informan su gemido? La cerrada morenez de Bécquer contribuye mucho a explicar la relación de su musa—no obstante pertenecerle por entero—con la poesía popular andaluza: la poesía del ¡ay!, largo y afilado como una saeta: "saeta que, voladora, cruza arrojada al azar", hasta herir en el corazón al propio poeta, llegando de muy lejos y de muy arriba. Cómo se clavaba, temblando, en lo más íntimo del ser—la saeta de cualquier "rima" y la saeta del pueblo en Semana Santa—después de dar la vuelta al mundo del sentimiento. Quien dice "saeta"—simil aparte—dice también "playera" o "solear". Es análoga sublimación de tópicos emociones en el pomo esencial de un corto número de versos.

Valeriano Bécquer pintó más de una vez a Gustavo Adolfo, su hermano, y en un boceto reproducido por don Francisco de Laiglesia véase "Bécquer (sus retratos)"—se nos presenta al poeta de tal modo soñador y espiritado, como en éxtasis, que pensamos en el poeta por antonomasia: cuanto más incorpóreo, mejor; tal como él mismo define la especie, para identificarse con ella:

"Yo, en fin, soy ese espíritu, indefinible esencia, perfume misterioso—de que es vaso el poeta..."

Aparece Bécquer en ese boceto, traslucido, con algo de rayo de luz en su propia figura. Este sí que es el Gustavo Adolfo que pudo llevar a sus "Rimas" y a alguna de sus páginas en prosa—poesía también—el espíritu de los "Rimas". Un Bécquer rubio, pero sólo por efecto de la pintura no concluida. A la hora de la verdad, la de la muerte, cuando el patetismo del asunto excluye los artificios de cualquier estilización, la cabeza de Gustavo Adolfo, caída sobre la almohada de su agonía, muestra la negra barba de que da testimonio el lápiz de Palmaroli.

Laiglesia cuenta, en sabroso proemio a su recopilación iconográfica, que "Fernando Fe creyó, al hacer la segunda edición de las obras, cuya propiedad había adquirido, que convenía variar la estam-

pa rígida y triste del Palmaroli con un retrato en que el poeta apareciese vivo y natural, y careciendo de fotografía, que la familia no tenía y que nunca se hizo, encargó al dibujante Luque, primero, y a Povedano, después, que combinase a su gusto la imagen que se había de publicar". Pero Laiglesia no reconoce a su gran amigo en los dibujos así compuestos por Luque y por Povedano, que muchos años después sirvieron de modelo a la versión escultórica, en el parque sevillano de María Luisa, de Coullaut Valera. Laiglesia afirma que no se parece ninguna de esas cabezas a la del auténtico Bécquer, y puntualiza: "La barba lisa y recortada de la estatua; el pelo rizado de su cabellera, dan carácter burocrático y comercial al rostro fatigado, a la barba desigual, al conjunto expresivo y vivaz de su verdadero semblante..."

Con haber sido tantas veces usadas las "Rimas" a modo de llave para llegar por el oído hasta el corazón de la mujer amada; con ser su autoridad indudable y ser el poeta cuyos versos han sido llevados más veces a cartas de novios—cuando se escribían...—, no parece que Bécquer triunfase de hecho en la insinuante disciplina de la mirada y el suspiro, la sonrisa y la lágrima. Llevó siempre, por lo visto y leído, las de perder. Perdió, quizá más que nunca, cuando pareció ganar el amor de Casta Esteban, su mujer, porque con ella no fue, en modo alguno, feliz. "Matrimonio absurdo"—asegura Eusebio Blasco, refiriéndose al del poeta con Casta Esteban, ser vulgarísimo—. Y da la impresión de las últimas horas de Bécquer en términos que hacen sentir una terrible y absoluta desolación: "La casa descuidada, el cuarto en desorden, la compañera del poeta que no sabe hablarlo de nada, el enfermo solo y entregado a la desesperación sorda..." Más: "La mujer masculina un sollozo en otro aposento; sentía en derredor del fementido y solitario lecho como un revoloteo de ángeles invisibles..."

¡Pobre Gustavo Adolfo Bécquer! Agravada por el desaliño su falta de atractivo físico, y con tendencia apenas reñida en algún raro instante de buen humor, al desabrimiento y a la melancolía más tediosa, únicamente por sus versos podía triunfar en la singularísima batalla con la mujer. Y sus versos no eran todavía estimados más que por sus más íntimos amigos. (¿Cómo pudo impresionar el arte delicadísimo de Bécquer a un hombre tan duro y violento como González Bravo?) No nos extrañe que rechazara a Bécquer—de aire nada simpático, con aspecto inequívoco del que vive a la cuarta pregunta—la mujer a quien él más apasionadamente quiso: Julia Espín, como es sabido. Los biógrafos de Bécquer suelen azotar a Julia Espín con reproches a la vulgaridad y prosaísmo



Dibujo de Gustavo A. Bécquer.

que en ella presumen. Pero ¿cómo exigir a una mujer nada menos que una exacta valoración intelectual de cualquier hombre que pasee su calle?... En biografía reciente, el profesor Eduardo del Palacio reconstruye, con amenidad y fuerza suavísima, tan natural episodio: Julia Espín desdén al hombre de mala facha, poeta sin nombre aún, y dió su mano a un ingeniero de buen porte, con brillante carrera política a la vista.

Bécquer, enfermo del espíritu y del cuerpo, no era hombre llamado a reaccionar con fe y esperanza. Más bien se entregaba a la suerte, sin lucha, y aun deseando, con todo el "mal del siglo" en su página, la derrota, para justificar el perenne desengaño. Bécquer quería huir de todo y de sí mismo.

"Olas gigantes que os rompéis bramando en las playas desiertas y remotas, envuelto entre la sábanas de espumas, llevadme con vosotras..."

No tardaron en llevarse a Bécquer esas olas de su angustioso conjuro.



VIDA ESPAÑOLA

AÑO I - NUM 3

MADRID, 20 DE JUNIO DE 1947

TRES PESETAS

SAN IGNACIO Y SUS EJERCICIOS

Por Juan ZARAGUETA

HA sido una nota saliente de Madrid en estos días la inauguración, en la calle de Zurbano, 8, de una casa de "Ejercicios espirituales parroquiales". Ello constituye, para la distraída vida de la mayoría de los madrileños, una llamada de atención hacia un tema en el que acaso no han parado mientes, siquiera hayan "oído hablar" de los tales Ejercicios, e incluso sepan que su promotor, en los albores de la Edad Moderna, fué nuestro glorioso compatriota el español y vasco Ignacio de Loyola.

Es curioso advertir cómo, en la obra total de San Ignacio, se refleja insuperablemente el carácter; mejor dicho, el doble antitético carácter que es dado señalar en los vasos y su actuación histórica. Por un lado, se nos muestra el vasco como hombre reconcentrado y hasta receloso, apegado a su tierra natal, confinado a su caserío y al reducido horizonte que lo limita, por defender el cual ofreció a los invasores de España—romanos y visigodos—la más indómita resistencia que registra la Historia. Pero si el casero vasco se significa por su retraimiento social y su ensimismamiento individual, el marino contrasta con él en ese afán de expansión, sed de aventuras, nostalgias de riesgos, todo ello al servicio de grandes empresas, que culminan en la empresa Juan Sebastián Elcano.

Pues bien; tengo para mí que uno y otro de estos rasgos, al parecer contrapuestos entre sí, se dan juntos y armonizados en la ingente personalidad de Ignacio de Loyola, autor de los Ejercicios espirituales y fundador de la Compañía de Jesús. Porque el libro de los Ejercicios espirituales es una obra maestra de reflexión reconcentrada y de energía tenaz, y en cuanto a la Compañía de Jesús, hasta sus más acendrados enemigos la disputan como otra obra maestra de organización y de activa eficacia.

Pero resulta no menos interesante registrar cierto común denominador que, pese a su aparente contraste, se brinda al fino observador entre la invitación al sosiego de la vida interior que vienen a ser los Ejercicios y la prodigiosa floración de actividades con que la naciente Compañía de Jesús afrontó el doble problema del Viejo Mundo por reducir a la unidad espiritual, y del Nuevo por conquistar a la fe de Cristo. Una y otra obra, la de los Ejercicios y la de la Compañía, son a la par los más altos exponentes de aquel espíritu universalista de la generación española imperial. El universalismo del espíritu ignaciano se muestra diáfano en la fundación de la Compañía de Jesús; pero, ¿cómo advertirlo en el libro de los Ejercicios?

A primera vista, como en efecto, nada tan ajeno al sentido universalista de la vida como la actitud de los ejercitantes de los llamados Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Su condición obligada es el "retiro" o apartamiento del mundo; y aun cuando se hagan colectivamente, el "silencio", o sea la incoordinación más absoluta de los ejercitantes entre sí, reducidos a dialogar consigo mismo o con Dios, y, a lo sumo, con su director espiritual. En un "ensimismamiento" semejante, huelga, al parecer, toda preocupación por los demás y, por ende, toda perspectiva de universalidad en la manera de enfocar la vida. No obstante, mirado todo ello más de cerca, nunca será más profunda esta perspectiva que en el planeamiento de una o varias semanas de Ejercicios, tal como los trazó de mano maestra el solitario de la cueva de Manresa.

Ante todo, es de señalar la amplitud de la invitación a hacer tales Ejercicios que en la mente de su promotor se advierte. Indudablemente, la disciplina ascética, en el espíritu del Cristianismo, no es exclusiva de nadie, y todo fiel cristiano es llamado por Cristo a elevarse gradualmente al pináculo de la perfección—"sed perfectos, como lo es nuestro Padre celestial"—, si bien sólo a una selecta minoría se le propone bajo el signo de la llamada "profesión religiosa". No es menos cierto, sin embargo, el hecho de que la gran mayoría de los llamados "seculares" se aplican al somero cumplimiento de los Mandamientos de la ley de Dios, sin sentirse obligados a los refinamientos propios de la perfección religiosa, considerada como tarea peculiar de los denominados por antonomasia "religiosos".

Pues bien; los Ejercicios de San Ignacio se brindan a todo el mundo, sin distinción de estados y profesiones sociales; más aún: una de las finalidades perseguidas por los Ejercicios es cabalmente la de acercar en la llamada "elección de estado", o sea en la orientación de la vida hacia la condición de seglar, sacerdote o religioso, casado o no, y dedicado a tal o cual profesión. Por este lado, pues, el universalismo de los Ejercicios nada deja que desear.

Tampoco se echa de menos, sino todo lo contrario, en la manera íntima de plantearlos en el espíritu del ejercitante. Porque no se trata de ayudarle a resolver tal o cual problema particular de su vida, ni siquiera la luz de las exigencias religiosas, sino ordenarla toda ella, o sea, conforme a las propias palabras del Santo, "a vencerse a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea". A ella se endereza, sobre todo, la meditación conocida con el nombre de "principio y

fundamento", en torno a aquella insuperable fórmula: "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, salvar el alma." Con una doble finalidad semejante, polarizada en Dios y en el alma, se enlaza debidamente el segundo principio de la subordinación de las demás criaturas al logro de aquella finalidad y, por ende, la indiferencia respecto a ellas en sí mis-

males a cuyo través penetran en nosotros las realidades trascendentes y sobrenaturales. San Ignacio toma al hombre tal como es, no como un espíritu puro, sino inserto en la materia animal y participe de sus palpitaciones vitales. Su única preocupación es servirse de ellas para elevar al hombre y volar a lo infinito y eterno en alas de lo finito y temporal.



mas, sólo vallosas y apetecibles en cuanto conducentes a dicho fin. Y aun se acentúa esta ordenación esencial de los bienes de la vida cuando se la juzga a través de la meditación de los novísimos, o sea a la luz no sinistral, sino aleccionadora, de la muerte, a cuyo resplandor se derramen los ilusorios espejismos de los bienes y males terrenos. Temporales, para no dejar subsistir sino el Bien imperecedero, la posesión de Dios, y el mal de su pérdida, definitivamente merecidos con nuestras buenas o malas obras.

En cuanto lo que pudiéramos llamar la "técnica" de los Ejercicios mismos, también en ella resplandece la amplitud de miras características de toda la obra ignaciana. El ejercicio control es la llamada "meditación", o sea la aplicación del alma a las verdades religiosas o sobrenaturales. Pero el alma actúa a través de sus potencias, que son varias y asaz heterogéneas entre sí. ¿A cuál de ellas dará San Ignacio la preferencia, cuando no la exclusiva, para tildarse de "intelectualista", "sentimentalista" o "voluntarista", según haga prevalecer en la dinámica espiritual una u otra de estas facultades? Nada de eso. La ascética ignaciana es eminentemente "integralista", y ambas consideraciones, afectos y resoluciones, que constituyen el nervio de la meditación, nos invita a caminar hacia Dios "con toda el alma". Ni siquiera están ausentes de ella la imaginación y los sentidos; aquélla en la llamada "composición de lugar", y éstos en la aportación al caudal imaginativo en todos y cada uno de los órganos sen-

Finalmente, hay en las "Instrucciones" propias de los Ejercicios ignacianos unas llamadas "reglas para sentir con la Iglesia", que son como el preservativo más eficaz contra el peligro del individualismo a que pudiera verse abocado el ejercitante solitario, y la proclamación del universalismo como convicción básica de la vida espiritual. San Ignacio invita a su ejercitante "retirarse" del tráfico mundano, pero no le autoriza "aislarse" del espíritu eclesialístico, antes le invita a sentirse en su soledad misma bien penetrado por él, en íntima convivencia con el "cuerpo místico" de la Iglesia, de la que es miembro, y con su "catolicidad", que es universalidad conservadora y constructora frente al individualismo disolvente y destructor que en tiempo de San Ignacio iniciaba ya su labor negativa con el protestantismo.

Tal es el múltiple sentido de universalidad que el autor de los "Ejercicios Espirituales" supo imprimir a su obra renovadora de la vida interior, antes de afrontar la gran creación externa de la Compañía de Jesús. No vemos en ambas etapas de la vida de actuación del Santo de Loyola una simple sucesión. Pudo quedar su obra reducida a la primera parte; pero no se concibe la segunda sin la primera; la Compañía de Jesús tiene Ejercicios espirituales que fueron como la reserva de energía potencial llamada a expandirse en su día en aquella magna institución que fué como el baluarte más formidable de la Iglesia Católica en la crisis más grave de su historia.

ZARAGUETA.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don
Calle de núm.
Población Provincia
desea suscribirse a VIDA ESPAÑOLA por.....
número..... del mes de de 19....., cuyo importe de pesetas remite por

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Año.....	135,00 ptas.
Semestre.....	70,00 "
Trimestre.....	37,00 "

(1) Táchense los tipos de suscripción que no interesen.